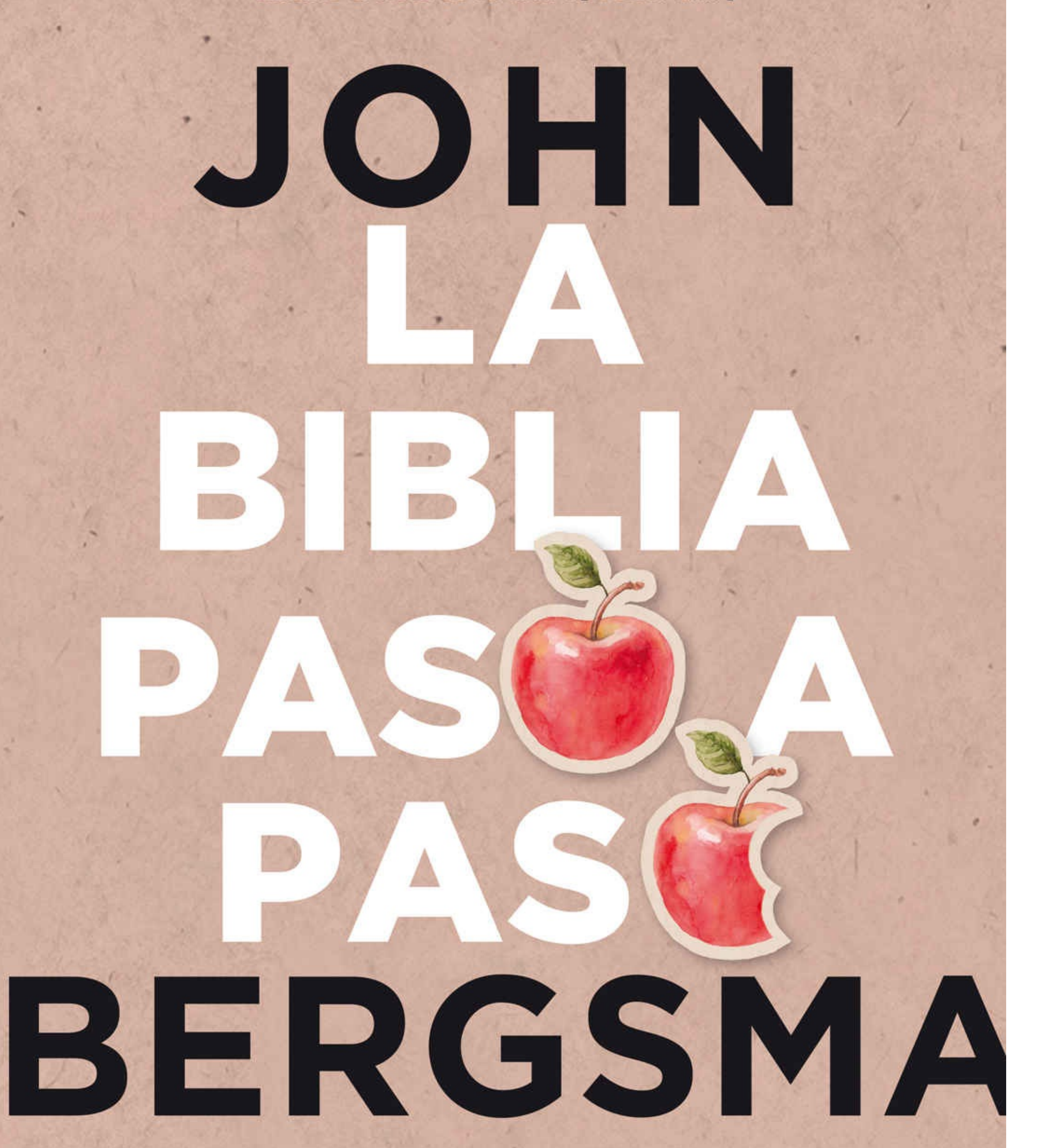
“Acabarás teniendo una visión completamente nueva de la Biblia y continuarás leyéndola —con más sabiduría y con más clarividencia— durante el resto de tu vida”. [Scott Hahn]



RIALP

JOHN BERGSMA

LA BIBLIA
PASO A PASO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título original: *Bible Basics for Catholics*

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (edición impresa): 978-84-321-5136-1
ISBN (edición digital): 978-84-321-5137-8

«Pese al carácter elemental y perfectamente accesible de esta visión de conjunto de la Biblia, el autor no duda en fomentar en nosotros una visión más honda de las Escrituras y en ofrecernos algunos tecnicismos y términos griegos y hebreos fundamentales, explicándolos siempre detenidamente y de forma inteligible».

National Catholic Register

«Una visión de conjunto de la historia de la salvación, fascinante y accesible, en la que John Bergsma aúna sus conocimientos bíblicos, su corazón pastoral y sus dotes didácticas. Catequistas, profesores y sacerdotes hallarán en ella un valioso recurso no solo como manual de consulta personal, sino para la labor pastoral con los fieles a su cargo. Perfecto para recurrir a él en el ámbito educativo religioso, en pequeños grupos de estudio y como libro de texto en el primer ciclo universitario. Sumamente recomendable».

Edward Sri
Rector y profesor de Sagradas Escrituras en el Theology Augustine Institute

«Si eres católico; si te gustaría estudiar la Biblia y no sabes por dónde empezar; si te encantaría hacer algún curso, pero no tienes tiempo; si —firmemente decidido y con la mejor de las intenciones— te has comprado varios libros de estudios bíblicos, y la única huella que han dejado en ti es una marca en la cara cuando te levantas de la cama y ninguna en la cabeza ni en el corazón; si todo esto te suena de algo, ¡compra este libro! Deja que el galardonado profesor John Bergsma te acompañe a dar un entretenido y vigorizante paseo por la Biblia, ilustrado con sus deliciosos dibujos. Tan original, tan atrayente y tan instructivo que acabarás leyéndolo con una sonrisa y te sorprenderá todo lo que queda grabado en tu mente».

Elizabeth Scalia
Blogger católica y autora de *Strange Gods*

«Valdría la pena volver a la universidad aunque solo fuera para poder asistir a las clases de un profesor como Bergsma. No obstante, este libro nos ahorra la matrícula universitaria y el viaje al lejano Ohio; y, con ayuda de la historia y de la imaginación, nos traslada a Tierra Santa y a épocas pasadas para conocer a los personajes más fascinantes que hayan vivido jamás: Abrahán, Moisés, David, Jesús. Algo que podemos hacer gracias a las excepcionales dotes de Bergsma. Este libro es capaz de cambiar vidas».

Mike Aquilina
Autor de *The Mass: The Glory, the Mystery, the Tradition*

«Nada más acabar el primer capítulo de este libro, comprendí que contábamos con un tesoro que ofrecer a quienes están interesados en el estudio de la Biblia y no disponen de mucho tiempo ni de unos conocimientos escriturísticos exhaustivos. Bergsma ha condensado brevemente (y, en más de una ocasión, con un delicioso sentido del humor)

los elementos clave del Antiguo Testamento que nos permiten entender el poder y la gloria del Nuevo Testamento. Ha sido un placer leer este libro, hasta cierto punto ligero, que reúne multitud de conocimientos básicos: es un tesoro cargado de energía que mueve a intensificar la acción de gracias y la devoción a Jesucristo, Dios hecho hombre. Se lo recomendaré encarecidamente a mis oyentes de la radio».

Ann Shields, S.G.L.
Presentadora del programa *Food for the Journey*

ÍNDICE

PRÓLOGO

CUANDO YO ERA NIÑO, MI PADRE solía decir: «El buen perfume se vende en frasco pequeño». La verdad es que nunca llegué a entender qué significaba aquello, sobre todo si se acercaba la Navidad.

Ahora sí lo entiendo.

Puede que el libro que tienes entre las manos te parezca pequeño, pero no tardarás en descubrir que lo que contiene es algo excelente. Ese algo consiste en un breve pero incisivo resumen del plan de Dios en la Sagrada Escritura.

Dado el tamaño de la Biblia y el mucho tiempo y esfuerzo que requiere leer de principio a fin el Antiguo y el Nuevo Testamento, una pequeña ayuda puede servir de mucho. Y ya verás cómo este libro ofrece mucho más que una pequeña ayuda.

En aras de la transparencia, he de confesar que su autor, John Bergsma, es un buen amigo y colega mío, y alguien con quien tengo el orgullo de haber colaborado en distintos proyectos, muchos de ellos relacionados con la Biblia. Y quizá debería confesar algo más: en más de una ocasión me he quedado fuera del aula, junto a la puerta, escuchando sus clases sobre la Biblia —y aprendiendo de ellas—.

Créeme: nunca he quedado defraudado. Y tú tampoco quedarás defraudado.

En *La Biblia, paso a paso* John Bergsma comparte contigo lo mismo que comparte con sus alumnos. Con ayuda de una prosa clara y unas ilustraciones desenfadadas, condensa verdades de la Palabra de Dios muy profundas y las comunica con mucha sabiduría y mucha clarividencia adquiridas tanto de la tradición viva de la Iglesia como de la mejor erudición bíblica contemporánea.

Permítele acompañarte en un recorrido por la historia de la salvación en el que te ofrecerá una imagen «a vista de pájaro» del drama de la Sagrada Escritura. Cuando hayas acabado, no solo dispondrás de la «visión de conjunto» de la Biblia, sino que te habrás involucrado en su trama, que no es otra que la historia de alianza del plan paternal de Dios para sus hijos e hijas: para todos y cada uno de nosotros.

Por el camino descubrirás también la razón de que su curso introductorio («Fundamentos del Estudio Bíblico»), que sirve de base a este libro, siga siendo uno de los más famosos de nuestra universidad (la Franciscan University de Steubenville). Y lo mejor de todo: acabarás teniendo una visión completamente nueva de la Biblia y continuarás leyéndola —con más sabiduría y con más clarividencia— durante el resto de tu vida.

Fíate de nuestro Padre: «El mejor perfume se vende en frasco pequeño».

Scott Hahn

INTRODUCCIÓN

DEBERÍAS CONOCER LA BIBLIA MEJOR de lo que la conoces, y probablemente eso hace que te sientas algo culpable. Venga, admítelo. Tú sabes que es verdad. Yo sé que es verdad. La mayoría de los católicos que asisten a misa todas las semanas han escuchado un montón de homilías, o de programas de la *EWTN*, o de CDs con charlas en las que se les anima a conocer mejor las Escrituras. Muchos de nosotros hemos oído citar las palabras de algún papa[1]: «Las Escrituras son una carta de amor del Padre»; o bien la célebre frase de san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»[2].

¿Sabes cómo nos hacen sentir estas palabras? Ignorantes. Y tal vez culpables. Culpables de no leer lo suficiente la Biblia.

Algunos lo hemos intentado. Nos hemos propuesto leernos la Biblia completa en un año o ciñéndonos a algún otro plan. En el mejor de los casos, hemos leído el Génesis y quizá el Éxodo; pero, en cuanto nos tropezamos con las leyes y los sacrificios del Levítico, nos damos por vencidos.

Recibir clases tampoco nos resulta del todo útil. Si te apuntas a un curso sobre la Biblia en tu parroquia o si lo estudias en la universidad, el profesor se pasa todo el tiempo explicando que el apóstol o el profeta cuyo nombre aparece en el libro no es en realidad su autor —que todo lo compuso mucho más tarde alguien denominado «P» o «Q» junto con su «comunidad»—. Y sales de allí con la Biblia aún menos clara que cuando entraste.

Yo me puedo identificar fácilmente con esa sensación. Crecí en una familia en la que *sí* se intentaba leer mucho la Biblia. No, no era católico: lo fui más tarde. Pero esa es otra historia... En cualquier caso, mi madre me inició en la lectura anual de la Biblia cuando tenía doce años. Aunque sin ceñirme estrictamente a ese plan, me dejé la piel para conseguir leerla casi entera a lo largo de varios años: no lo entendía todo, pero sí se me quedaron grabados algunos relatos y enseñanzas interesantes.

Más adelante, mi interés por la Biblia fue creciendo y cursé un par de posgrados en Escrituras. De hecho, hice tantos cursos de Sagradas Escrituras que, doce años *después* de graduarme en el instituto, me encontré con un máster y un doctorado. Pero lo curioso era que no estaba seguro de entender cómo encajaba todo aquello mucho mejor que cuando tenía doce años.

Evidentemente, en el posgrado aprendí mucho sobre los idiomas empleados en la redacción de las Escrituras; sobre lo que habían dicho otros acerca de la Biblia durante

los últimos dos mil años; y todo un surtido de teorías sobre lo que «ocurrió realmente» en distintos momentos de la Biblia, y quién la había escrito «realmente» y por qué. Pero no sabía demasiado bien «de qué iba» la Biblia en su conjunto. Sabía que, tal y como la entienden los cristianos, la Biblia se centra en último término en Jesús. Pero, aparte de eso, seguía sin ver cómo se ensamblaba todo en un único libro que tiene su origen en Dios.

Solo a lo largo de los años que siguieron a la obtención de mi doctorado en Sagradas Escrituras, cuando tuve que prepararme para dar clases de Biblia a los universitarios de primero, comencé a descubrir que el fundamento de su unidad[3] era el concepto de alianza. Y no lo descubrí yo solo: para ello conté con la ayuda de buenos amigos (uno en especial), de buenos libros y de la liturgia de la Iglesia.

Lo que quiero compartir contigo en este libro es la visión de conjunto básica y general de la Biblia con la que me gustaría haber contado cuando comencé a leerla en serio hace unos treinta años. A mí me hicieron falta doce años de estudios desde que dejé el instituto para descubrir la casilla de salida... y fue casi por accidente. Confío en que tú no tengas que esperar también doce años para llegar a ella.

Si eres capaz de venirte de paseo conmigo durante unos pocos y breves capítulos, creo que esa visión de conjunto de la Biblia te permitirá también a ti entender mejor las cosas. Es más, ¡por el camino podrás ir recogiendo unos ramilletes de monigotes espléndidos! Recurriré a lo que en un sentido muy amplio podríamos llamar «arte» para hacer hincapié en las cuestiones clave —algo que te resultará muy útil la próxima vez que juegues al *Pictionary*—. El objetivo de estos dibujos consiste en ilustrar las «alianzas» bíblicas como una secuencia de «mediadores de los montes».

TODO EMPIEZA CON UNA ALIANZA

Intentaré reducir al máximo el vocabulario complejo y los tecnicismos, en parte porque no creo que sean del todo útiles ni necesarios. El apóstol Juan escribió el libro con mayor número de ventas y más influyente de todos los tiempos —su evangelio— empleando un vocabulario de 3.º o 4.º de primaria. Aun así, lo que fue capaz de decir con palabras tan sencillas hoy sigue maravillando al mundo entero. No obstante, hay unos cuantos términos que sí deberíamos analizar.

El primero es «alianza»: una palabra que todos hemos escuchado en misa, aunque quizá no le hayamos prestado demasiada atención. Una de las plegarias eucarísticas (la oración que dirige el sacerdote durante la segunda parte de la misa) incluye una frase que tal vez recuerdes: «Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación». En estas pocas palabras se resume prácticamente todo el mensaje de la Biblia. El libro que tienes en tus manos no es más que una pequeña explicación de esa frase.

El otro momento más conocido en el que escuchamos «alianza» es cuando el sacerdote consagra el cáliz: «Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna».

San Juan Pablo II, a quien muchos llaman «Juan Pablo Magno», solía referirse a la Eucaristía como «fuente y cumbre de la vida cristiana»[4]. Y en la misa la Eucaristía recibe el nombre de «alianza». De donde se deduce que la alianza debe de ser algo importante. Y lo es.

Pero ¿qué es una «alianza»?

Algunos dirán que una alianza es algo parecido a un contrato en el que no se intercambian propiedades, sino personas. Y tienen razón, pero solo hasta cierto punto. Otros dirán que una alianza es *el medio legal para incorporar a alguien a la propia familia*[5]: a alguien que, obviamente, hasta entonces no formaba parte de ella. Esta definición resulta muy útil para lo que nos proponemos aquí.

Dos ejemplos excelentes de lo que supone una alianza son la adopción y el matrimonio. En el caso de la adopción —al menos en el mundo antiguo—, alguien se presentaba con un niño con el que no guardaba parentesco ante los sacerdotes, los ancianos del pueblo o algún otro funcionario, y hacía un juramento solemne de que a partir de ese momento el niño era suyo. Acto seguido se iba a casa con un hijo o una hija nuevos. En el caso del matrimonio, hasta el día de hoy, lo normal es que nos presentemos ante un sacerdote, un ministro o —como poco— un juez e intercambiemos un juramento solemne. Dos personas entran en un edificio llamándose John White y Jane Brown y salen de allí convertidos en marido y mujer. Dos «extraños» se han convertido en una familia en virtud de una alianza. Por eso, cuando en misa el sacerdote pronuncia la oración «reiteraste tu alianza a los hombres», lo que quiere decir es: «Dios ha querido una y otra vez hacer de nosotros su familia».

Es probable que hoy en día el matrimonio no sea tan popular como hace una generación. La gente lo retrasa cada vez más, si es que alguna vez decide casarse. Las relaciones son esporádicas[6]: los chicos y las chicas «ligan» un rato, luego —me imagino— se «desligan», y pasan al siguiente. Los solteros viven con el temor a una palabra que empieza por «C»: «compromiso».

Pero Dios sí cree en el matrimonio y en la familia. La relación que quiere mantener con todos nosotros, y con cada uno en particular, no es una relación informal, ni un juego de citas de hoy sí, mañana no. La relación de alianza que quiere con nosotros es matrimonial: con bombones y flores, anillo de diamantes, «hasta que la muerte nos separe», casa en las afueras y pasitos de bebé. Sí, a Dios le atraen los hijos: son los que completan la familia. Eso dice la Biblia: «Y ¿qué busca esta unidad? Una posteridad concedida por Dios» (Ml 2, 15).

Dios es compromiso y amor que dura «hasta que la muerte nos separe» y más allá, porque ni siquiera la muerte nos separa de Él. Todo eso es lo que está contenido en unas pocas letras: «alianza».

Mediador

Además de «alianza», existe otra palabra relativamente técnica que debemos mencionar: «mediador». En la Antigüedad era normal que la gente quisiera establecer alianzas que

afectaban a más de dos personas. Puede que un rey, por ejemplo, deseara permitir que un grupo de extraños se incorporase a su «familia» (que, en términos prácticos, equivalía a su reino); en ese caso, hacía una alianza con ellos. Por lo general, alguien daba un paso al frente en representación del grupo con el que se constituía esa alianza. Ese alguien era el «mediador».

Podemos hablar, por tanto, de «mediadores de alianza» para referirnos a los representantes de los grupos de personas implicados en una alianza. En la Biblia aparecen varios mediadores relevantes, entre los que destacan Adán, Noé, Abrahán, Moisés, David y Jesús. Cada uno de ellos instituyó una alianza con Dios; y cada uno de ellos representó a un grupo de personas que, a través de él, instituyó una alianza.

MONTE

La última palabra que conviene definir es «monte». La verdad es que no hay necesidad de definirla, porque todo el mundo sabe qué es un monte, a excepción de quienes viven en regiones tan llanas como Illinois, Louisiana o Florida. Pero me estoy yendo por las ramas... En cualquier caso, aquí sí debemos referirnos a los montes y al porqué de su importancia.

A lo largo de la Biblia, Dios establece al menos seis grandes alianzas con los hombres que acabo de mencionar: Adán, Noé, Abrahán, Moisés, David y Jesús. Hace años, cuando me preparaba para explicar por primera vez la línea argumental de la Biblia —lo que llamamos «historia de la salvación»—, busqué algún modo de simplificar y visualizar el patrón de estas alianzas. Al analizar qué era lo que tenían en común, me di cuenta de que todas ellas *se establecieron en la cima de un monte*: la ceremonia ritual de todas y cada una de esas alianzas se celebró en la alto de un monte.

No es fácil que se trate de una casualidad. Algo deben de tener los montes que los hacen idóneos para el encuentro con Dios. ¿Y qué puede ser ese algo?

Hace algunos años un anciano y sabio sacerdote me comentó que los montes nos hacen sentirnos más cerca de Dios. Por dos razones: la primera es que las cumbres de los montes suelen ser lugares solitarios. Cuando nos aislamos de las personas y de los asuntos que habitualmente nos mantienen ocupados, nos es más fácil centrarnos en la realidad más básica: yo y Dios.

En segundo lugar, las cumbres de los montes nos permiten ver las cosas «a vista de Dios». Si contemplas desde allí tu granja —la misma que cuando estás en el valle te parece tan grande—, esta adquiere el tamaño de un sello de correos. Entonces descubres que no es más que una de las docenas o cientos de granjas que se extienden en todas direcciones hasta el horizonte. Lo que visto desde abajo te parecía imponente ahora te parece pequeño, y comprendes que está integrado en un diseño mucho más amplio que antes no advertías.

En la cumbre de un monte (1) te encuentras más o menos a solas con Dios; (2) eres capaz de ver mucho más; (3) todo te parece más pequeño; y (4) puedes verlo todo *en su contexto*, es decir, en conjunto con cuanto lo rodea. Quizá estas sean algunas de las

razones por las que en lo alto de un monte nos sentimos más cerca de Dios y por las que calificamos los sentimientos religiosos más intensos como «experiencias cumbre».

Puede que estés leyendo o comentando este libro junto con algunos amigos, con un grupo de estudio o en tu parroquia. De ser así, al final de cada capítulo encontrarás una serie de «temas de estudio» que te pueden resultar útiles.

QUE EMPIECE EL ESPECTÁCULO

Esto solo ha sido el preámbulo. A partir de aquí, vamos a iniciar un viaje relámpago por la Biblia centrándonos en las cinco experiencias «cumbre» de los mediadores Adán, Noé, Abrahán, Moisés y David. A continuación hablaremos de los profetas que anunciaron una «Nueva Alianza» en la cumbre de otro monte, el Monte Sion celestial. Veremos cómo lo que anunciaron los profetas se hizo realidad, a veces de un modo inesperado, en la Alianza Eucarística instaurada por Jesús en los evangelios. Y concluiremos con una breve visión de la belleza que nos espera al final de los tiempos: la alianza de bodas de la «Esposa» y el «Cordero» del Apocalipsis.

[1] Al menos dos papas han escrito unas palabras que guardan semejanza con estas. En su encíclica *Providentissimus Deus,* León XIII se refiere a las Escrituras como «una carta otorgada por el Padre celestial al género humano, en peregrinación fuera de su patria» (1). Pío XII, en su encíclica *Divino Afflante Spiritu*, dice: «Debemos estar sumamente agradecidos a aquel Dios providentísimo, que desde el trono de su majestad nos envió estos libros a manera de cartas paternales como a propios hijos» (19).

[2] Esta célebre cita del *Comentario a Isaías* (Nn. 1.2: CCL 73, 1-3) se emplea en el oficio de lecturas del 30 de septiembre, en la fiesta de su autor, san Jerónimo.

[3] Estos son algunos de los estudios especializados que me ayudaron a entender el patrón de alianza de las Escrituras: Scott W. Hahn. *Kinship by Covenant: A Canonical Approach to the Fulfillment of God's Saving Promises* (New Haven, CT: Yale University Press, 2009); Paul R. Williamson. *Sealed with an Oath: Covenant in God's Unfolding Purpose* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2007); Gorden P. Hugenberger. *Marriage as Covenant: Biblical Law and Ethics as Developed from Malachi* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 1994). Los pensadores católicos, protestantes y judíos, así como la crítica moderna y los Padres de la Iglesia, coinciden en que la *alianza* configura la estructura orgánica del Antiguo Testamento. Un crítico bíblico judío contemporáneo como R.E. Friedman, por ejemplo, escribe: «El texto E describía una alianza entre Dios e Israel en el Sinaí; el relato J añadía una alianza abrahámica; el historiador deuteronomista de Josías desarrollaba la alianza davídica; y la narrativa sacerdotal añadía una alianza con Noé. Estas cuatro alianzas fundamentales -las de Noé, Abrahán, Moisés y David— proporcionaban un marco narrativo en el que confluía el material legal, histórico, legendario, poético, etc.» («The Hiding of the Face: An Essay on the Literary Unity of Biblical Narrative». *Judaic Perspectives on Ancient Israel* [eds. J. Neusner et al.; Philadelphia: Fortress, 1987] 214). El Padre de la Iglesia Ireneo de Lyon, por su parte, señala: «Por eso se dio a la raza humana cuatro testamentos ["alianzas"]: el primero en el tiempo de Adán, antes del diluvio; el segundo en tiempo de Noé, después del diluvio; el tercero fue la

legislación en tiempo de Moisés; y el cuarto, que renueva al hombre y recapitula en sí todas las cosas, por medio del Evangelio, dando al hombre alas para elevarse al reino de los cielos» (*Contra los herejes* III, 11.8). Véase también *Catecismo* 70-73; y Walther Eichrodt. *Theology of the Old Testament*, vol. 1 (Philadelphia: Westminster/John Knox Press, 1961).

[4] Juan Pablo II insistió en esta realidad a lo largo de todo su ministerio y, en especial, en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* («La Iglesia de la Eucaristía»). Estas palabras están tomadas de la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium,* 11, del Concilio Vaticano II.

[5] Mi definición favorita es «la ampliación del parentesco mediante juramento». En cuanto a los estudios técnicos sobre la naturaleza de la alianza, véase Frank Moore Cross. «Kinship and Covenant in Ancient Israel». *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1998), 1-8; Gordon Hugenberger. *Marriage as a Covenant: A Study of Biblical Law and Ethics Governing Marriage, Developed From the Perspective of Malachi* (Leiden, Netherlands: Brill, 1994), esp. 197; y Scott Hahn. *Kinship by Covenant: A Canonical Approach to the Fulfillment of God's Saving Promises,* Yale Anchor Bible Reference Library (New Haven, CT: Yale University Press, 2009), 28-31, 37-39, y todo el texto en general.

[6] Aunque sin darle un enfoque cristiano, en *Hooking Up: Sex, Dating, and Relationships on Campus* (New York: NYU Press, 2008) la socióloga Kathleen Bogle documenta la postura de nulo compromiso frente a las relaciones íntimas que existe en los campus de las universidades norteamericanas. Esta cultura universitaria casi nunca sirve a los intereses de las jóvenes.

1.
UN JARDÍN DONDE COLOCAR AL HIJO: LA ALIANZA CON ADÁN

Lecturas recomendadas: Génesis 1 y 2

¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE LA VIDA?

¿Cuál es el significado de la vida? ¿Verdad que es una pregunta a la que todo el mundo busca respuesta?

Cuando era adolescente, a mis amigos y a mí nos hacía muchísima gracia la *Guía del autoestopista galáctico,* la serie de novelas de Douglas Adams en las que el protagonista, Arthur Dent, descubre que el significado de la vida está en el «42»: una muestra de cinismo por parte del autor, porque Adams, ateo convencido, creía que la vida *no* tenía significado. Asignar un número aleatorio a la cuestión era una manera ingeniosa de declararlo. En aquella época, los libros de Adams me divertían porque yo era cristiano y no me los tomaba en serio. De haber pensado *realmente* que la mejor respuesta al significado de la vida es ese «42», no me habrían parecido tan divertidos, sino deprimentes.

La búsqueda del significado de la vida está relacionada con la búsqueda de nuestros orígenes. El «¿por qué estamos aquí?» va unido al «¿de dónde venimos?». A la gente siempre le han fascinado las genealogías... o, por lo menos, la propia. Recuerdo mi asombro cuando el mayor de mis tíos le pasó a mi familia una copia de la genealogía de los Bergsma elaborada por él mismo: un estrecho rollo de papel de más de un metro de largo en el que nuestros antepasados se iban remontando hasta unos lejanos granjeros y comerciantes holandeses del siglo XVIII con un nombre extraño. Existía incluso algún indicio de que nuestra sangre tenía algo en común con la de la familia real holandesa.

Hoy en día internet dispone de varias páginas que se hacen de oro ayudándote a trazar tu genealogía. ¿Por qué? ¿Por qué le preocupa a la gente quiénes fueron sus antepasados paternos y maternos?

De alguna manera, saber de dónde venimos nos ayuda a descifrar adónde deberíamos ir. Conocer a nuestros antepasados da sentido a nuestra vida aquí y ahora.

Quizá por eso la Biblia dedique tanto espacio a hablarnos de nuestro primer padre, Adán, y de su esposa Eva, nuestra primera madre. La Biblia es sumamente concreta acerca de los motivos por los que fue creado Adán y cuál iba a ser su misión en el universo. Es más: Adán fue y es nuestro modelo. El fin (o el significado) de su vida sigue siendo el fin de la vida de cada uno de nosotros.

Antes de echar una ojeada al fin (o *fines*) de la vida de Adán, permíteme que me detenga un momento a ofrecerte un esbozo del contexto. Al fin y al cabo, Adán no fue lo que Dios creó primero.

LA SEMANA DE LA CREACIÓN: LA CONSTRUCCIÓN DE UN TEMPLO

Todo el mundo ha oído hablar de los «seis días de la creación» que aparecen en el Génesis. Hoy en día es un tema que suele surgir en los debates entre el «creacionismo» y el «darwinismo»; o cuando la comunidad educativa de ámbito local o estatal tiene que fijar los libros de texto y los estándares de ciencias de las escuelas públicas. Es natural que la gente se pregunte[1]: «¿Esos seis días son literales?»; «¿realmente es tan joven la tierra?»; o «¿cómo encaja ese relato en el *Big Bang* y la evolución?».

Buenas preguntas. Pero por el momento las dejaremos en suspenso, porque no son las principales preguntas a las que el autor del Génesis quiso dar respuesta. De hecho, lo que el autor inspirado quería era enseñarnos algo acerca del fin para el que Dios creó el mundo antes que nada. La Biblia empieza con una frase sucinta: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1, 1). Y a continuación entra en los detalles del proceso.

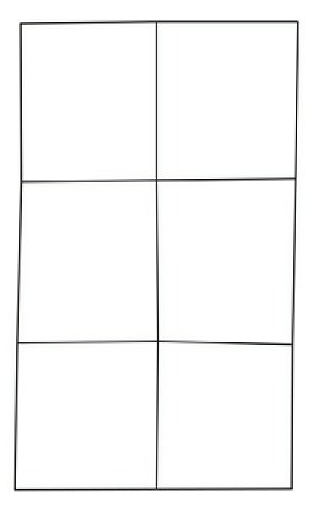
El siguiente versículo dice así: «La tierra era caos y vacío, la tiniebla cubría la faz del abismo» (Gn 1, 2). La imagen que se nos ofrece es la de un mundo —o un universo— ya existente, pero aún no concluido, que presenta dos problemas: el «caos» y el «vacío».

El Génesis se escribió en hebreo, y en hebreo las palabras «caos y vacío» forman una expresión graciosa, «tohu wabohu»: dos términos que riman y describen una situación de caos similar a nuestro «patas arriba». Más concretamente, «tohu» significa «amorfo», es decir, «informe» o «sin forma». «Bohu», por su parte, significa «vacío» o «nulo».

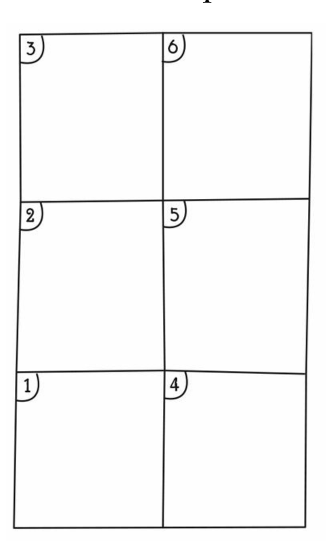
Así pues, el cosmos al que Dios llama a la existencia presenta dos problemas: es amorfo y es vacío. Hay que darle forma y llenarlo. Y eso es lo que hace Dios a lo largo de esos seis días.

No es algo que cueste mucho plasmar sobre el papel. Los dibujos nos ayudan a recordar las cosas y a explicárselas a los demás: a tus hijos, en la catequesis o incluso a tu cónyuge (por cierto, si copias los dibujos de este libro, te recomiendo que lo hagas a lápiz para poder borrar, porque a veces las imágenes cambian a medida que las vamos completando).

Para ilustrar los días de la creación, vamos a trazar un rectángulo en vertical y a dividirlo en seis cuadrados. Hazlo bien grande, porque luego dibujaremos dentro de cada cuadrado:

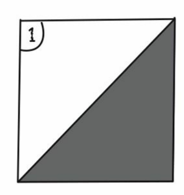


Ahora numera los cuadrados del uno al seis empezando por el inferior izquierdo:

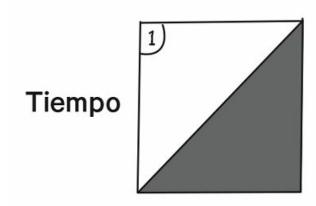


Los cuadrados de la izquierda (casillas 1—3) representan los tres primeros días de la creación, en los que Dios gestiona el «problema» de la ausencia de forma. Dios va a formar y va a dar forma a la creación el primer día, cuando crea la luz y la tiniebla, y llama a la primera «día» y a la segunda «noche».

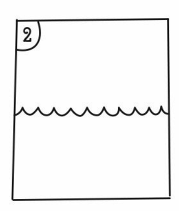
Es fácil de dibujar. No tienes más que trazar una diagonal en el cuadrado número 1 y colorear la mitad inferior con el lápiz:



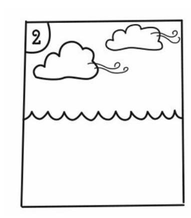
Muy bien. Acabas de ilustrar el primer día: la creación de la luz y la tiniebla, del día y la noche. Es la creación del «tiempo», así que escribe la palabra «tiempo» a un lado de la figura:



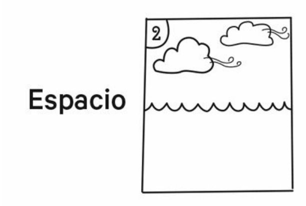
El segundo día Dios crea las grandes extensiones del espacio: los cielos y las aguas. No es difícil de dibujar. Para el mar traza una línea ondulada como esta:



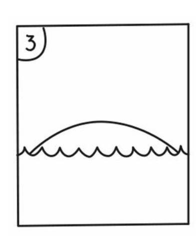
Y para el cielo vale con una o dos nubes:



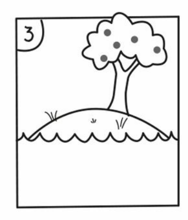
Ahora Dios ha creado el «espacio», así que escribe «espacio» a un lado:



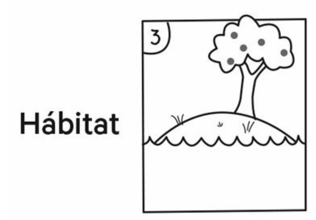
El tercer día Dios crea la tierra firme y la vegetación. Vamos a hacer una isla en el «mar» trazando una curva:



Un árbol y unas cuantas briznas de hierba sirven para ilustrar la vegetación.



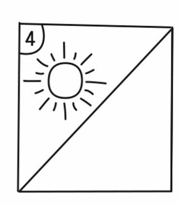
Ahora escribimos «hábitat» a la izquierda. La tierra firme y la vegetación proporcionan un hogar a los animales y, más adelante, a los hombres.



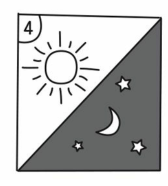
Pasados esos tres días, Dios ha resuelto el problema de la «ausencia de forma». Se ha formado el cosmos, aunque sigue habiendo «bohu» o «vacío». Eso es lo que se gestiona los tres días siguientes (4-6).

En primer lugar, se habita el reino del «tiempo» —el día y la noche—: el sol, la luna y las estrellas se colocan ahí para marcar el paso del tiempo e indicar las «estaciones» —*mo'ed* en hebreo, que en concreto significa «tiempos litúrgicos»—. En otras palabras, el sol, la luna y las estrellas señalan el paso del tiempo para que cuanto puebla la tierra conozca el momento del culto. ¡El sol y la luna están ahí para decirte cuándo hay que ir a misa!

El sol puede ser un simple círculo con unas cuantas líneas saliendo de él:

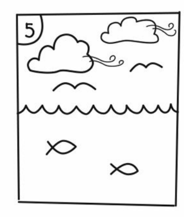


Una luna creciente y unas estrellas son bastante fáciles de dibujar:

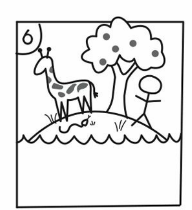


Ya está habitado el reino del «tiempo».

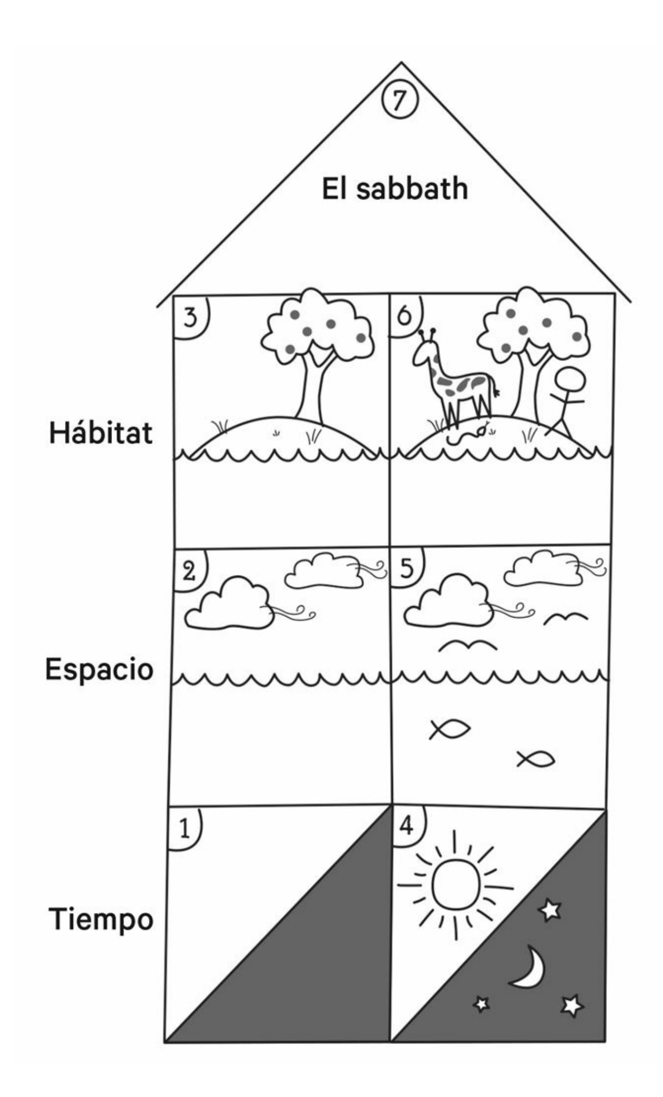
El quinto día Dios continúa llenando los grandes espacios con pájaros y peces. Unas curvas en su sitio correspondiente pueden servir para representar los peces y las aves.



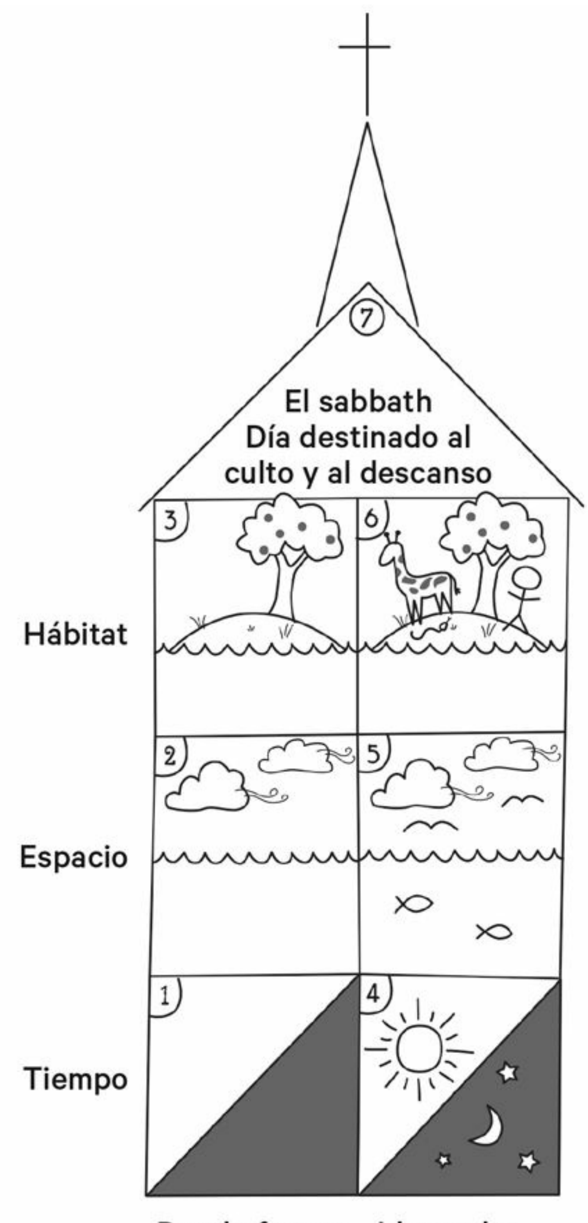
Ya solo queda el «hábitat». El sexto día Dios crea los animales y al hombre (Adán). En cuanto a los animales, haz lo que buenamente puedas. A mí me gustan la serpiente y la jirafa. Para Adán bastará un monigote:



La creación está casi terminada. Falta el clímax, el «tejado» de todo el edificio. Ese es el séptimo día, el *sabbath*, el día destinado al descanso y al culto. Vamos a poner un tejado en lo más alto de todo:



El edificio que hemos estado construyendo es un templo. Como somos cristianos, añadimos una cruz al edificio destinado al culto; así que, si quieres poner un campanario y una cruz encima, adelante:



¡Felicidades! Acabas de dibujar el templo-universo que Dios creó en siete días. Quizá te preguntes: ¿cómo sabemos que este «edificio» de la creación es un templo? Aquí tienes algunas respuestas:

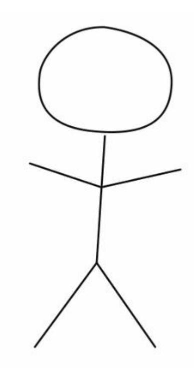
1. El lenguaje de la creación guarda parecido con el lenguaje de la construcción del Tabernáculo en el desierto en tiempos de Moisés[2] (comparar Gn 2, 1-3 y Ex 39, 32; 42-43).
2. Algunos pasajes de las Escrituras se refieren a la creación como un templo[3] (Sal 78, 69; Sal 148).
3. Otros textos antiguos fechados en torno a la misma época que el Génesis evidencian que el universo en su conjunto se veía como una especie de

templo[4] destinado a dar culto a Dios (o a los dioses): una visión muy extendida en la Antigüedad.

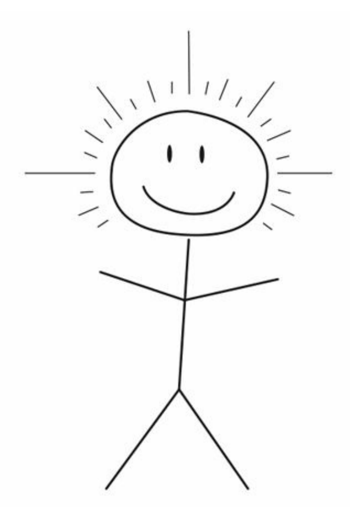
* * *

Ahora ya podemos retomar las preguntas acerca de la creación de Adán. ¿Cuál era el fin de su vida? Lo primero que nos dice la Biblia es que Adán fue creado «a imagen y semejanza de Dios». ¿Qué significa eso? Si avanzamos rápidamente hasta Génesis 5, 3, hallamos una pista sobre lo que quiere decir «creado a imagen y semejanza». En Gn 5, 3 leemos: «Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su *imagen*, según su *semejanza*, y le puso por nombre Set». ¿Qué significa entonces «imagen y semejanza»? Significa *ser hijo*; o, por utilizar un término teológico más elaborado, la *filiación divina*, es decir, ser hijo de Dios.

Esto es lo primero que debemos saber con respecto a Adán. Era el hijo de Dios (ver Lc 3, 38). Vamos a dibujar a Adán. Un monigote puede servir:



Para indicar que es hijo de Dios, voy a hacerle sonreír y que su rostro irradie la gloria de Dios:

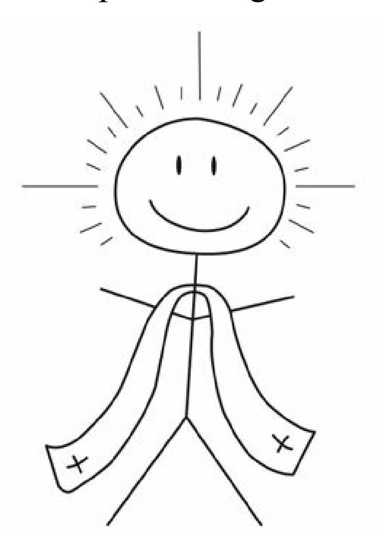


¿Qué más nos dice la Biblia acerca de Adán? En el capítulo 2 el Génesis cuenta que Dios plantó un jardín en Edén y colocó en él a Adán «para que lo trabajara y lo guardara». Nos encontramos aquí con un pequeño juego de palabras. La frase literal en hebreo es «*servir* y *cuidar*». No es fácil hallar estos dos verbos juntos en la Biblia. De hecho, no

volvemos a encontrarlos hasta mucho después, en Números 3, 7-8, donde ambos verbos —«servir» y «cuidar»— describen la tarea de los sacerdotes durante el culto. La misión de «servir y cuidar» encomendada a Adán en el jardín debía de dejar en el lector antiguo un regusto sacerdotal[5]. Es probable que los lectores de la Antigüedad viesen en el Edén el templo original. La decoración de los templos posteriores se sirvió de él como modelo[6].

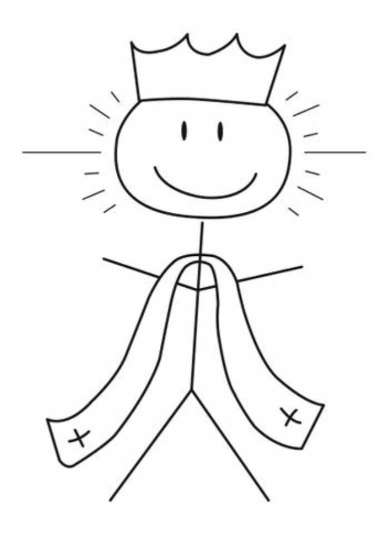
Esa es la clave: en el Edén, el templo original, Adán tenía una misión sacerdotal.

Vamos a ponerle una estola a Adán para distinguirlo como sacerdote.



Pero eso no es todo. Aparte del sacerdocio, Adán tenía otros dos trabajos. En Génesis 1, 26 y 28 a Adán se le entrega el «dominio» sobre todas las criaturas de la tierra. Te ahorraré todos los estudios lingüísticos sobre el término «dominio» e iré al grano: se trata de un papel real (los lectores de Virginia habréis oído hablar del parque de atracciones King's Dominion[7] ¿verdad?). Adán reinaba sobre todos los seres vivos de la tierra. Era algo que los judíos de la Antigüedad daban por sentado[8].

Esto es muy fácil de ilustrar: vamos a colocarle una corona a Adán.



A continuación, en Génesis 2, 18-20, vemos cómo Dios encarga a Adán la tarea de poner nombre a los animales. A nosotros puede parecernos algo sin importancia, pero en la Antigüedad poner nombre suponía un gran privilegio. Solo el creador de algo podía darle un nombre —si componías una canción, hacías una escultura o tenías un hijo, adquirías el derecho a asignarles un nombre—: él y solo él. Lo que hace Dios, por lo tanto, es delegar en Adán un privilegio divino: el derecho de poner nombre a las criaturas de Dios. Y no solo eso, porque cuando Adán pone nombre a las criaturas, en realidad está hablando en nombre de Dios. ¿Y cómo llamamos a alguien que habla en nombre de Dios? Lo llamamos profeta.

¿Con qué rasgo distinguiremos la misión profética de Adán?[9]. La misión de un profeta consiste en hablar, así que vamos a dibujarle una boca bien grande:



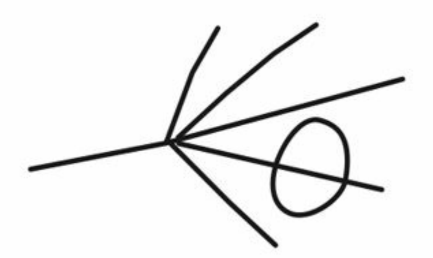
A Adán le queda todavía una última misión. Dice la Biblia que no había entre los animales «una ayuda adecuada para él», de modo que el SEÑOR infundió en Adán un sueño profundo y formó a la mujer de una de sus costillas. Cuando a la mañana siguiente Dios le presenta a Eva, brota de Adán un hermoso poema:

Esta sí es hueso de mis huesos,
y carne de mi carne.
Se la llamará mujer,
porque del varón fue hecha.

Para algunos este es el primer poema de la Biblia. Gracias a él comprobamos el efecto civilizador que Eva ejerce sobre Adán. Hasta el momento, se ha limitado a quedarse de brazos de cruzados nombrando a los animales que lo rodean: «¡Perro! ¡Mono! ¡Salamandra!». Pero, en cuanto ve a la mujer, se transforma en El Bardo[10] y recita sonetos en pentámetros yámbicos (bueno, no exactamente, pero ya me entiendes...). Quizá el autor sagrado quisiera destacar que la aparición de la mujer constituye un punto culminante de la creación divina; que es la mujer quien lo mejor del hombre.

Además de poético, el refinado lenguaje de Adán («carne de mi carne», etc.) es el que se emplea para las alianzas[11]. Adán declara su parentesco con Eva (como parte de su

familia), que es lo mismo que ocurre en una alianza: conviertes a alguien en tu pariente. Hasta la fecha, en la mayoría de las bodas un hombre y una mujer sin relación de parentesco entran en una iglesia (o en un juzgado) y salen siendo «el señor y la señora Pérez». Ahora comparten apellido. Se han convertido en una familia. En el Génesis somos testigos del primer esposo, la primera esposa y la primera «boda», oficiada por Dios. Ya podemos añadir la última misión de Adán: la de esposo. Así que vamos a ponerle un anillo en el dedo:



Pero Adán no es cualquier esposo. Es el esposo *universal*. Está casado con toda la humanidad. Naturalmente, en ese momento «toda la humanidad» no es más que una sola persona. Pero el caso es que Adán está casado con el resto de la raza humana. Así obtenemos el retrato final de Adán según los capítulos 1 y 2 del Génesis: hijo primogénito, rey, sacerdote, profeta y esposo:



¿ADÓNDE QUEREMOS LLEGAR?

¿A qué viene perder el tiempo hablando de las misiones de Adán? Hemos empezado este capítulo con la pregunta «¿cuál es el sentido de la vida?». ¿Cuál es nuestro fin aquí en la tierra? La Biblia aborda este tema en los primeros capítulos al trazar la imagen de Adán como modelo de cualquier ser humano. Todos estamos llamados a ser hijos (o hijas) de Dios y, por lo tanto, reyes (reinas), sacerdotes, profetas y esposos (esposas).

¿Qué significa esto en la práctica? Aunque en los párrafos 901-913 el *Catecismo de la Iglesia católica* analiza las misiones de sacerdote, profeta y rey en la vida de cada cristiano, yo os dejo aquí mi propio resumen:

Como Adán, hemos de ser reyes. Lo cual no significa que tengamos que ostentar un poder político y «gobernar» sobre los demás. A Jesús no le interesaba el poder político ni se dejaba impresionar por él. En un momento dado, un VIP como Poncio Pilatos, gobernador romano de Judea, se sintió molesto con Jesús y le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para soltarte y potestad para crucificarte?». Jesús no se inmutó: «No tendrías potestad alguna sobre mí, si no se te hubiera dado de lo alto» (Jn 19, 11).

El tipo de realeza que Jesús quiere concedernos consiste en reinar sobre nosotros mismos, sobre el pecado y sobre Satanás. Quien no se domine a sí mismo, quien no domine el pecado y no domine a Satanás, es un esclavo, por mucho poder político que tenga. «Todo el que comete pecado, esclavo es del pecado», dice Jesús; pero «si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres» (Jn 8, 34-36). ¿Y si Jesús se hubiera encontrado cara a cara con Napoleón, con Stalin o con Mao? ¿Se habría dejado impresionar por ellos? ¿Los habría considerado «reyes» por su poderío militar? No lo creo. Los vería como esclavos de sus apetitos, y especialmente de su apetito de poder. Nadie empieza siquiera a ser rey si no es capaz de gobernarse a sí mismo. Jesús viene a concedernos ese poder y esa autoridad para que reinemos sobre nosotros mismos y extendamos ese reinado sobre nuestros hogares, nuestros trabajos y nuestras familias: sobre cualquier pedacito de este mundo que ponga en nuestras manos.

De nuestro estatus de hijos de Dios nace también un sacerdocio natural. Un sacerdote ofrece sacrificios a Dios. El sacrificio que ofrecemos cada uno de los cristianos es nuestra propia vida. San Pablo escribió a los cristianos de Roma: «Os exhorto... por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: este es vuestro culto espiritual» (Rm 12, 1). Con «vuestros cuerpos» san Pablo no se refería solo a nuestros cuerpos físicos, sino a toda nuestra vida.

Este autosacrificio sacerdotal de nuestra vida se lleva a cabo en cada misa, cuando algún laico presenta los «dones»: el pan y el vino que bendecirá el sacerdote y que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Sé que en esta parte de la misa todos tenemos tendencia a «desconectar». A no ser que conozcamos a quienes presentan los dones, nos ponemos a fantasear con cualquier cosa, porque no es una parte de la misa en la que tengamos que levantarnos, arrodillarnos, cantar o rezar algo. Así de frágil es el hombre... No obstante, lo que sucede en ese momento es muy importante. El pan y el vino sin bendecir representan las vidas de los que somos laicos; o, mejor dicho, de los que somos sacerdotes *comunes*. El sacerdote *ministerial* toma ese pan y ese vino —nuestras vidas— e invoca sobre ellos al Espíritu Santo para que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. Nuestras vidas están unidas a Cristo, nuestros pequeños sacrificios a su supremo Sacrificio.

Esa parte de la misa ilustra cómo el sacerdocio *ministerial* está vinculado al sacerdocio *común* de todos los fieles. Nos necesitamos los unos a los otros. Necesitamos

a nuestros párrocos para que nos administren el poder divino de los sacramentos y recibir la fuerza que nos permita cumplir nuestro deber sacerdotal de ofrecer toda nuestra vida en sacrificio a Dios por la salvación del mundo. Pero también los sacerdotes nos necesitan a nosotros. Igual que la misa no podría celebrarse si no se presentaran el pan y el vino, nuestros sacerdotes ministeriales no podrían desempeñar su misión sin nosotros, los sacerdotes comunes. En cierto modo, sin nosotros no tendrían nada que hacer. Somos la «materia prima» que deben bendecir y transformar en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Además de al sacerdocio, Dios nos llama (a través del bautismo) a ser profetas, es decir, a anunciar al mundo la palabra de Dios. ¿Quiere eso decir que hemos de predicar o predecir el futuro? No necesariamente. Aunque los profetas predecían futuros acontecimientos, su principal tarea era compartir la palabra de Dios y explicar a la gente qué quería Dios de ella. Cada vez que compartimos algún aspecto de la verdad de Dios con nuestros hijos, esposa, amigos, colegas, o con algún desconocido en el autobús, estamos ejerciendo nuestra vocación profética.

Por último, estamos destinados, igual que Adán, a la relación con otra persona; o —mejor quizá— destinados a otra Persona. Ese es el significado para nosotros del estatus de «esposo universal» que tiene Adán. No se trata de que todos en esta vida estemos llamados al matrimonio (aunque muchos lo estemos), y mucho menos de que todos estemos destinados a casarnos con todo el mundo. Solo Jesús puede sustituir a Adán como Esposo de la humanidad. No obstante, cada uno de nosotros está llamado a la «nupcialidad», un término que los teólogos emplean para describir el verdadero significado que hay detrás de las nupcias y el matrimonio. Cada uno de nosotros se halla destinado a la relación con otra Persona (a lo que los teólogos llaman «comunión»), una relación tan íntima que para describirla la Biblia suele emplear el lenguaje del matrimonio. Esa relación es con Jesucristo.

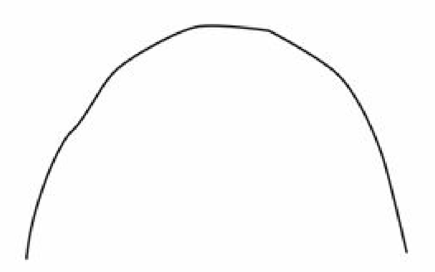
Un matrimonio santo de esposos cristianos es algo maravilloso y nos brinda un atisbo de lo que nos espera en el cielo. Pero no es más que un atisbo. En el cielo nuestra relación con Cristo será mucho más feliz que el mejor matrimonio de la tierra. Dice san Pablo: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman» (1 Co 2, 9). Y no solo eso: esa relación empieza *desde ya*. Si rechazamos el pecado, comenzamos a gozar ya en esta vida de la dulzura de la comunión con Jesús.

Hijo de Dios, rey, sacerdote, profeta y esposo: esas son las misiones que desempeñaba Adán en su alianza con Dios al principio de la historia de la humanidad, antes de que el pecado viniera a complicarlo todo. Esas son también las misiones a las que estamos llamados nosotros. Son el sentido de nuestra vida, aunque no demos del todo la talla. Solo Jesús estuvo y está a la altura. Por eso san Pablo lo llama el «último Adán» y el «segundo hombre» (1 Co 15, 45-49).

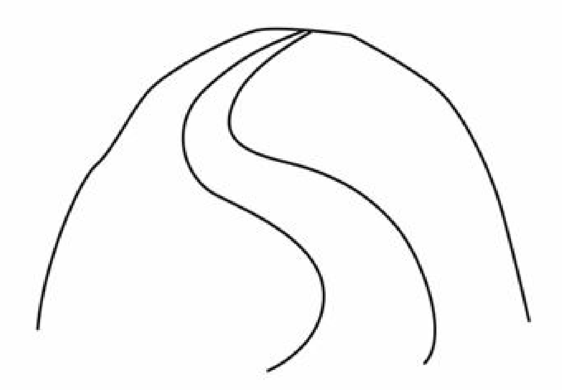
DANDO LOS ÚLTIMOS TOQUES AL EDÉN

En este capítulo hemos aprendido muchas cosas acerca del fin de la creación y acerca del fin del hombre. Ahora ha llegado el momento de hacer un pequeño dibujo que recoja algunos de los elementos clave de la alianza adánica o alianza de la creación[12].

Un elemento fundamental es el monte Edén, que es muy fácil de dibujar:



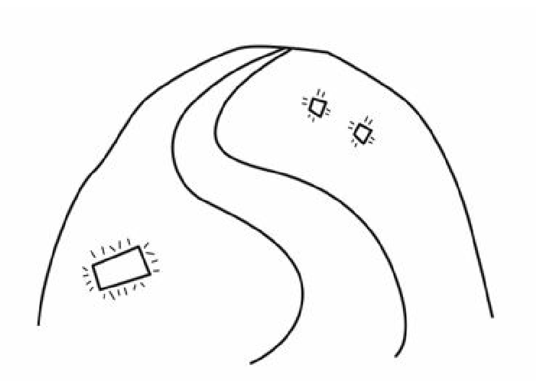
Sabemos que el Edén era un monte porque en él nacían los ríos que regaban toda la tierra (Gn 2, 10-14). Si el agua fluye desde las zonas más altas hacia las más bajas, el Edén tenía que ser la cima más alta del mundo. Eso era, de hecho, lo que creían de forma generalizada tanto los israelitas como el resto de los pueblos del antiguo Oriente Próximo. Así lo corrobora el profeta Ezequiel cuando llama al Edén «el monte santo de Dios» (Ez 28, 14). Aquí nos conformaremos con dibujar el curso largo de un río que nace en el Edén:



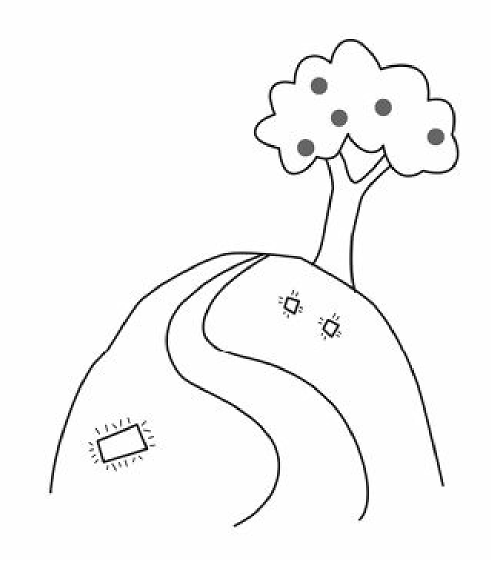
Más adelante, en otros pasajes de la Escritura, la idea del río que nace en el monte de Dios cobrará mucha relevancia.

Aparte del río, podemos añadir unos cuantos elementos más a nuestro dibujo del Edén. Gracias a Génesis 2, 11-12 sabemos que cerca de allí había oro y piedras preciosas. Un dato importante, porque la mayoría de los templos del mundo antiguo estaban decorados con oro y piedras preciosas. Aunque los lectores modernos no lleguemos a captarlo, los de la Antigüedad sabían que el Edén servía de modelo para la construcción de los templos[13]: muchos de ellos, en todo el mundo antiguo, se construían y decoraban imitando el jardín divino original.

Así que vamos a añadir a nuestro dibujo un poco de oro y unas cuantas piedras preciosas:



Otro elemento relevante del Edén era la presencia de hermosos árboles frutales, en especial el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Añadamos a nuestro dibujo por lo menos el árbol de la vida.



Por otros pasajes de la Escritura (Ez 28, 14) sabemos que en el Edén había ángeles (llamados «querubines»), aunque solo aparecen mencionados cuando el relato está llegando a su fin (Gn 3, 24). El ángel, Adán y Eva completan nuestro dibujo:



Hasta aquí hemos llegado por ahora en la historia de la salvación. Adán y Eva viven pacíficamente con Dios en el Edén, el monte-jardín y «santuario» original, el modelo de todos los templos posteriores. Eran reyes de la creación y vivían en armonía con los animales, las plantas y todas las cosas creadas. Todas sus necesidades naturales quedaban cubiertas gracias al jardín que Dios había plantado para ellos. Sus necesidades sobrenaturales las satisfacía Dios mismo, quien (según se dice) «paseaba» junto a ellos por el jardín (Gn 3, 8).

TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. ¿Qué parecido presenta la creación de Dios con el Tabernáculo y el Templo?
2. ¿Qué importancia tiene entender las funciones de Adán de hijo primogénito, sacerdote, rey, profeta y esposo?
3. Describe las particularidades del Edén que lo caracterizan como «santuario original».

Temas de debate

1. ¿Qué novedad has descubierto sobre el «significado de la vida»?
2. ¿Cómo puede influir en tu vida diaria el hecho de entender mejor quién estás llamado a ser? Cita algún ejemplo concreto.
3. ¿Qué cosas hay en la naturaleza que te traen a la mente la presencia de Dios?

[1] La concordancia exacta entre el relato bíblico de la creación y el relato científico del origen del universo viene sometiéndose a debate al menos desde tiempos de los Padres. Según san Agustín, la creación duró un solo instante, si bien el patrón de los seis días del capítulo 1 del Génesis se adaptaba a las inteligencias creadas. En cuanto a la doctrina del Magisterio sobre este tema, véase la encíclica *Humani Generis* del papa Pío XII. Para el análisis de los aspectos que implica, véase Benedicto XVI. «*In the Beginning*»*: A Catholic Understanding of the Story of the Creation and the Fall* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1995). Otro acertado análisis desde una perspectiva cristiana —no estrictamente católica— es el de Henri Blocher's. *In the Beginning: The Opening Chapters of Genesis* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1984). Para la defensa de una lectura más literal e histórica del relato de la creación, véase Victor P. Warkulwiz, M.S.S. *The Doctrines of Genesis 1-11: A Compendium and Defense of Traditional Catholic Theology on Origins* (Caryville, TN: John Paul II Institute of Christian Spirituality, 2007).

[2] Véase G.K. Beale. *The Temple and the Church's Mission: A Biblical Theology of the Dwelling Place of God* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2004), 60-61. Scott Hahn. *Un padre fiel a sus promesas* (Madrid: Palabra, 2019).

[3] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 29-50. Bale afirma: «El templo del Antiguo Testamento era un microcosmos del conjunto de cielos y tierra... El salmista [Sal 78, 69] dice que... Dios diseñó el templo terrenal de Israel a semejanza del cielo y de la tierra» (31-32).

[4] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 50-52: «Hoy día es de sobra conocido que las ruinas arqueológicas y los textos del antiguo Oriente Próximo nos describen los templos de la antigüedad como pequeñas maquetas de los templos celestiales o del universo concebido como un templo» (51).

[5] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 66-70. «Cuando... estas dos palabras... aparecen juntas en el Antiguo Testamento, se refieren bien a los israelitas que "sirven" a Dios y "cuidan" [guardan] la palabra de Dios... o bien a los sacerdotes que "cuidan" el "servicio"... en el tabernáculo» (67; ver Nm 3, 7-8; 8, 25-26; 18, 5-6; 1 Cr 23, 32; Ez 44, 14).

[6] Véase Lawrence E. Stager. «Jerusalem and the Garden of Eden». *Eretz Israel* 26 (Festschrift F.M. Cross; Jerusalem: Israel Exploration Society), 183-189.

[7] «Dominio Real» (N. de la T.).

[8] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 70.

[9] La idea de Adán-profeta puede estar respaldada por el hecho de que la inmensa mayoría de las veces en que el Antiguo Testamento emplea el término «hijo de Adán» (en hebreo *Ben-Adam*) es para referirse al *profeta* Ezequiel (Ez 2, 1y otras 92 veces en el libro de Ezequiel). Ezequiel es, además, el autor bíblico que más menciones hace del Edén (Ez 27, 23; 28, 13; 31, 9; 31, 6; 31, 18; 36, 35).

[10] Por si a alguien se le escapa la broma: la poesía de Shakespeare, conocido como «El Bardo», estaba compuesta en estrofas de pentámetros yámbicos. La idea es que, nada más ver a la mujer, Adán se convirtió en poeta.

[11] Véase Walter Brueggemann. «Of the Same Flesh and Bone». *Catholic Bible Quarterly* 32 (1970): 532-42.

[12] No todos los especialistas coinciden en que existe una alianza entre Dios y Adán, pero por lo general las tradiciones judía y católica se inclinan a favor de esta idea. Oseas 6, 7 (en la Biblia hebrea) y Sirácida 14, 17 ofrecen un respaldo canónico a la presencia de una alianza con Adán y esa idea queda reflejada en los textos litúrgicos: «Cuando ella, por engaño del demonio faltó a la fidelidad, rompiendo su alianza contigo, tú no la excluiste del pacto nupcial, sino que, impulsado por tu amor constante, restauraste la antigua alianza en Noé» (del «Ritual de la profesión de las religiosas". *Misal romano*). La presencia de una alianza desde el principio de la creación ha sido corroborada por san Juan Pablo II (*Redemptor Hominis,* 7) y por el papa Benedicto XVI. «In *the Beginning*», 27). Algunos intérpretes contemporáneos defienden también una alianza de la creación o adánica: véase Craig Bartholomew. «Covenant and Creation: Covenant Overload or Covenant Deconstruction?». *Calvin Theological Journal* 30 (1995), 11-33, esp. 28-30.

[13] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 72 n.101; y Lawrence E. Stager. «Jerusalem and the Garden of Eden». *Eretz Israel* 26 (Festschrift F.M. Cross; Jerusalem: Israel Exploration Society, 1999), 183-189.

2.
BORRÓN Y CUENTA NUEVA. LA ALIANZA CON NOÉ

Lecturas recomendadas: Génesis 3-9

LA TRISTE HISTORIA DESDE ADÁN HASTA NOÉ

Cuando acaba el capítulo 2 del Génesis hemos llegado a un momento cumbre: los recién casados —el señor y la señora Pérez— viven en su paradisiaco jardín palaciego y disfrutan de una íntima relación con Dios Padre.

Pero ya se sabe que lo bueno no dura eternamente. El capítulo 3 del Génesis se abre con la aparición de la serpiente, y en el Antiguo Testamento las serpientes casi nunca significan nada bueno[1].

En este caso, la serpiente comienza sembrando la duda acerca de la fiabilidad de Dios y de su palabra. Dios había dicho a Adán y a Eva que no comieran del árbol del conocimiento del bien y del mal porque morirían. Pero la serpiente presiona a Eva: «*¿Así que* Dios...?», comienza diciendo, antes de desmentir sin circunloquios las palabras de Dios: «*No* moriréis... es que Dios sabe que el día que comáis de él... seréis como Dios» (Gn 3, 1-4; la cursiva es mía).

En esencia, el mensaje de la serpiente es este: «No podéis fiaros de que Dios sea un Padre amante. Sus reglas no os benefician. En realidad, Dios no quiere que experimentéis la vida de la que disfruta Él».

Eva muerde el anzuelo. Contempla la manzana y ve que es bonita y apetitosa, y además le dará la sabiduría de Dios; así que ¿por qué no comerla? Luego se la ofrece a Adán, y él también come (Gn 3, 6).

Adán se muestra extrañamente pasivo en todo este asunto, aunque parece ser que no andaba muy lejos. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no dice ni hace nada? Te entran ganas de preguntarle: «Oye, Adán, ¿y qué pasa con tu deber de "cuidar" el jardín? ¿Cómo ha conseguido entrar la serpiente?».

La serpiente les prometió un conocimiento como el de Dios en cuanto comieran del fruto. Pero lo cierto es que el único conocimiento que adquieren una vez comido el fruto consiste en ¡descubrir su desnudez! Y al mismo tiempo sienten algo nuevo: vergüenza y miedo. Cuando Dios llega al atardecer, ya no son capaces de pasear ni de conversar con Él como de costumbre. Y se esconden —como si fuera posible huir del Padre que los creó—.

Cuando por fin Dios los localiza, Adán niega cualquier responsabilidad en haber comido del fruto: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí» (Gn

3, 12). Fíjate en la habilidad de su estrategia, la misma que desde entonces siguen usando los directivos y los funcionarios intermedios: cargarles el muerto tanto a los superiores como a los inferiores en la cadena de mando. «La *mujer* —la culpa es de *ella*— que me *diste* —que *Tú* me diste: ¡así que la culpa también es tuya por dármela!—...». Eva no puede (o no quiere) imitar a Adán y eludir su responsabilidad: «La serpiente me engañó y comí» (Gn 3, 13).

En los versículos siguientes Dios aplica el castigo pertinente a cada una de las tres partes culpables, y Adán y Eva quedan expulsados del jardín que les permitía el acceso al árbol de la vida (Gn 3, 14-23).

Para mantener a Adán a distancia, Dios coloca un querubín (un ángel guardián) al oriente del Edén (Gn 3, 24). ¿Por qué no se dirigió Adán al norte, al oeste o al sur? Como hemos dicho antes, los lectores de la Antigüedad sabían que el Edén, además de un jardín, era también un templo; y el antiguo templo israelita no tenía más que una entrada que miraba a oriente[2].

¿Fue la conducta de Dios la de un malvado tirano cuando expulsó a Adán y Eva después de violar esa pequeña norma? No. El hijo que desconfía de su Padre y se une al enemigo no puede seguir viviendo en el hogar familiar. El sacerdote que no confía en la palabra de su Dios no puede seguir sirviendo en el templo. A Dios no debió de quedarle otra opción, sobre todo si tenemos en cuenta que no hubo por parte de los culpables ni demasiado arrepentimiento ni demasiadas disculpas.

Dios tuvo la amabilidad de vestir a Adán y a Eva con unas túnicas de piel que mejoraron bastante la ropa confeccionada con hojas de higuera que llevaban. (El cuero lo seguimos usando para vestirnos, mientras que las prendas elaboradas con hojas, por alguna extraña razón, nunca han llegado a cuajar). Está claro que esas pieles debían proceder de algún sitio. No hay pieles si no se mata a un animal, lo que apunta a un aspecto interesante del relato. Dios dijo a Adán y Eva que morirían cuando comieran del fruto. Pero no mueren. Es otro el que muere en su lugar y Adán y Eva se visten con la piel del animal muerto. No sabemos cuál fue el animal (o animales) que murió y cedió su piel a Adán y Eva, pero la opinión generalizada, dada la simbología bíblica, se inclina por el cordero.

Todo esto contiene un presagio. Al vestir a Adán y Eva con la piel del cordero muerto, Dios anuncia lo que deberá ocurrir para que su desobediencia quede completamente reparada: tendrá que morir otro Cordero de que quite los pecados del mundo y vista a los hombres con ropaje de salvación (ver Is 53, 7 y 61, 10).

Pese a vestirlos con pieles de animales, Dios no quiere que Adán y Eva coman del fruto del árbol de la vida: no con intención de castigarlos, sino para evitar que sean inmortales y su estado de desobediencia y rebeldía sea inamovible.

En más de un sentido, el resto del relato de la Biblia y el resto de la historia de la humanidad va a consistir en un largo camino de vuelta al árbol de la vida, al Edén y a la filiación divina.

AL ESTE DEL EDÉN

La situación no mejora una vez que Adán y Eva emprenden su propio camino. Su hijo mayor, Caín, mata a Abel, el hermano pequeño, y empieza a poblar la tierra con sus descendientes, algunos de los cuales son aún peores que él y cometen errores como el de tener dos esposas (Gn 4, 19). Las cosas siguen yendo de mal en peor, hasta el punto de que en Génesis 6, 1-5 los «hijos de Dios» comienzan a tomar por esposas a cuantas «hijas de los hombres» resultan de su agrado. Desde la Antigüedad hasta hoy, nunca hemos dejado de interrogarnos sobre la identidad de esos «hijos de Dios»[3]. Los antiguos se decantaban por los ángeles caídos; mientras que, según san Agustín, eran los descendientes justos de Set, el tercer hijo de Adán. Hay estudiosos modernos que apuntan a la realeza, dado que el término «hijo de Dios» se aplicaba a los reyes de la Antigüedad. Si bien podemos descartar a los ángeles caídos, cualquiera de las otras dos interpretaciones es válida.

De los matrimonios múltiples (poligamia) de los «hijos de Dios» nacieron hijos que se convirtieron en «varones de renombre» —o, mejor dicho, en «famosos»—. Estos descendientes «famosos» de las relaciones polígamas ofendieron a Dios por un motivo que obtiene su explicación del mero sentido común: el número excesivo de hijos de los padres polígamos les impide educarlos como es debido. Los hijos que crecen sin padres y sin ley se convierten en un peligro para los demás y generan un caos social. Un caos que Génesis 6, 5 describe así: «El Señor... [vio] cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón tendían siempre al mal».

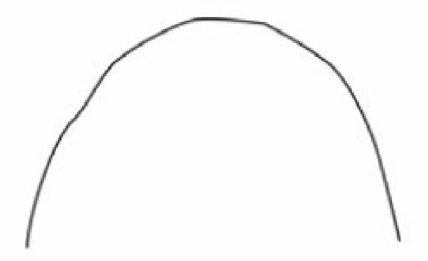
La respuesta de Dios consiste en hacer una copia de seguridad y restaurar. La mala conducta de esos descendientes «famosos» le obliga a recurrir a un diluvio para limpiar la tierra y volver a empezar casi desde cero. Dios permite que el mundo recupere el estado de «tohu wabohu», con su Espíritu (que suele traducirse como «viento») cerniéndose de nuevo sobre la superficie de las aguas (comparar Gn 1, 2 y Gn 8, 1). Luego, en un acto re-creador, vuelve a separar las aguas de la tierra firme.

EL NACIMIENTO DE UN NUEVO HIJO: NOÉ Y SU ALIANZA

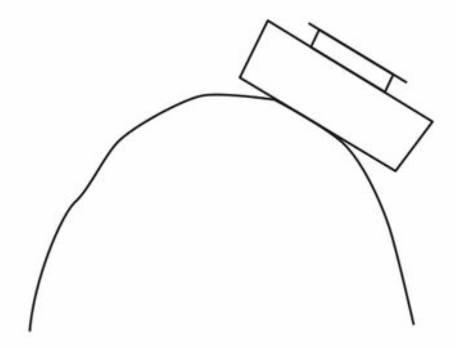
Noé y su familia marcan un nuevo comienzo para la raza humana. Podríamos preguntarnos: ¿por qué Noé? ¿Por qué no salvó Dios del diluvio al resto de la humanidad? Según el Nuevo Testamento, el único interesado por la salvación fue Noé (Hb 11, 7), recordado como el «pregonero de la justicia» que, mientras construía el arca, reprochó su conducta a sus contemporáneos (2 P 2, 5). Pero, aunque el constructor chiflado del inmenso barco se pasó mucho tiempo predicando y construyendo, nadie le prestó atención.

Como hemos dicho antes, el diluvio sumergió la tierra en un caos acuático semejante a la situación de «tohu wabohu» que precedió al inicio de los seis días de la creación. Cuando al cabo de ciento cincuenta días vuelve a emerger la tierra firme, Noé y su afortunado «parque zoológico» (un «Edén flotante») tocan tierra en la cima del monte Ararat, el nuevo monte de Dios.

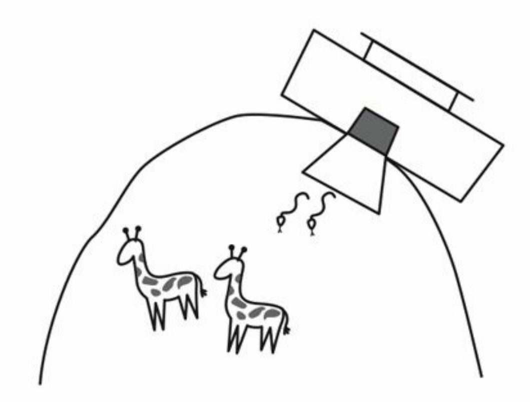
Vamos a dibujar todo esto. Primero el monte Ararat:



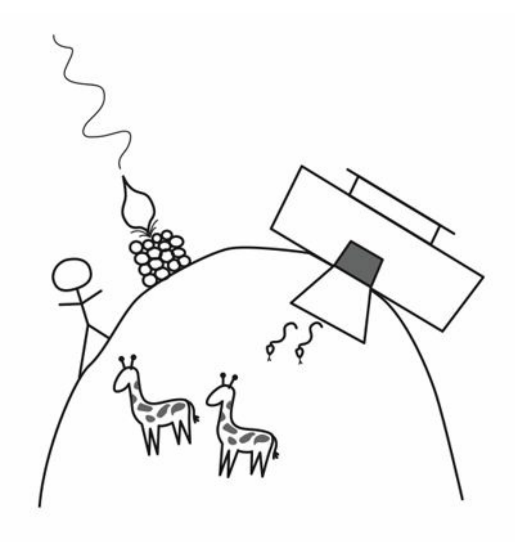
Ahora podemos hacer el arca: una estructura parecida a una barcaza con forma de caja:



Si queremos ser creativos, podemos abrir la puerta del arca para dejar salir a las jirafas y a las serpientes:



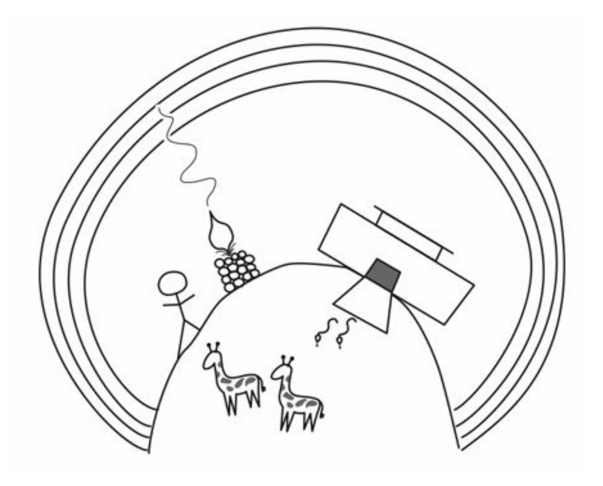
Cuando Noé sale del arca, lleva a cabo un acto sacerdotal: construye un altar y ofrece un sacrificio a Dios.



La Biblia cuenta cómo «al aspirar... el suave aroma» del sacrificio, Dios se llenó de compasión por la humanidad y por toda la creación, y estableció una alianza con Noé:

> Dijo Dios a Noé y, con él, a sus hijos: «He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia; con todo ser vivo que esté con vosotros»... Y añadió Dios: «Ésta es la señal de la alianza que establezco entre yo y vosotros, y todo ser vivo que esté con vosotros, para generaciones perpetuas. Pongo mi arco en las nubes»... Dijo Dios a Noé: «Ésta es la señal de la alianza que yo he establecido entre yo y todos los seres que hay sobre la tierra» (Gn 9, 8-13).

Dios sella su alianza con Noé empleando una «señal»: en este caso, un arco.



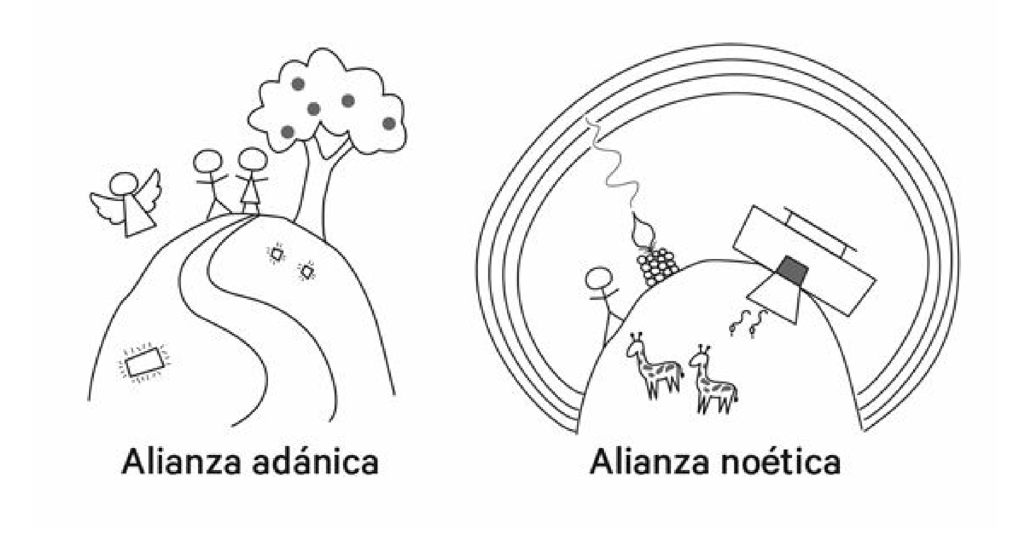
¿Cuál es el significado de esta alianza? Previamente, en Génesis 9, Dios dirigió a Noé y a sus hijos unas palabras que ya habíamos escuchado antes:

> Dios bendijo a Noé y a sus hijos, diciéndoles: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Que os tengan temor y miedo todos los animales de la tierra, todas las aves del cielo, todo lo que repta por el suelo, y todos los peces del mar; todo queda en vuestras manos. Todo cuanto se mueve y tiene vida os servirá de alimento; lo mismo que os di las hortalizas, todo os lo doy... Vosotros, pues, creced y multiplicaos; diseminaos por la tierra y dominadla» (Gn 9, 1-7).

Este lenguaje nos devuelve al primer capítulo del Génesis y a la relación original de alianza entre Dios y Adán. Por eso se puede decir que, en cierto modo, la alianza con Noé es una renovación de la alianza con Adán[4]. Aun así, las cosas ya no son lo que fueron: ahora, por ejemplo, entre el hombre y los animales se ha instalado el miedo.

Gracias a la alianza con Noé, pese a todos sus defectos, renace en nosotros la esperanza. Aun cuando el mundo no sea perfecto, la humanidad (Noé y su familia) han reanudado la relación con Dios. El diluvio es una re-creación y Noé el nuevo Adán.

Hasta aquí hemos avanzado en la historia de la salvación:



TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. ¿Por qué es significativo que Dios vistiera a Adán y a Eva después de la caída? ¿Qué importancia tiene su vestimenta?
2. ¿Por qué no entra la poligamia en los planes de Dios?
3. ¿En qué sentido es la alianza noética una renovación de la alianza adánica?

Temas de debate

1. Estando con Adán y Eva en el jardín, la serpiente siembra la duda acerca de la credibilidad de Dios. ¿Se te ocurre alguna duda o alguna mentira que te esté planteando el enemigo con respecto al amor que te tiene el Padre y a su deseo de que crezcas?
2. ¿Tienes algún comentario acerca de la actual ruptura con el proyecto matrimonial de Dios y de sus efectos en la sociedad?

[1] Sobre la simbología de la serpiente en la Antigüedad, véase Richard E. Averbeck. «Ancient Near Eastern Mythography as It Relates to Historiography in the Hebrew Bible: Genesis 3 and the Cosmic Battle» en *The Future of Biblical Archeology* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2004), 328-56.

[2] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 74.

[3] En el (apócrifo) *Libro de los jubileos*, un texto religioso judío del siglo II a. C., los «hijos de Dios» se presentan como ángeles caídos, igual que en *1 Enoc* y en otros textos judíos de la misma época encontrados entre los Manuscritos del Mar Muerto.

[4] Véase «Ritual de la profesión de las religiosas». *Misal romano*; y William J. Dumbrell. *The Faith of Israel: Its Expression in the Books of the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Baker, 1988), 21-22.

3.
RENACE LA ESPERANZA: LA ALIANZA CON ABRAHÁN

Lecturas recomendadas: Génesis 10-17; 20-22

LA TRISTE HISTORIA DESDE NOÉ HASTA ABRAHÁN

El capítulo anterior se cerró con broche de oro: el desembarco de Noé —el nuevo Adán — y el inicio de un nuevo capítulo de la historia de la humanidad. Por desgracia, no hay que esperar mucho para que este nuevo capítulo empiece a parecerse notablemente al anterior.

Ya el capítulo 9 del Génesis recoge cierta «caída» de Noé que guarda una semejanza llamativa con una «caída» anterior. Noé bebe vino procedente de su viña, se emborracha y se queda desnudo en su tienda. Cuando su hijo Cam entra en la tienda, ve «la desnudez de su padre» y se burla de él delante de sus hermanos, Sem y Jafet, quienes, caminando de espaldas, entran a su vez en la tienda y tapan la «desnudez» de su padre. Al despertar, Noé se da cuenta de que ha sido deshonrado y maldice a Canaán, el hijo de Cam.

Se trata de un relato bastante extraño y que suscita muchos interrogantes. ¿Por qué fue tan grave el pecado de Cam? ¿Por qué se sintió deshonrado Noé? ¿Y por qué maldijo a Canaán y no a Cam? Existen varias respuestas posibles a estas preguntas[1], pero todas ellas derivadas de enrevesados estudios del idioma original del relato que nos acabarían conduciendo a un atolladero. Por el momento nos limitaremos a hacer unas cuantas observaciones. En primer lugar, la expresión hebrea «ver la desnudez de su padre» apunta a una ofensa mucho más grave que la de ver a Noé como Dios lo trajo al mundo. En segundo lugar, los elementos que componen este relato ya han aparecido antes: (1) el consumo de un fruto (en este caso, las uvas convertidas en vino); (2) la desnudez; (3) la vergüenza; y (4) la maldición. Son los mismos elementos de la caída de Adán y Eva en el jardín del Edén. El relato de la desnudez de Noé no es otra cosa que el relato de la caída del nuevo Adán. Noé se entrega a un placer estúpido, desencadenando una serie de acontecimientos que vuelven a generar la discordia y el pecado en la familia humana. Está claro que el diluvio no ha solucionado los problemas de la humanidad. Todos los «malos» han desaparecido. «Los buenos» del arca se han salvado. El problema estriba en que la línea divisoria entre lo bueno y lo malo no clasifica a las personas en grupos claramente delimitados, sino que recorre el interior de cada una de ellas. El pecado ha infectado a todos los seres humanos. Así lo expresa san Pablo: «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Rm 3, 23), incluido Noé.

Si después de la caída del Edén las cosas se precipitan, tras la caída de Noé vuelve a suceder lo mismo. En tan solo dos capítulos pasamos del Edén a la rebelión mundial de los «hijos de Dios» y a sus costumbres poligámicas (Gn 6). Ahora basta un capítulo para pasar de la desnudez de Noé a la torre de Babel (Gn 11). Entre la historia de Babel y el relato de los hijos de Dios y las hijas de los hombres existe cierta analogía[2]. En ambos casos nos encontramos con una rebelión generalizada de la humanidad en contra de Dios que va seguida de una respuesta divina: primero fue el diluvio y ahora es la confusión de lenguas.

Después de Babel, la humanidad en discordia se dispersa por toda la faz de la tierra. La relación familiar con Dios queda interrumpida. ¿Qué arreglo puede tener una situación como esta?

Llegados a este punto, Dios toma una decisión que alterará para siempre el curso del río de la historia. Elige a un hombre, a un «caldeo» (oriundo de un territorio que hoy forma parte de Irak) llamado Abrán. Y lo elige para devolver su bendición al resto de la familia humana.

Así queda recogido en Génesis 12, 1-3:

> El Señor dijo a Abrán: «Vete de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra».

Fíjate en que la elección de Abrán no revierte únicamente en beneficio propio: Abrán es elegido para poder bendecir al resto de la familia humana. El versículo 2 acaba con estas palabras: «Te bendeciré»; y el versículo 3 termina con una promesa: «En ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra». Con «todos los pueblos de la tierra» la Biblia se refiere al capítulo 10 del Génesis, que contiene un listado de los setenta grupos étnicos que, de acuerdo con la antigua perspectiva israelita, componen la humanidad. Conviene entender muy bien que el Antiguo Testamento es un libro que trata de la salvación y la bendición de todos los seres humanos. Muchos piensan que el Antiguo Testamento es un libro judío que trata exclusivamente de la salvación de los judíos. En realidad, lo único que hace especiales a los judíos es que su antepasado Abrán fue elegido por Dios para que *todo el mundo fuese bendecido*. Esa ha sido siempre la misión divina de los descendientes de Abrán.

La Biblia recoge el listado de todos los pueblos de la tierra en Génesis 10; en Génesis 11 cuenta cómo perdieron el favor de Dios; y en Génesis 12 cómo recuperan la bendición de Dios: «En ti, Abrán, serán bendecidos todos los pueblos de la tierra».

LAS TRES BENDICIONES DE ABRÁN

La Biblia nos presenta a Abrán sin más preámbulos y sin referirse con detalle a su pasado. Solo sabemos que era descendiente de Sem y que vivía en lo que hoy es Irak junto con su familia. Dios se le aparece de improviso y habla con él. Probablemente, el relato acerca de quién era Abrán y de los motivos por los que Dios parecía conocerle tan

bien y se complacía tanto en él era demasiado largo para que el autor bíblico lo recogiese. Así que tendremos que fiarnos de él.

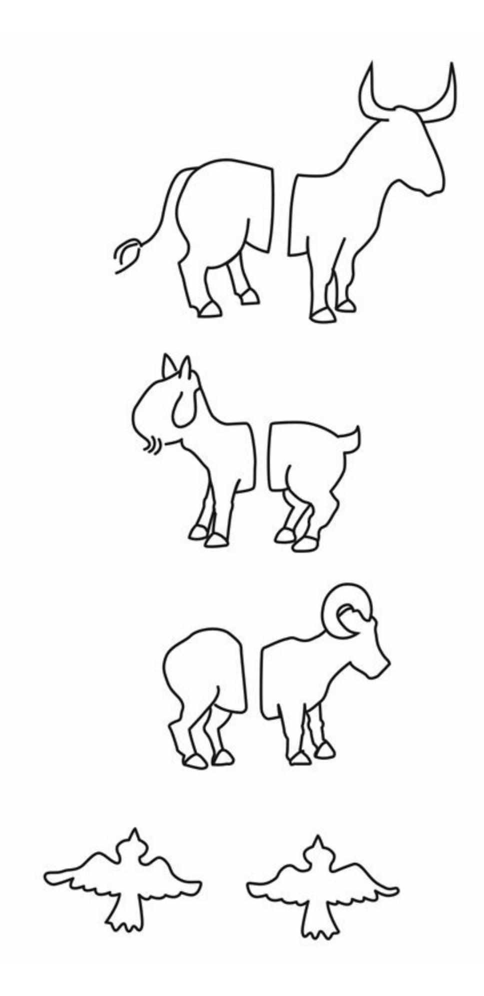
Vamos a fijarnos más detenidamente en las primeras palabras que Dios dirige a Abrán (Génesis 12, 1-3):

> El Señor dijo a Abrán: «Vete de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra».

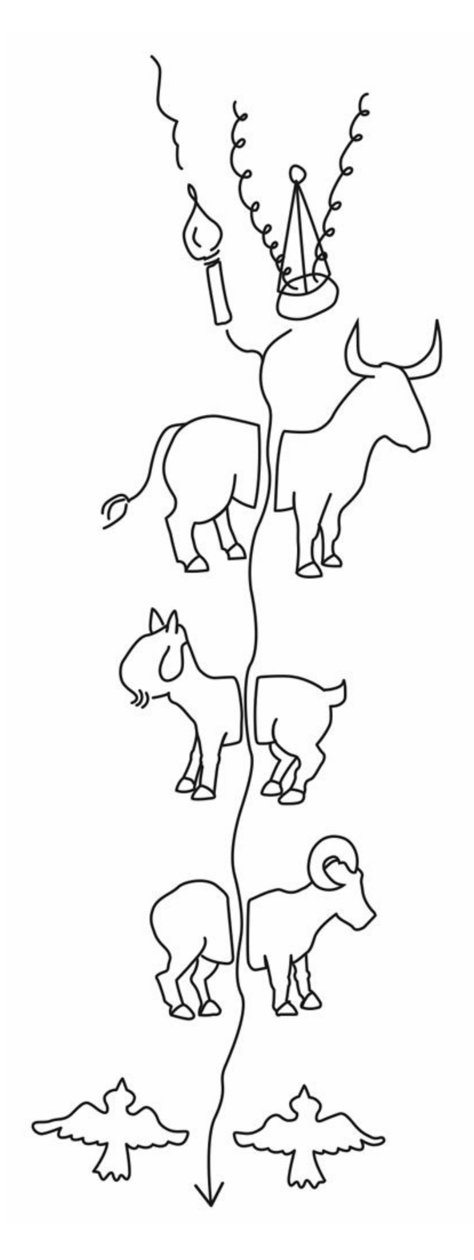
Estas bendiciones generales contienen las promesas que Dios hace a Abrán de tres cosas muy concretas[3]: (1) un gran pueblo; (2) un gran nombre; y (3) una bendición para todos.

Las tres promesas de Dios del capítulo 12 son *simples promesas*; pero, a medida que va avanzando la historia de Abrán, Dios ratifica cada una de ellas de un modo más solemne: transforma esas promesas en *alianzas* formales. Lo que distingue a una promesa de una alianza es lo mismo que distingue al anillo de pedida del anillo de casado. El primero simboliza una firme esperanza, una intención sólida; el segundo simboliza un compromiso inquebrantable.

Dios toma por primera vez una de esas promesas y la convierte en alianza unos cuantos capítulos después, en Génesis 15. Este es el contexto: Dios habla con Abrán y le infunde ánimos; pero Abrán está molesto porque, pese a la promesa divina, no ha tenido hijos. Dios le dice que no se preocupe: llegarán a su debido tiempo. Como Abrán necesita una certeza mayor, Dios le ordena traer unos cuantos animales y partirlos por la mitad:



Entonces todo se oscurece y, mientras Dios está hablando con Abrán, aparecen una hoguera y una llama de fuego que pasa entre las mitades de los animales:



Si tú y yo tenemos algo en común, todo este episodio te resultará muy extraño. A mí me trae a la memoria la ceremonia que, según Huckleberry Finn, cura las verrugas, y que consiste en tirarle a alguien un gato a la cabeza en un cementerio a medianoche. ¿Y qué pintan esta clase de ceremonias en la Biblia?

Lo cierto es que en el ritual que llevan a cabo Dios y Abrán en Génesis 15 los lectores de la Antigüedad reconocerían de inmediato la típica ceremonia de *institución de una alianza*: un acontecimiento que en la tradición judía se conoce como «alianza de las mitades».

Como en cualquier ceremonia, los hechos tenían un significado. Cuando alguien cortaba a los animales en pedazos y caminaba entre ellos[4], lo que estaba diciendo era: «Que me caiga muerto como estos animales si no cumplo mis compromisos». Eso equivalía a maldecirse a uno mismo con la muerte en caso de no atenerse a lo prometido; algo así como una maldición gitana: «¡*Der sielo* me caiga un rayo si miento!».

La llama de fuego y la hoguera representaban la presencia de Dios. Hay muchos pasajes de la Biblia en los que el fuego es un signo de la presencia de Dios: acuérdate de la columna de fuego que más adelante, tras la salida de Egipto, marchará delante de los israelitas en el desierto; o de las lenguas de fuego que se posan sobre los apóstoles en Pentecostés. Cuando la llama de fuego y la hoguera atraviesan los animales hechos pedazos, Dios está diciendo: «Que quede partido en pedazos como estos animales si no cumplo mi palabra, Abrán».

Quizá te preguntes: «¿Cómo es posible que Dios se maldiga a sí mismo?». Aunque parezca increíble, lo que Dios estaba haciendo era ponerse al nivel de Abrán y tomar parte en una ceremonia que este pudiera entender. Descender al nivel de los hombres es lo que los especialistas llaman la «condescendencia divina»[5].

Dios, por lo tanto, establece una alianza con Abrán, y esa alianza los convierte en familia. La mayoría de las alianzas estaban vinculadas a normas, promesas o instrucciones específicas que determinaban el funcionamiento de la nueva familia. El capítulo 15 del Génesis responde a este patrón. En los versículos 4-5, 15-16 y 18-21, Dios hace algunas promesas concretas como parte de esa alianza. Tomados en su conjunto, estos versículos prometen al menos dos cosas importantes: Abrán tendrá numerosos descendientes (v. 5) poseedores de numerosas tierras (vv. 18-21). Los numerosos descendientes y las numerosas tierras son los dos ingredientes necesarios para un gran pueblo. Por eso se puede decir que la primera promesa hecha a Abrán (un gran pueblo) se ha transformado en una alianza con Dios (o ha quedado «constituida» como tal).

LA CAÍDA DE ABRÁN

¿Qué hemos visto ocurrir hasta ahora inmediatamente después de cada alianza bíblica? Una caída, ¿verdad? Pues aquí sucede lo mismo. Apenas acaba de establecer Dios una alianza con Abrán en Génesis 15 cuando en Génesis 16 nos encontramos con una especie de «mini-caída» de Abrán. En este capítulo Abrán y Sara empiezan a dudar de que el plan divino de concederles hijos se haga realidad por los cauces habituales, así que deciden echarle una mano a Dios recurriendo a una antigua «técnica reproductiva». Abrán secunda la funesta ocurrencia de su mujer (una analogía con la caída del Edén) y toma por segunda esposa y madre subrogada a Agar, la esclava de Sara. Según los usos legales de la época, los hijos de la esclava Agar serían propiedad de Sara, su señora. En cierto modo, el plan «funciona», porque sí nace un hijo, Ismael; pero no es el hijo a quien Dios tenía pensado hacer heredero de Abrán, y al final la cosa acaba generando conflictos, disputas, envidias y desdichas familiares (en la Biblia, casi siempre que alguien toma más de una esposa surgen problemas. La intención de la Biblia es enseñar una lección: cíñete a la monogamia. Este es un tema bíblico que yo suelo llamar «crítica implícita de la poligamia»).

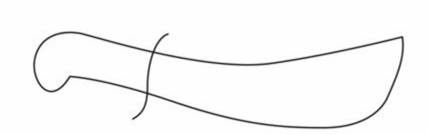
LA ALIANZA RENOVADA

En el capítulo 17 el nacimiento del falso heredero, Ismael, obliga a Dios a intervenir y a «poner orden». El capítulo comienza con las palabras que el Señor dirige a Abrán: «Yo soy El-Saday, camina en mi presencia y sé perfecto» (v. 1). Estas palabras contienen cierto reproche, como si Dios le estuviera diciendo: «Hazme caso y enmiéndate».

En los versículos siguientes Dios reitera la promesa de Génesis 15 de un gran pueblo y la mejora. Por primera vez, promete también que de Abrán nacerán reyes y que será padre de multitud de pueblos. En realidad, ambas promesas guardan relación entre sí y con la promesa de un «gran nombre» de Génesis 12, 2.

En la Antigüedad, la expresión un «gran nombre» se asociaba a los reyes[6], de quienes lo esperable era que acabaran poseyéndolo. A los reyes, además, se les consideraba «padres» de sus naciones[7]. Los emperadores, que gobernaban sobre más de una nación y sobre más de un grupo étnico, eran «padres de muchos pueblos». De ahí que las promesas de que Abrán sería antepasado de reyes y se convertiría en «padre de multitud de pueblos» apuntaban a la misma realidad: entre la descendencia de Abrán habría grandes reyes con grandes nombres que, de hecho, serían emperadores y «padres de multitud de pueblos». Las promesas hechas a Abrán se cumplirían en sus descendientes.

Como si quisiera recalcar el vínculo con la promesa de un gran nombre, Dios asigna a Abrán un nombre nuevo alargando el suyo en *Abrahán* (v. 5). Y le impone un deber de alianza que los marcará a él y a sus descendientes como familia de Dios. Ese deber de alianza es la circuncisión, cuya ceremonia presenta dificultades obvias a la hora de ser ilustrada, por lo que me limitaré a dibujar un cuchillo grande dotado de un significado que veremos ahora.



Muchos se han preguntado por el significado de la circuncisión. ¿Por qué someter a Abrahán a esta intervención? Es posible que la circuncisión guarde relación con el extravío de Génesis 16, cuando Abrahán duerme junto a Agar. La circuncisión podría ser una reprimenda simbólica dirigida a la parte del cuerpo que emplea Abrahán para desbaratar los planes de Dios en el capítulo 16.

Otra posibilidad —que no excluye la que acabamos de mencionar— es que, al cortar ese trozo de piel, es como si Abrahán estuviera diciendo: «¡Si no cumplo mis deberes de alianza con Dios, que "me corten" (que muera) igual que este trozo de carne!».

En Génesis 15 Abrahán corta animales, mientras que en Génesis 17 «se corta» *a sí mismo*. Se ha subido el listón y se ha aumentado la apuesta. Lo que Abrahán tiene que hacer por la alianza es cada vez más drástico.

En cuanto a «cortar», conviene señalar que en hebreo las alianzas no se «instituyen», sino que se «cortan», ya que las ceremonias de alianza solían incluir el corte de alguna cosa[8]. La consecuencia de ese corte era el sangrado, y la sangre tenía un doble

significado. Por un lado, a partir de ese momento las dos partes de la alianza compartían una sola sangre: eran familia; por otro, si una de las partes de la alianza la quebrantaba, «¡que corra su sangre, igual que esta sangre que derramamos ahora!».

La última actuación de Dios de Génesis 17 consiste en enderezar el asunto del heredero de la alianza. Ismael nace en Génesis 16, pero no de Sara. Dios lo deja muy claro: aunque Ismael será bendecido y se convertirá también en un gran pueblo, la alianza pasará a Isaac, el hijo de Sara.

Los capítulos siguientes explican el desarrollo de los acontecimientos. Isaac nace a su debido tiempo (Gn 21) y Agar e Ismael son desheredados, pero quedan bajo la protección de Dios (Gn 21, 8-21). Tras el acuerdo de paz de Abrahán con los nativos del territorio (Gn 21, 22-34), uno se imagina que Sara y él vivieron felices para siempre.

Pero no antes de que Abrahán superara la mayor prueba de su vida.

La alianza final con Abrahán

Cuando el capítulo 21 del Génesis está llegando a su fin, parece que Abrahán lo tiene casi todo resuelto. No obstante, persiste la inquietante sensación de que aún queda algo por hacer. A la alianza entre Dios y Abrahán se han incorporado las promesas de un gran pueblo y un gran nombre. Pero la mejor y última promesa (la bendición universal para toda la familia humana) no se ha vuelto a mencionar desde Génesis 12, 3. ¿Qué pasa con esa promesa? ¿Formará parte alguna vez de la alianza?

La respuesta la tenemos en Génesis 22. Pero antes Dios quiere ver si Abrahán —y también Isaac— son la clase de personas adecuadas para llevar la bendición al resto de la humanidad.

Por eso el capítulo empieza así: «Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán» (Gn 22, 1).

Dios llama a Abrahán y, con unas palabras que remiten a la primera llamada recibida en Génesis 12, 1, le dice que tome a su hijo Isaac y vaya «a la región de Moria, a un monte que yo te indicaré». Allí ofrecerá en sacrificio a su «único hijo» (o «unigénito»).

Abrahán sigue las instrucciones de Dios. Acompañado de su hijo, llega al monte que Dios le indica. Una vez allí, tiende a Isaac sobre el altar y se dispone a matarlo.

La pregunta es obvia: ¿cómo es posible que Dios mande a Abrahán matar a su único hijo? ¿No es un acto inhumano? Lo que nos imaginamos es a Abrahán imponiéndose a su hijo de cinco años y tumbándolo violentamente sobre unos leños antes de despacharlo con un cuchillo. Un abuso infantil bíblico de la peor calaña. ¿O no?

La única respuesta a esta pregunta consiste en leer el texto más detenidamente. Una de las primeras cosas que cabe señalar es: ¿quién sube la leña al monte para el sacrificio? Si nos fijamos, vemos que es *Isaac,* y no *Abrahán*. Queda claro, por tanto, que el más fuerte de los dos es Isaac, porque la leña necesaria para el sacrificio era una carga muy pesada. Abrahán solo lleva el fuego y el cuchillo. Por eso no deberíamos imaginarnos a un anciano y a un niño, sino a un anciano y a un fornido adolescente. Así que, cuando a continuación Abrahán lo ata y lo coloca en el altar, podemos estar seguros de que Isaac

colaboró activamente[9]. Es imposible que Abrahán doblegara a su hijo, más joven y fuerte que él. No: aquella era «una muerte libremente aceptada»[10] por Isaac, que «se entregó voluntariamente» al sacrificio.

El relato contiene elementos que deberían proporcionarnos lo que yo llamo un «pre-jà vu». Cuando nos ocurre algo que nos resulta extrañamente familiar o que nos recuerda algún suceso del pasado, hablamos de un «déjà vu» (en francés, «visto antes»). Y, cuando en el Antiguo Testamento nos encontramos con algo extrañamente familiar que nos recuerda algo que ya conocemos, pero que aún no ha ocurrido en el relato bíblico, a mí me gusta hablar de un «pre-jà vu».

¿En qué otro pasaje de la Biblia aparece un hijo «único» o «unigénito» subiendo la leña de su propio sacrificio a un monte para ser ofrecido a Dios por su padre? ¡En el Calvario, por supuesto! De modo que el sacrificio de Isaac en el monte de Génesis 22 es un presagio del sacrificio de Cristo en la cruz. Como suelo decirles a mis alumnos, «Génesis 22 es el Calvario del Antiguo Testamento».

De hecho, san Juan relaciona a Isaac con Jesús en el que es probablemente el versículo más célebre de la Biblia: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo *Unigénito*, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna».

La palabra griega que significa «unigénito»[11], *monogenes*, es muy poco habitual y tal vez sea la traducción literal del término hebreo *yahid*, que significa «único y sin igual». También *yahid* es un término muy poco habitual, pero Génesis 22 se lo aplica tres veces a Isaac: en los versículos 2, 12 y 16. En estas tres ocasiones la traducción que ofrece mi versión preferida de la Biblia —la RSV (Versión Estándar Revisada Segunda edición católica)— es «unigénito», con intención de ligarla a Juan 3, 16. Se trata de una traducción acertada, porque san Juan *pretende* hacernos ver que Jesús es un nuevo Isaac. De hecho, está muy por encima de Isaac, ya que Él sí consuma el sacrificio y muere. Jesús muere en la cruz porque, como decimos en misa, es «el Cordero que quita el pecado del mundo».

Ya en Génesis 22 Abrahán da a entender la venida de Jesús como el Cordero de Dios. Mientras sube junto con su hijo al monte, este le pregunta: «Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?». Y Abrahán responde: «*Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo*» (Gn 22, 8).

El significado de la frase de Abrahán es: «Será Dios quien proveerá un cordero para el sacrificio». Llegará el día, no obstante, en que estas palabras cobren un significado más hondo; un día en que Dios proveerá un cordero, Él mismo, para ofrecerlo en holocausto.

El significado lógico de la profecía de Abrahán toma forma en Génesis 22, cuando el ángel de Dios impide que Abrahán sacrifique a Isaac y lo sustituye por un carnero enredado en la maleza. El significado más profundo adquirirá forma casi en ese mismo lugar unos dos mil años más tarde, cuando tiendan sobre la cruz y den muerte al descendiente de Abrahán, Jesús de Nazaret, el verdadero «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29).

Ahora entendemos por qué la Biblia llama «profeta» a Abrahán (Gn 20, 7). En cierto modo, es el primer personaje de las Escrituras que predice el sacrificio de Jesús en la

cruz. Su hijo Isaac desempeña el papel que, muchos años después, desempeñará Jesús en el drama del Calvario.

La localización de los hechos deja aún más patente la relación entre Isaac y Jesús. A Abrahán se le dice que sacrifique a Isaac en un monte del territorio de Moria (Gn 22, 2) que más adelante recibirá el nombre de «monte Moria»: el mismo lugar elegido por el rey Salomón para construir el templo (2 Cr 3, 1), a escasa distancia del Calvario, la colina donde Jesús se ofreció a sí mismo en sacrificio.

Considerando la Biblia en su conjunto, el relato de Abrahán e Isaac de Génesis 22 no trata de las antiguas prácticas de sacrificios humanos ni de extraños casos de abuso infantil. En Génesis 22 Dios invita a Abrahán e Isaac a tomar parte en la misma clase de sacrificio que la Santísima Trinidad de Dios llevará a cabo muchos años después para salvar a la humanidad del pecado y de la muerte. Es como si Dios estuviera diciendo a Abrahán y a Isaac: «¿Estáis dispuestos a llevar a cabo la clase de sacrificio al que tendré que someterme para devolver la bendición a toda la humanidad?».

«¿Estás dispuesto, Padre Abrahán, a desprenderte de tu Hijo unigénito?».

«Y tú, Isaac, el Hijo, ¿estás dispuesto a morir por obediencia a tu Padre, por amor a Dios?».

Isaac y Abrahán suben en silencio al monte Moria y se presentan ante Dios para dar su respuesta: «Estamos dispuestos».

Por eso a Dios le conmueve tanto su disposición, hasta el punto de que hace con Abrahán lo que solo ha hecho con un puñado de personas a lo largo de la historia de la humanidad. Le hace un juramento:

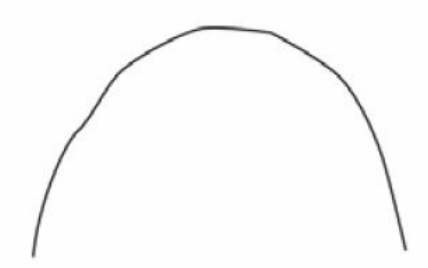
> Por segunda vez, el ángel del Señor llamó a Abrahán desde el cielo y le dijo: «Yo, el Señor, he jurado por mí mismo que, por esto que has hecho, de no negarme a tu único hijo, ciertamente te bendeciré; multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que hay a la orilla del mar; ¡tu descendencia conquistará las ciudades de sus enemigos! En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto atendiste a mi voz» (Gn 22, 15-18).

La palabra «simiente» puede referirse tanto a «hijo» como a «hijos», es decir, puede ser singular o colectiva. Se puede plantar una simiente (singular) o se puede esparcir simiente (colectivo) por el campo. En este pasaje «simiente» admite ambos significados. Puede referirse tanto a *todos los descendientes* de Abrahán como a *un descendiente en particular.*

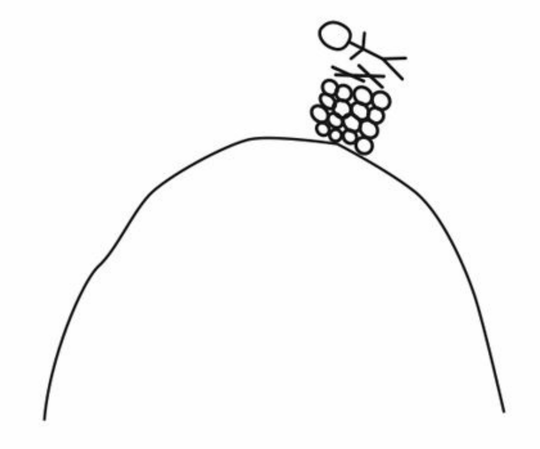
La frase más importante en este asombroso juramento de bendición a Abrahán es la última: «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto atendiste a mi voz». Esto es verdad en dos sentidos. La bendición llegará a todas las naciones a través de los descendientes de Abrahán, el pueblo de Israel. No obstante, la mayor bendición que traerá el pueblo de Israel es «una sola» simiente de Abrahán: Jesucristo. Gracias a esa «simiente» vendrá el Espíritu Santo de Dios, que es la mayor bendición que puede recibir la humanidad.

A lo largo de la Biblia, «hacer un juramento» o «establecer una alianza» significan prácticamente lo mismo[12], igual que «intercambio de votos» y «matrimonio» son casi sinónimos. Por eso, el juramento de Dios a Abrahán recogido en Génesis 22, 15-18

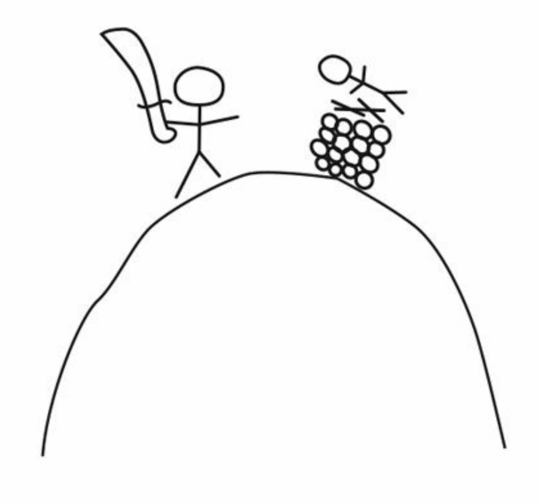
puede considerarse la forma definitiva de la *alianza* de Dios con Abrahán, en la que queda incluida la promesa de la bendición universal a todas las naciones. De ahí que, puestos a resumir la historia de la salvación en unas pocas imágenes, me centre en el monte Moria para representar la alianza abrahámica.
El monte Moria es fácil de dibujar:



El altar no es más que un montón de piedras redondas sobre el que descansa Isaac:



El dibujo lo completan Abrahán y su cuchillo:



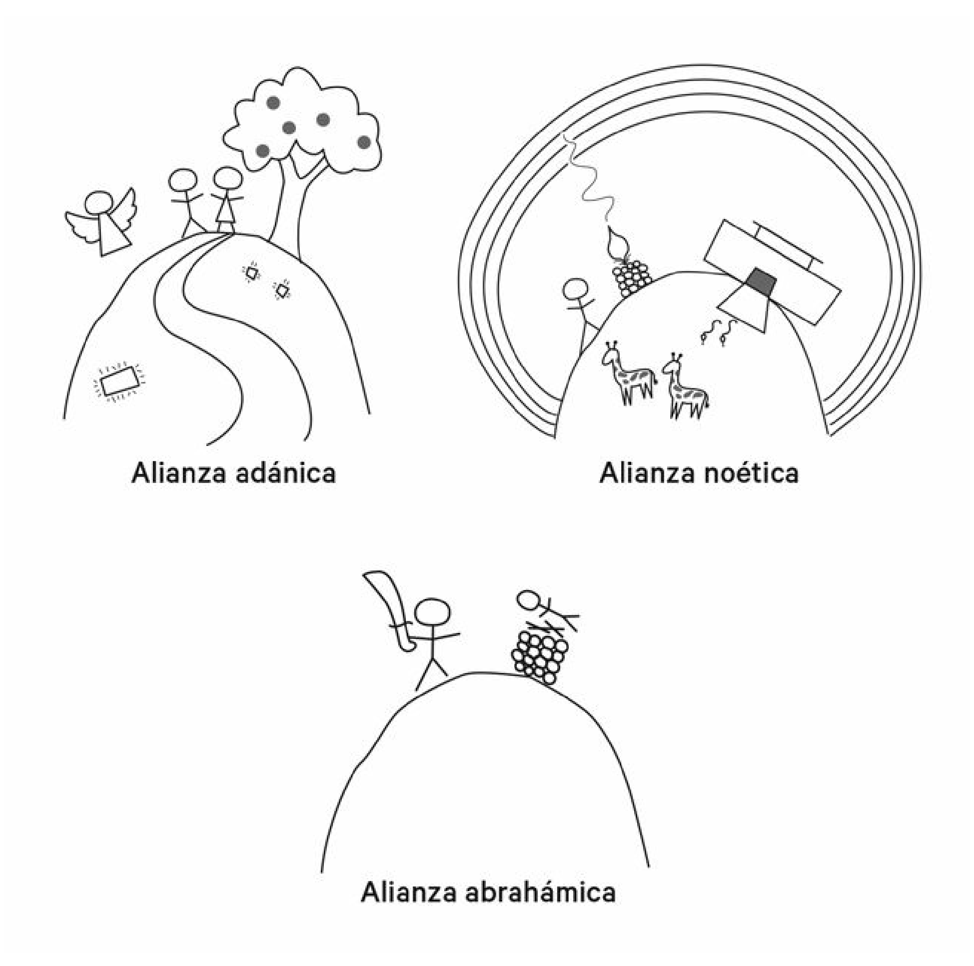
De ahora en adelante, este será el símbolo gráfico que nos remitirá a la alianza abrahámica.

Aún queda una cosa por mencionar respecto al sacrificio de Isaac. Muchos años después, los líderes religiosos judíos se plantearon esta pregunta: «¿Por qué en el antiguo templo el sacrificio de animales merecía el perdón de los pecados por parte de Dios?». Al fin y al cabo, cuesta entender por qué matar a un animal perdonaba el pecado del hombre. Incluso el Antiguo Testamento parece decir que, por sí misma, la sangre de novillos y cabras no puede quitar el pecado (Is 1, 11 y 66, 3; Sal 50, 8-13).

La conclusión de la tradición judía es que el sacrificio de animales en sí mismo no podía significar mucho para Dios[13]. No, los sacrificios tenían que recibir su poder de algún otro lado. Pero ¿de dónde? La respuesta a la que llegaron es esclarecedora: del cuasi-sacrificio de Isaac. La aceptación obediente de Abrahán de la muerte de su hijo unigénito y la disposición de Isaac a morir por obediencia y amor: eso *sí* que tenía valor a ojos de Dios. Puesto que el cuasi-sacrificio de Isaac tuvo lugar en la misma ubicación del futuro templo, algunos rabinos enseñaban que el sacrificio de animales era una especie de recordatorio o de *re-presentación* del sacrificio de Isaac, el único verdaderamente poderoso.

¿Esto no nos recuerda algo a los católicos? Piénsalo la próxima vez que vayas a misa.

Hasta aquí hemos llegado en la historia de la salvación:



Tema de estudio

Preguntas de repaso

1. Describe las semejanzas entre la caída de Adán y la caída de Noé.
2. ¿Qué tres promesas hizo Dios a Abrahán?
3. ¿Por qué el sacrificio de Isaac es un «pre-jà vu» del sacrificio de Jesús? Comenta las semejanzas.
4. ¿Por qué era tan importante para los judíos ofrecer sus sacrificios de animales en el mismo lugar en el que Isaac iba a ser sacrificado?

Temas de debate

1. ¿Recuerdas haber pedido a Dios alguna vez algo que no te haya concedido en el plazo que esperabas? ¿Aguardaste su respuesta o actuaste por tu cuenta?
2. Comenta alguna ocasión en la que Dios te haya pedido que sacrifiques algo. ¿Le obedeciste? ¿Cuál fue la consecuencia?

[1] Véase John Bergsma y Scott Hahn. «Noah's Nakedness and the Curse on Canaan (Gn 9, 20-27)». *Journal of Biblical Literature* 124, nº 1 (2005): 25-40.

[2] Véase Gary A. Rendsburg. *The Redaction of Genesis* (Winona Lake, IN: Eisenbrauns, 1996), 19-22.

[3] Véase Hahn. *Kinship by Covenant,* 103.

[4] Véase Jeremías 34, 12-20; y Hugenberger. *Marriage as a Covenant*, 209-10.

[5] Existe un libro espléndido sobre este tema: S.D. Benin. *The Footprints of God: Divine Accommodation in Jewish and Christian Thought* (Albany, NY: SUNY, 1993).

[6] Véase Moshe Weinfeld. *The Promise of the Land: The Inheritance of the Land of Canaan by the Israelites* (Berkeley: University of California Press, 1993), 261.

[7] Véase Weinfeld. *The Promise of the Land*, 248, y fuentes citadas.

[8] Véase de nuevo Jeremías ٣٤, ١٢-٢٠; y Hugenberger. *Marriage as a Covenant*, 193-96.

[9] La tradición judía aparece recogida por el antiguo historiador Josefo en *Antigüedades de los judíos* (disponible en internet); y en el apócrifo 4 Macabeos 13, 12; 18, 3. Véase también Gézà Vermès. "Redemption and Genesis XXII». *Scripture and Tradition in Judaism. Haggadic Studies.* (Leiden, Netherlands: Brill, 1961), 193-227.

[10] Estas palabras, contenidas en la antigua versión inglesa de la Plegaria Eucarística II, hoy han sido sustituidas por «su pasión, voluntariamente aceptada».

[11] Véase Gerhad Kittel, ed. *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, MI: Eerdmans,

1967), 4:737-41.

[12] Véase Hugenberger. *Marriage as a Covenant,* 182-85.

[13] Las afirmaciones contenidas en este párrafo están basadas en el estudio de los Tárgumes, traducciones antiguas del Antiguo Testamento al arameo, la lengua que hablaban los judíos en el Israel posterior al exilio. Los Tárgumes, además de traducir el texto bíblico, lo ampliaban y lo interpretaban, por lo que nos revelan la visión de la Escritura más extendida entre los judíos de tiempos de Jesús. Sobre el significado de la Akedah en los Tárgums, véase Robert Hayward. *Divine Name and Presence: The Memra* (Totowa, NJ: Allanheld, Osmun, 1981) 96-106; y Hahn. *Kinship by Covenant,* 128-129 y fuentes citadas. Hayward afirma: «Es la *'Akheda* la que valida los sacrificios ofrecidos en el Templo para expiar los pecados; es la *'Akheda* la que merece la Pascua; y, gracias a la *'Akheda*, Dios se acuerda de Israel, escucha y responde a sus plegarias, perdona sus pecados y los rescata de la aflicción» (96).

4.
LAS DISPOSICIONES DE DIOS Y LA MALA DISPOSICIÓN DE ISRAEL: LA ALIANZA A TRAVÉS DE MOISÉS

Lecturas recomendadas: Éxodo 1-20; 32-34; 40

LA LARGA HISTORIA DESDE ABRAHÁN HASTA MOISÉS

El Abrahán que hemos dejado al final del capítulo anterior acaba de recibir de Dios un juramento que ratifica todas las promesas divinas hechas hasta entonces. Abrahán sabe que se convertirá en un gran pueblo, que gozará de un «gran nombre» y que será una bendición para el mundo entero.

El único problema es que todo eso requerirá cierto tiempo. Así lo dice Dios en Génesis 15, 13. A medida que el relato va avanzando desde Génesis 23 hasta Éxodo 1, todo se desarrolla tal y como Dios predijo la siniestra noche en que estableció por primera vez la «alianza de las mitades» con Abrahán. Jacob, el nieto de Abrahán, cuyo nombre será reemplazado por el de Israel, tiene en total doce hijos, y son doce hijos muy prolíficos. El clan entero acaba trasladándose a Egipto a raíz de una hambruna y tras un enredo disparatado que se inicia con el intento de vender a su hermano José como esclavo. Como en Egipto se vive muy bien, se instalan allí de forma permanente: durante cuatrocientos años, para ser exactos. Y eso es mucho tiempo: mucho más que el que Estados Unidos lleva siendo una nación independiente.

¿Qué hizo Dios con el pueblo de Israel durante tanto tiempo? ¿Qué pasó con las promesas que recibió Abrahán?

En realidad, para cumplir esas promesas hacía falta todo ese tiempo. Las naciones no se crean de un día para otro. Las tribus de Israel necesitaban tiempo para crecer. En Egipto, con su imponente río Nilo y sus fértiles campos, el pueblo de Israel disponía de muchos alimentos y de mucha seguridad, y acabó siendo muy numeroso.

NADA ES PERFECTO (*Éxodo 2*)

Este escenario tan favorable solo tenía un fallo: los israelitas terminaron esclavizados por Egipto[1]. Como se suele decir, nada es perfecto.

Parece ser que al principio las condiciones de los esclavos fueron relativamente benignas, pero se endurecieron a medida que los egipcios se sintieron cada vez más amenazados por los prolíficos extranjeros que vivían en sus tierras. La Biblia dice que

los israelitas «gemían bajo la esclavitud. Clamaron... y escuchó Dios su lamento y se acordó de su alianza con Abrahán, con Isaac y con Jacob» (Ex 2, 23-24).

Así que Dios puso en marcha su plan para sacar a su pueblo de Egipto.

Como la mayoría de los planes de Dios, este empezó también con el nacimiento de un niño al que llamaron Moisés y que, según la Biblia, era especial (Ex 2, 2), aunque no se especifica qué les hizo darse cuenta. Los Rollos del Mar Muerto recogen la tradición (un tanto cómica) de que Noé, antepasado de Moisés, nació envuelto en un brillante resplandor. Puede que Moisés heredara el mismo gen...

En cualquier caso, la madre de Moisés tuvo que esconderlo, ya que el faraón había decidido eliminar a todos los varones hebreos en cuanto nacieran. Moisés fue creciendo y, cuando ya no pudo mantenerlo seguir manteniéndolo oculto, su madre lo metió en una cesta y la fletó en el Nilo, lo que en la Antigüedad equivalía a abandonar a un niño en cualquier puerta. Afortunadamente, alguien lo encontró flotando junto a la orilla y se lo llevó a casa para hacerse cargo de él. Se conocen otros ejemplos de personajes de la Antigüedad que procedieron del mismo modo[2]. Pero en Egipto la estrategia debía de ser particularmente eficaz porque el Nilo era un dios. Quien encontrara al niño pensaría que era un regalo del dios Nilo.

No hace falta que repita todo el relato del Éxodo, porque seguramente habrás visto *El príncipe de Egipto*, la película de DreamWork's que recoge bastante bien los principales aspectos de la historia. Solo me gustaría añadir unas cuantas observaciones.

En primer lugar, el plan de fletar al niño Nilo abajo funcionó *extraordinariamente* bien, porque el pequeño acaba siendo adoptado por la joven más rica de Egipto: la hija del faraón. A la madre biológica de Moisés la contrata el gobierno para criar a su propio hijo. Y Moisés reúne todas las condiciones necesarias para crecer en la corte real hasta que su posición le permita influir en la política estatal relativa a los hebreos y devolverles la libertad. Visto a posteriori, se puede decir que probablemente ese era el «Plan A» de Dios para liberar a Israel. Lo único que debía hacer Moisés era estarse quietecito y no buscarse problemas hasta contar con el poder suficiente para liberar legalmente a su pueblo. Así «tendría que haber acabado la cosa».

Pero no fue así: Moisés, *por supuesto*, desbarató todo el plan. Se le subió la sangre a la cabeza y mató a un egipcio que estaba moliendo a palos a uno de sus compatriotas. Luego enterró el cadáver en la arena (Ex 2, 11-12).

¡Qué listo! ¿no? Te entran ganas de decirle: «¡Mete el cadáver en el maletero del carro tíralo por un puente al Nilo, o algo por el estilo! ¿Cómo se te ocurre enterrarlo en la *arena*?».

Como era de esperar, el viento mueve la arena[3], encuentran el cadáver y descubren a Moisés, que tiene que huir al otro extremo del desierto para escapar del faraón, su abuelo adoptivo (Ex 2, 13-15). Moisés termina ganándose la vida cuidando un rebaño (Ex 3, 1): el equivalente antiguo a barrer suelos o a dar vuelta a las hamburguesas. Lo habían educado como a un príncipe de Egipto y para los egipcios el oficio de pastor era tan denigrante que ni siquiera se sentaban a comer con gente como esa (Gn 46, 34). ¡Qué manera de pasar de la Casa Blanca a vivir sin casa!

Después de cuarenta años dedicándose a su rebaño, Moisés ya es un anciano y podemos suponer que el paso del tiempo ha disipado sus recuerdos de Egipto y su formación palaciega. Aparentemente, no tiene futuro ni le queda ambición alguna salvo la de sobrevivir y pasar el resto de su vida junto a su mujer y su hijo.

LA ZARZA ARDIENTE (*Éxodo 3*)

Pero, llegado el momento, Dios interviene una vez más en su vida. Se muestra a Moisés bajo la apariencia de una zarza ardiente y le revela el secreto de su nombre. Para los norteamericanos de hoy en día los nombres no significan demasiado. Si nos enteramos de que vamos a tener un hijo varón, cogemos un listado de nombres de chico y procuramos elegir alguno que suene bien.

—¿José?

—No, demasiado corriente; todo el mundo lo llamará Pepe.

—¿Daniel?

—En mi clase de 5.º de primaria había un Daniel que me caía fatal.

—¿Y Adrián?

— Los López le acaban de poner a su hijo Adrián; dirán que les hemos copiado.

Los norteamericanos damos mucha importancia a cómo suenan los nombres, pero no nos interesa demasiado su *significado*. Con los antiguos israelitas sucedía justo lo contrario. No les importaba nada cómo sonaban, mientras que su *significado* era fundamental, porque el nombre representaba a la persona. De un modo misterioso, el nombre expresaba la *realidad* de la persona[4].

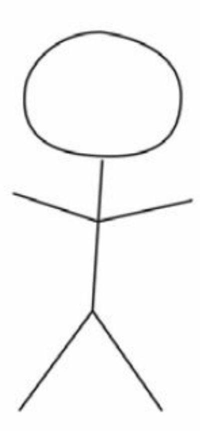
Por eso, es clave el momento en el que Moisés dice: «Tal vez [los israelitas] me digan: “¿Cuál es su nombre?”. ¿Qué les responderé?». Y Dios responde: «YO SOY EL QUE SOY... Dirás...: “YO SOY me ha enviado a vosotros”» (Ex 3, 13-14).

Con estas palabras Dios se identifica como el único Dios realmente existente; todos los demás dioses son falsos: NO SON. Dios, sin embargo, ES.

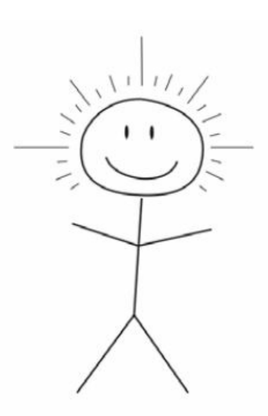
En realidad, el nombre que se le comunica a Moisés para que los israelitas lo empleen en sus oraciones no es exactamente la expresión «YO SOY», sino una palabra que probablemente significaba «ÉL ES»[5], que en hebreo se escribe YHWH. En algunas Biblias antiguas lo encontrarás escrito como «Jehová», un término derivado de una serie de fallos en la pronunciación que han recorrido la historia y que en la Antigüedad nunca se pronunció así. En casi todas las versiones católicas de la Biblia, siempre que aparece el nombre de Dios ««YHWH» (literalmente, «ÉL ES»), te encontrarás la palabra «SEÑOR» en mayúsculas. Por lo general, la Iglesia católica sigue la antigua práctica judía de decir «SEÑOR» en lugar de pronunciar su santo nombre.

Después de revelar su nombre a Moisés, Dios le encomienda una misión: «Entonces tú dirás al Faraón: “Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Y te he dicho: Deja ir a mi hijo para que me sirva”» (Ex 4, 22-23): algo que nos remite a Adán, el hijo primogénito de Dios. Es casi como si Dios adoptara a los israelitas como un nuevo Adán, una nueva humanidad.

Vamos a dibujar a un israelita:



Y vamos a hacer que su rostro resplandezca, porque, dada su condición de hijo primogénito, refleja la gloria de Dios Padre:



Dios le dice al faraón: «Deja ir a mi hijo para que me *sirva*». En hebreo la palabra «servir» se suele utilizar con el significado de *dar culto*[6], igual que nosotros hablamos de «*servicios* religiosos». Por eso el mensaje de Dios también se podría traducir así: «Deja ir a mi hijo para que me *dé culto*». Estas palabras apuntan al estatus sacerdotal del pueblo de Israel. Será un pueblo dedicado a *dar culto* a Dios.

Al faraón, por desgracia, no le gusta el mensaje del SEÑOR que le traslada Moisés. Como cualquier directivo de una empresa importante, no parece muy dispuesto a dejar que una mano de obra que le sale tan barata se coja unas vacaciones indefinidas, aunque sea por asuntos religiosos. Por eso la respuesta predecible es: «No». De hecho, aumenta la carga de trabajo con intención de disuadirles de cualquier tentativa de negociar una mejora de su contrato laboral (Ex 5, 4-21).

LA DERROTA DE LOS DIOSES (*Éxodo 7-14*)

Ya tenemos preparado el escenario para una «guerra entre dioses». En el fondo, en eso consisten las plagas (Ex 7, 11). Para los egipcios el faraón era un dios; y, si el faraón no era capaz de gestionar alguna cosa, contaba con todo un equipo de dioses que le cubría

las espaldas: entre otros, Hapi, el dios del Nilo; Heket, la diosa de las ranas; y Amón-Ra, el dios del sol. Las diez plagas no fueron sino combates entre el Señor, Dios de los esclavos, y los dioses de los egipcios[7] (Ex 12, 12; Nm 33, 4). No obstante, estos últimos empezaron perdiendo desde el minuto uno de la primera parte; y, finalizado el partido, la derrota fue aplastante.

DIOSES LOCALES	**DIOSES VISITANTES**
0	10
Resultado final	

Resumamos. Primero es aniquilado el dios del Nilo, Hapi, y todas las aguas del río se convierten en sangre (Ex 7, 20-24). A continuación, Heket, la diosa de las ranas y de la fertilidad, se desmanda y se vuelve *excesivamente* fértil (Ex 8, 1-6). Y después van quedando patentes el ridículo y la impotencia de un supuesto dios detrás de otro. Hasta Amón-Ra, el todopoderoso rey del sol, permanece tres días encerrado en la oscuridad (Ex 10, 21-23). Finalmente, se demuestra que tampoco el faraón, incapaz de salvar la vida de su propio hijo durante la última plaga, es un dios (Ex 12, 29-32).

Así enseñó Dios a los egipcios que su religión era falsa y que quien merecía el culto era él. Muchos egipcios acabaron captando la idea (Ex 9, 20). Después de la última plaga, el faraón terminó cediendo y permitió a los israelitas abandonar su territorio (Ex 12, 32).

LOS DERROTEROS DE LOS ISRAELITAS (*Éxodo 15-19*)

La historia no acaba ahí. En cuanto Moisés y los israelitas llegaron a orillas del Mar Rojo, el faraón volvió a cambiar de opinión y envió a su ejército tras ellos. Una vez más, Dios entabló un combate divino e interpuso su abrasadora presencia entre los egipcios y los israelitas mientras estos huían atravesando un mar dividido en dos, que volvió a cerrarse sobre los soldados que los perseguían (Ex 15).

Una vez que los israelitas cruzaron el mar sanos y salvos y se adentraron en el desierto, sus enemigos ya no fueron los egipcios, sino cosas tan elementales como el hambre y la sed. Por eso Dios hizo brotar agua de las rocas y dejó que lloviera del cielo una misteriosa sustancia, tan extraña que los hebreos se preguntaron: «¿Man-hu?» («¿qué es esto?»). De ahí que le pusieran el nombre de *man*, que en hebreo significa «qué», aunque en castellano solemos emplear la palabra *maná* (Ex 16).

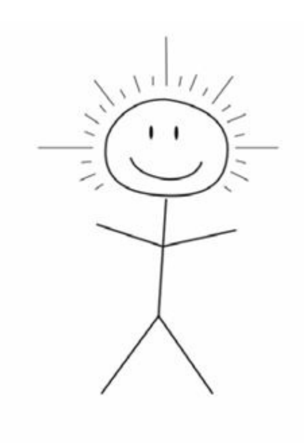
Los israelitas llegaron por fin a su destino: el Sinaí, la misma montaña donde unos años antes Dios había hablado a Moisés desde la zarza ardiente. Vamos a detenernos un poco más en el relato para resaltar un par de puntos clave.

Dios llevó a los israelitas, guiados por Moisés, hasta el Sinaí para establecer una alianza con ellos. Ya hemos visto que una alianza es un vínculo familiar. Dios dijo al

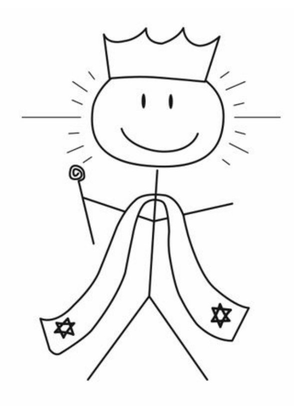
faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Ex 4, 22); por lo tanto, en principio el propósito de Dios en esta alianza del Sinaí consistía en adoptar a Israel formalizando esa *relación filial.*

En el Sinaí Dios hace a Israel una promesa asombrosa, justo antes de mostrarse en todo el esplendor de su gloria para entregarles los diez mandamientos. «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza... seréis para mí mi un reino de sacerdotes[8] y una nación santa», dice Dios.

El panorama se va perfilando. Los israelitas en su conjunto son un nuevo Adán. Dios los adopta como hijos suyos y les concede un estatus real y sacerdotal. Así que vamos a coger a nuestro radiante israelita



y a colocarle una estola y una corona



A partir de ahora empieza a parecerse un poco a Adán (que es precisamente de lo que se trata).

¿Quiere esto decir que Dios no tenía planes para el resto de la humanidad? No. Dios no dice: «Israel es mi hijo único», sino «Israel es mi hijo *primogénito*», lo que implica que el resto de las naciones son los hijos pequeños de Dios (Dt 32, 8).

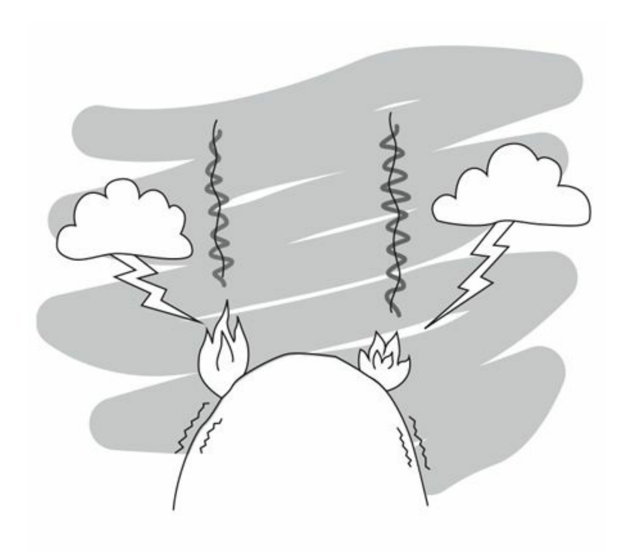
Por otra parte, los sacerdotes necesitan laicos a quienes servir y los reyes necesitan súbditos a los que gobernar. Por eso, cuando Dios dice a Israel: «Seréis un reino de sacerdotes», sugiere que el resto del mundo, las demás naciones, serán los laicos y los

súbditos a quienes los israelitas gobernarán y servirán. Este era el «Plan A» de Dios para los israelitas.

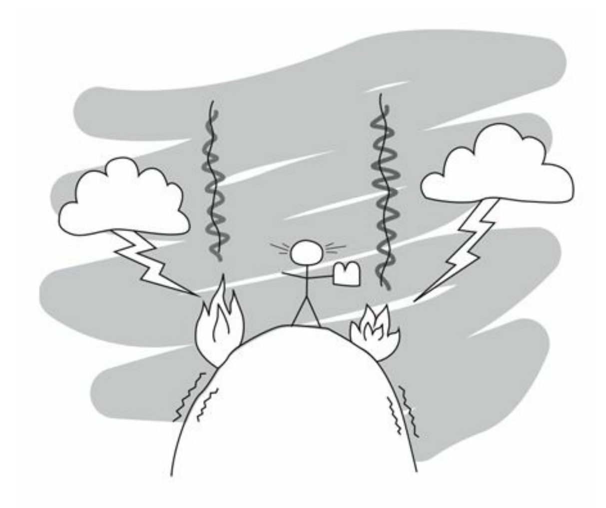
LA ALIANZA DEL SINAÍ (*Éxodo 20-24*)

Ese era el plan, pero había que ponerlo en práctica. La formidable presencia de Dios descendió sobre el monte Sinaí.

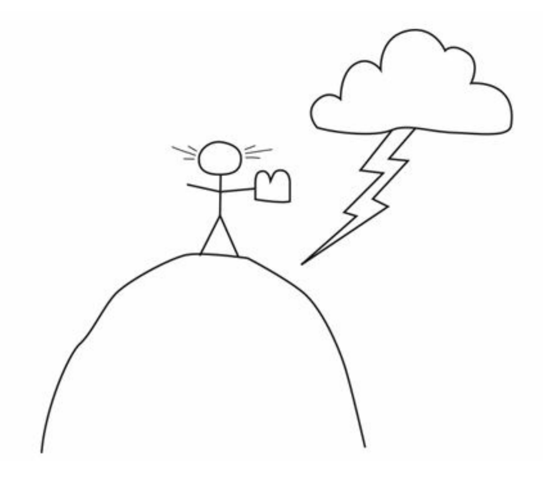
El Éxodo habla de un terremoto, fuego, oscuridad, nubes, humo y relámpagos alrededor del monte:



En Éxodo 20, Moisés sube al monte y Dios le entrega los diez mandamientos escritos sobre unas tablas de piedra. Por haber estado en la presencia de Dios, el rostro de Moisés se vuelve radiante (Ex 34, 29-30). Vamos a dibujar la cara de Moisés irradiando dos rayos de luz[9]:



Como el dibujo es algo complicado, lo simplificaremos un poco para usarlo como símbolo gráfico de la alianza mosaica con la que Dios quiso devolver a Israel la *relación filial* de la que Adán gozó en su día:



¿Cuál era el objetivo de los diez mandamientos? Todas las familias tienen que establecer unas normas. Mi familia es numerosa (aún me quedan siete hijos en casa) y tenemos un montón de normas, la mayoría de las cuales están puestas por escrito y colocadas en el centro de nuestra vida familiar: la nevera. Me imagino que, si adoptáramos un niño o una niña, una de las primeras cosas que tendríamos que hacer sería ponerlo delante de la nevera y explicarle las normas básicas de nuestra familia.

En el Sinaí Dios adopta a Israel como «hijo primogénito». Los diez mandamientos son las normas familiares. Las tres primeras rigen la relación con el Padre. Las otras siete rigen las relaciones entre hermanos (los demás seres humanos).

Normas de conducta con tu Padre	**Normas de conducta con tus hermanos**
No tendrás otro dios fuera de mí	Honrarás a tu padre y a tu madre
No tomarás el nombre de Dios en vano	No matarás
Santificarás el sabbath	No cometerás adulterio
	No robarás
	No mentirás
	No codiciarás la mujer de tu prójimo
	No codiciarás los bienes ajenos

Los tres capítulos siguientes del Éxodo (21-23) dictan a los israelitas disposiciones adicionales derivadas de los diez mandamientos y dirigidas a regir su vida como nación. En último término, los israelitas, además de una familia, son una nación dotada de un gobierno y unas leyes civiles.

El relato de Éxodo 24 incide una vez más en la condición de hijo de Dios que posee Israel. Moisés se traslada al pie del monte Sinaí, donde construye un altar. Luego, ayudado por unos misteriosos «jóvenes» del pueblo de Israel —hablaremos de ellos más adelante—, ofrece sacrificios a Dios. A continuación lee todos los mandamientos —las «normas familiares»— en presencia del pueblo. «Haremos todo lo que ha dicho el Señor», claman los israelitas (Ex 24, 3-7).

Después Moisés toma la mitad de la sangre de los sacrificios y rocía con ella al pueblo; el resto lo derrama sobre el altar, que representaba la presencia de Dios. El hecho de rociar el altar *y* al pueblo con esa sangre significaba que a partir de ese momento ambos *compartían una sola sangre*. ¡Ahora Dios y el pueblo formaban una familia! No obstante, el ritual tenía otro significado más siniestro: *que corra la sangre* de cualquiera de las partes que quebrante la alianza. Moisés pone fin a la ceremonia con una frase solemne: «Esta es la sangre de la alianza que ha hecho el Señor con vosotros de acuerdo con todas estas palabras» (Ex 24, 8).

Las familias comen juntas. Al menos deberían hacerlo, aunque con tantos entrenamientos de fútbol, clases de música y televisión ¿a quién le queda tiempo para eso? Pero lo que es seguro es que en la Antigüedad (es decir, cuando no existían los deportes organizados) se solía comer en familia. Por eso, en cuanto acaba la ceremonia de «una sola sangre», Dios invita a Moisés y a los jefes del pueblo a subir al monte Sinaí para comer todos juntos. «Pudieron contemplar a Dios. Después comieron y bebieron», dice la Biblia (Ex 24, 11).

Las ceremonias de constitución de una familia han llegado a su fin. Desde que Adán y Eva fueron expulsados del jardín, Dios nunca había vuelto a estar tan cerca de los seres humanos. En su momento el jardín se utilizó como el lugar en el que Dios visitaba a sus hijos y paseaba con ellos. Ahora los hijos de Israel necesitan un nuevo «Edén» donde poder encontrarse con Dios; y sería de agradecer que ese «Edén» fuese portátil, porque, como hemos visto, por lo general la vida de los israelitas consiste en errar por el desierto. Por eso, Dios vuelve a llevar a Moisés al monte Sinaí y le da instrucciones para el Tabernáculo, una gran tienda donde encontrarse con Dios decorada con reminiscencias del Edén[10] (Ex 25-31).

Esta es la luna de miel del pueblo de Israel y Dios. Todo es maravilloso. Todo ha acabado bien.

Pero la luna de miel no dura mucho.

EL FINAL DE LA LUNA DE MIEL (*Éxodo 32-34*).

Sería estupendo que la historia de Israel y Dios acabara aquí: han formado una familia y, a partir de ahora, viven felices para siempre. Israel posee el estatus de hijo primogénito y sacerdote real por encima de las demás naciones. No sabemos con exactitud cuál habría sido el resultado, pero cabe suponer que habrían gobernado sobre los demás pueblos de la tierra y transmitido el culto a las demás naciones, de modo que los «hijos pequeños» —los demás pueblos— formaran parte también de la familia de Dios.

Naturalmente, no fue eso lo que ocurrió. Moisés estuvo demasiado tiempo en lo alto del monte recibiendo las instrucciones para el Tabernáculo (o, al menos, eso les pareció a los israelitas). Creyendo que estaba «desaparecido en combate», decidieron abandonar la nueva religión a la que se habían adherido y retomar la antigua dando culto a un becerro como habían hecho en Egipto[11]. Presionaron a Aarón para que confeccionara un becerro de oro. Dice la Biblia que, después de ofrecer sacrificios a su ídolo, «el

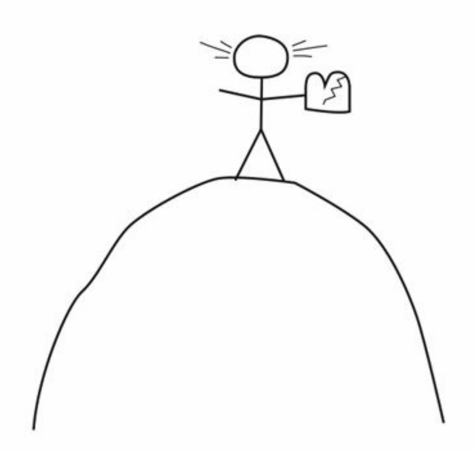
pueblo se sentó a comer y a beber, y luego se levantaron para divertirse» (Ex 32, 6). Por inocente que pueda parecernos la palabra «divertirse», lo más probable es que la clase de cosas que se dedicaron a hacer no lo fuesen. El culto pagano solía ser bastante escabroso.

Cuando Moisés baja del monte, aquello no le gusta nada. Rompe las tablas de los diez mandamientos, reúne a su tribu —los levitas— e impone la ley marcial para recuperar el control del pueblo, al que la fiesta se le ha ido de las manos. (Que piense en Woodstock el que esté en condiciones de recordarlo).

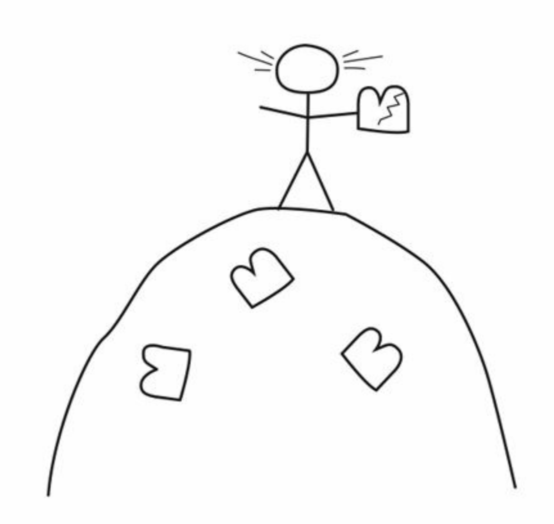
Los levitas recorrieron el campamento enfrentándose a todos los cabecillas de la rebelión y acabando con ellos. Su valentía les valió la promesa de Moisés de concederles el estatus de sacerdotes de Israel (Ex 32, 25-29).

La rebelión no trajo nada bueno. En Éxodo 33-34, Moisés vuelve a subir al monte Sinaí para implorar a Dios que reanude la alianza con Israel. Dios accede y restablece la alianza en Éxodo 34. Pero la alianza renovada no es tan buena como antes. A esta «segunda versión» de la alianza mosaica la llamaremos el «segundo Sinaí».

Este es el símbolo gráfico del «segundo Sinaí». Se parece a la alianza del Sinaí original, pero ahora las tablas están rotas:



Si lees la Biblia detenidamente desde el capítulo 32 del Éxodo en adelante, comprobarás que en esta segunda ocasión, cuando restablece la alianza con Israel, Dios incluye muchísimas más leyes: después del becerro de oro se añade a la alianza, por ejemplo, todo el libro del Levítico y la legislación relativa a los sacrificios y la «purificación». Así que vamos a dibujar unas cuantas tablas de la ley más para que todo esto quede recogido:



Desde la Antigüedad, los cristianos han visto un *propósito penitencial* en las disposiciones adicionales[12] impuestas después del becerro de oro. Cuando uno se confiesa, el sacerdote le pone una penitencia: por lo general, debe rezar algo o hacer una buena obra. La penitencia del sacerdote no es algo negativo, pero estás obligado a cumplirla porque has pecado.

Con las leyes extra añadidas a la alianza ocurre algo parecido. No son nada malo, pero se le aplican a Israel a causa de su pecado. Su objetivo consiste en enseñar determinadas verdades espirituales[13]. La ley del sacrificio, por ejemplo, incluía la muerte de un animal (Lv 1-7) para enseñar la lección de que el pecado conduce a la muerte. Si Dios es vida, separarse de Él (en eso consiste el pecado) siempre conlleva la muerte de alguien o de algo.

Estas leyes extra, por lo tanto, enseñaban lecciones espirituales y ayudaban a Israel a recobrar la salud espiritual (los mismos objetivos de las penitencias de hoy en día). Esa es la visión «penitencial» que enseña san Pablo en Gálatas 3, 19 cuando afirma: «¿Para qué entonces la Ley? Fue añadida pensando en las transgresiones».

Es probable que con la palabra «ley» san Pablo no se esté refiriendo a los diez mandamientos, los cuales no *se añadieron* a nada, sino que fueron los primeros. Quizá estuviera pensando en el inmenso volumen de preceptos (como lo es todo el libro del Levítico) *añadidos* más tarde, después de las *transgresiones* del incidente del becerro de Éxodo 32.

Si continuamos leyendo la Biblia, vemos cómo por fin, después de un año entero en el monte Sinaí, Dios ha entregado todas las leyes adicionales y Moisés da órdenes al pueblo para iniciar la marcha hacia la Tierra Prometida (Nm 1-10).

LOS DESERTORES DEL DESIERTO: EL ABANDONO DE DIOS EN TIERRA SALVAJE (*Números 1, 10-25*)

Seguro que mis lectores más talludos recuerdan una serie de televisión que se llamaba *Gilligan's Island* en la que unos náufragos se pasaban varios años perdidos en una isla después de lo que, en principio, iba a ser un recorrido de tres horas. ¡De *tres horas*! Con el viaje de Israel hasta la Tierra Prometida ocurrió algo parecido. Debería haber sido breve, pero acabó durando toda una vida. El traslado desde el monte Sinaí hasta la Tierra Prometida, que tendría que haberse resuelto en cuestión de días, se convirtió en *cuarenta años* caminando por el desierto.

¿Por qué? Por culpa de más rebeliones. Si leemos el libro de los Números, vemos cómo el pueblo de Israel no deja el Sinaí hasta el capítulo 10 y empieza a rebelarse contra Dios ¡en el versículo 1 del capítulo 11! Los israelitas se quejan de todo: de la comida, del agua y de la gestión de Moisés. Antes o después, todo el mundo participa en ella: desde los más humildes, ubicados a las afueras del campamento, hasta figuras tan aristocráticas e influyentes como Aarón y Miriam, los hermanos de Moisés. De hecho, el libro de los Números recoge al menos nueve rebeliones[14] contra Dios. Uno se queda con la impresión de que los cuarenta años de marcha por el desierto fueron una sola y única rebelión.

Me gustaría detenerme en una de las rebeliones clave que se producen y que aparece recogida en Números 14, cuando el pueblo de Israel envía doce espías a la Tierra Prometida para explorarla. Los espías, que eran un hatajo de pesimistas, vuelven con un informe negativo: «No podemos atacar a este pueblo [los cananeos], porque es más fuerte que nosotros» (Nm 13, 31). Cunde el pánico entre el pueblo, que pierde la fe y quiere matar a Moisés y elegir a otro que los lleve de regreso a Egipto.

La historia del becerro de oro se repite y Moisés vuelve a encontrarse intercediendo ante Dios por su pueblo. Y, una vez más, el SEÑOR cede y responde a las súplicas de Moisés perdonando al pueblo. Aun así, Dios insiste en que esa generación morirá en el desierto: solo sus hijos entrarán en la Tierra Prometida.

La segunda generación —los hijos de los que salieron de Egipto— crece en el desierto desde el capítulo 14 al 24 de los Números. Tenemos muchas esperanzas depositadas en ellos, sobre todo cuando son bendecidos en cuatro ocasiones por un profeta llamado Balaam (Nm 22-24). Pero nuestras esperanzas se desvanecen cuando también la segunda generación cae en la trampa de los dioses paganos en un lugar del territorio de Moab llamado «Bet-Peor», a las puertas de la Tierra Prometida (Nm 25).

Así que, cuando acaba el libro de los Números, las cosas no van muy bien. El pueblo de Israel lleva cuarenta años rebelándose contra Dios en el desierto. Aunque la segunda generación ya ha crecido, no es mucho mejor que la de sus padres. De no ser por los esfuerzos de Moisés, hace mucho tiempo que el SEÑOR e Israel habrían roto.

EL DEUTERONOMIO: UNA LARGA HOMILÍA (*Deuteronomio 5-9, 31-34)*

Llegados a este punto, nos encontramos con la versión final de la alianza a través de Moisés: una versión que conocemos con el nombre de Deuteronomio. La palabra «Deuteronomio» deriva de los términos griegos *deutero* («segundo») y *nomos* («ley»).

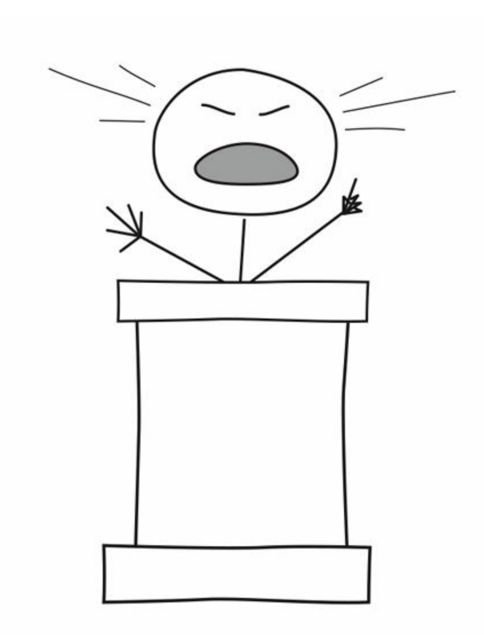
El Deuteronomio es la «segunda ley». Para ser del todo exactos, se trata de la «tercera ley», pero los que en la Antigüedad recopilaron la Biblia unieron el primer y el segundo Sinaí y contaron dos legislaciones: el Sinaí y el Deuteronomio.

Es importante recordar que lo que sucede en el libro del Deuteronomio es muy distinto de lo ocurrido en el Sinaí. Los acontecimientos del Sinaí se produjeron un año después del Éxodo (Nm 10, 11-12); el Deuteronomio se produce cuarenta años después del Éxodo. Los acontecimientos del Sinaí tuvieron lugar en el célebre monte o cerca de él; el Deuteronomio tiene lugar en el territorio de Moab, una llanura que linda por el este con el territorio de Israel (Dt 1, 5).

En el Sinaí Dios se presenta rodeado de truenos, nubes y relámpagos. En el Deuteronomio Dios no se muestra al pueblo. Habla en privado con Moisés, pero todo lo que el pueblo llega a ver es a Moisés predicando a lo largo de... ¡cuarenta y cuatro capítulos! Para que luego hablen de homilías largas...



Y, además, la mayor parte del tiempo Moisés no está de muy buen humor (Dt 1, 37; 3, 26; 31, 24-29):



Le recuerda al pueblo todas las veces que ha roto la alianza y se ha rebelado contra Dios (Dt 9, 1-29; 32, 1-47):



A continuación les transmite *de nuevo* las leyes de la alianza y esta vez añade otras *más*, incluidas algunas que no son demasiado buenas (Dt 12-26). Como bien dice Jesús al cabo de unos mil años, aunque algunas de las leyes divinas que Moisés entrega en el Deuteronomio no eran las óptimas[15], se transmitieron debido a la «dureza de corazón» de los israelitas (Mt 19, 8; cf. Ez 20, 25; Ga 3, 19).

Un buen ejemplo es la ley del divorcio. El divorcio no aparece mencionado en las leyes del Sinaí. Pero en el Deuteronomio, tras cuarenta años de rebelión en el desierto, Moisés permite a los varones de Israel divorciarse de sus esposas (Dt 24, 1). Esa no era la ley de Dios óptima ni preferible, pero debía de resultar imposible que los hombres respondieran a una exigencia mayor.

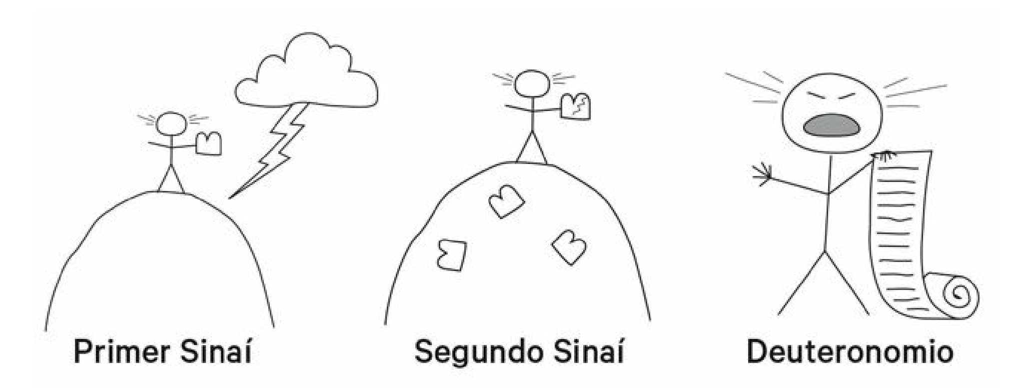
Otro ejemplo sería el de las leyes relativas a la guerra. En el Deuteronomio, Moisés prohíbe a los israelitas acordar cualquier tratado de paz con el pueblo de la Tierra Prometida (Dt 20, 16-18). Deben librar contra él una guerra total. Aunque tampoco este

es el medio preferible ni el mejor, Moisés teme que, de no existir una guerra total, los israelitas acaben absorbidos por las costumbres paganas del pueblo de aquella tierra (Dt 20, 18). Por desgracia, sus temores se demostraron bien fundados. Al final la guerra no fue total y el pueblo acabó adhiriéndose al paganismo de los cananeos (Jc 3, 5-6).

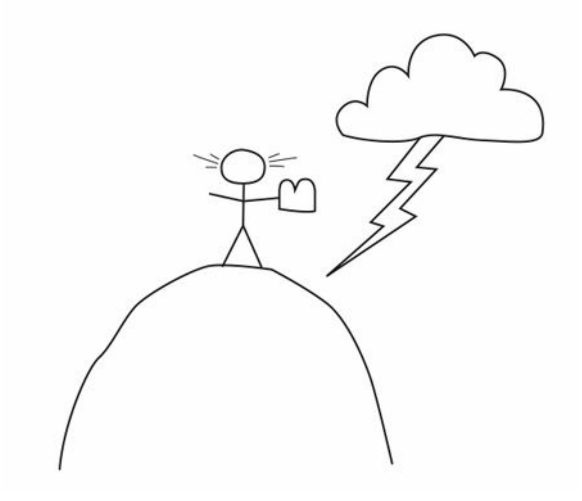
Aun así, para bien o para mal, el Deuteronomio es la tercera vez y la última en que se establece una alianza a través de Moisés. El libro del Deuteronomio se convirtió en la formulación definitiva de la ley de la alianza para el pueblo de Israel mientras este existiera.

Tras entregar las leyes del Deuteronomio, Moisés sube a la cima del monte Pisgá, en el territorio de Moab, desde donde Dios le permite contemplar la Tierra Prometida en toda su extensión antes de morir (Dt 34, 1-8). Hay quien dice que fue Dios quien dio sepultura a Moisés; otros, que Dios se llevó su cuerpo al cielo. Desgraciadamente, nunca consumó la misión de entrar en su patria junto con los israelitas.

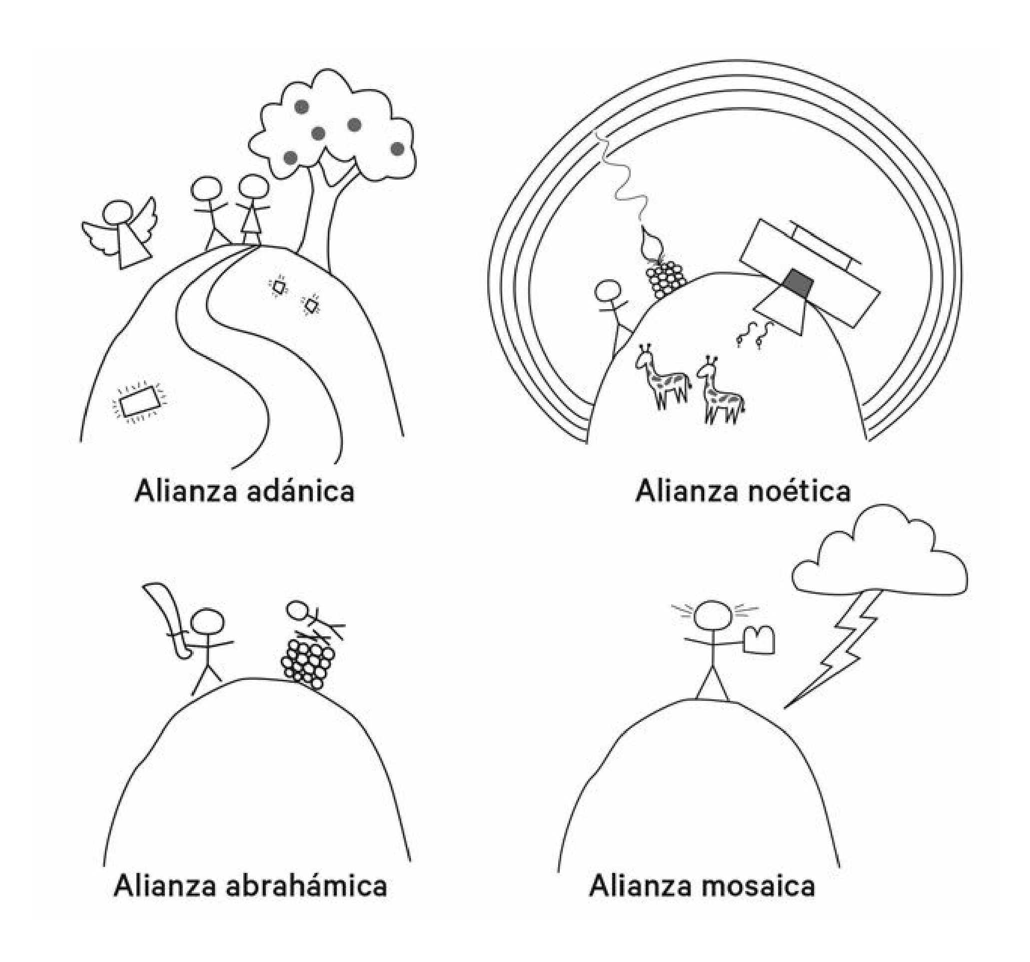
En cualquier caso, con el Deuteronomio concluyen los libros de Moisés y el relato bíblico de la alianza mosaica: una alianza, como hemos visto, algo compleja. Se rompe y se rehace al menos en dos ocasiones:



Ciñéndonos a nuestro propósito, a la hora de incluir la alianza de Moisés entre las demás alianzas de la historia de la salvación nos centraremos en el primer Sinaí:



Hasta este momento ya conocemos cuatro:



TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. ¿Qué relación existe entre las plagas enviadas por Dios y los dioses egipcios?
2. ¿En qué sentido es Israel un nuevo Adán?
3. ¿Cómo cambió el episodio del becerro del oro la relación entre Dios e Israel?
4. ¿Por qué tardó Israel cuarenta años en entrar en la Tierra Prometida?
5. ¿Por qué fueron necesarias las leyes del Deuteronomio? Cita algunos ejemplos.

Temas de debate

1. En la zarza ardiente Dios se dio a conocer ante Moisés revelándole su nombre: YHWH, que significa: «YO SOY EL QUE SOY». ¿Conoces el significado de tu nombre? ¿Es tu nombre un reflejo de tu identidad?
2. Los israelitas adoptaron muchas de las costumbres idólatras de la cultura egipcia. ¿Cuáles son los becerros de oro de nuestra cultura moderna? ¿A qué ídolos adoran los fieles cristianos, consciente o inconscientemente?

[1] Sobre la historicidad del Éxodo, véase James K. Hoffmeier. *Israel in Egypt: The Evidence for the Authenticity of the Exodus Tradition* (Oxford: Oxford University Press, 1999).

[2] Además de Moisés, el personaje histórico más célebre que también fue fletado en un río es Sargón de Acad, un rey mesopotámico cuya biografía está fechada entre 2270 y 2215 a. C.

[3] Aunque ninguna tradición antigua especifica que el viento desempolvara el cadáver de la víctima, se trata de un supuesto plausible.

[4] El rabino Berel Wein, una autoridad americana israelí en derecho y teología judías, afirma lo siguiente: «En nuestros nombres residen nuestra alma y nuestro yo».

[5] Aunque no poseemos la certeza, puede ser que la forma YHWH sea la tercera persona masculino singular del imperfecto del verbo hebreo *HYH*, el verbo «ser». Véase Francis Brown. *The New Brown, Driver, Briggs, Gesenius Hebrew and English Lexicon* (1907; reprint Peabody, MA: Hendrickson, 1979), 217-218.

[6] Véase Brown. *Lexicon*, 712-13 (definiciones 4 y 5).

[7] Véase Éxodo 12, 12; Números 33, 4; y John Currid. *Ancient Egypt and the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 1997), 108-13.

[8] Esta es la traducción más común, pero también podría traducirse por «sacerdocio real», como ocurre en la antigua versión griega (la Septuaginta) y en el Nuevo Testamento (1 P 2, 9). Sobre una defensa moderna de esta traducción, véase John Davies. *A Royal Priesthood: Literary and Intertextual Perspectives on an Image of Israel in Exodus 19,6* (London: T&T Clark International, 2004).

[9] San Jerónimo se equivocó al traducir el verbo hebreo *qaran (*«irradiar, brillar») de Éxodo 34,35 por «crecer cuernos»: un error bastante comprensible, porque el verbo *qaran* guarda relación con el nombre *qeren* («cuerno»). Véase Brown. *Lexicon,* 901-2.

[10] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 66-80.

[11] Es probable que el becerro de oro representara al dios egipcio Apis. Véase Moshe Weinfeld. *Deuteronomy 1-11*. Anchor Yale Bible 5 (New York: Doubleday, 1991; reprint, New Haven, CT: Yale University Press), 424.

[12] Esta idea queda reflejada en un documento antiguo tan importante como la *Didascalia Apostolorum* (*La enseñanza de los Apóstoles*), compuesta probablemente en el siglo II o III d. C. *Didascalia Apostolorum in Syriac, Vol. II: Chapters XI-XXVI*, trans. A. Vööbus, CSCO 408, Scriptores Syri 180 (Leuven, Belgium: Secretariat du CSCO, 1979), 243-44. Véase también el "Tratado de la ley antigua". *Summa Theologiae*, Parte I-II, cuestiones 98-105, esp. c.101, art. 3, *respuesta*: «Era preciso imponerles [a los israelitas] muchas cargas de preceptos cultuales para que, agobiados por ellos, no se acordasen de vacar a la idolatría». Véase también c. 102, art. 3, *respuesta*: «Puede señalarse otra causa de los sacrificios, a saber, que por ellos se retraían los hombres de sacrificar a los

ídolos. Por eso, los preceptos sobre los sacrificios no fueron dados al pueblo hebreo sino después que mostró su propensión a la idolatría adorando al becerro fundido, como si estos sacrificios hubieran sido instituidos para que el pueblo, inclinado a ellos, los ofreciera a Dios y no a los ídolos». A destacar también la noción de las leyes penitenciales en el estudio de Stephen D. Benin. *The Footprints of God: Divine Accomodation in Jewish and Christian Thought* (Albany: SUNY Press, 1993).

[13] Existe un consenso de las tradiciones cristiana y judía recogidas en los tratados de la ley mosaica tanto de santo Tomás de Aquino (*Summa Theologiae*) como de Maimónides (*Guía para perplejos*).

[14] Según mis cuentas, esas rebeliones son: (1) Nm 11, 1-3; (2) 11, 4-35; (3) 12, 1-16; (4) 14, 1-38; (5) 14, 39-45; (6) 16, 1-35; (7) 16, 41-50; (8) 20, 1-13; (9) 25, 1-15.

[15] En relación con este tema, véase Hahn. *Kinship by Covenant*, 73-77, y las fuentes citadas en él.

5.
EL REY QUE FUE Y SERÁ: LA ALIANZA DE DAVID

Lecturas recomendadas: 1 Samuel 16-24; 2 Samuel 5-12; 23

TRIBUS Y TRABAS: DE JOSUÉ A DAVID

Después de la alianza mosaica, tuvo que pasar mucho tiempo antes de que la historia de la salvación avanzara un paso más: según la cronología bíblica, cerca de quinientos años.

La crónica que hace la Biblia de este periodo de tiempo está recogida en los libros de Josué, Jueces, Ruth y 1 Samuel. A mí, personalmente, me encantan los relatos y las lecciones contenidas en estos libros, en los que el entretenimiento se alterna con la emoción e incluso con el escándalo, pero nunca con el aburrimiento. Por desgracia, el espacio de que disponemos solo permite un breve resumen de este periodo.

En el libro de Josué leemos cómo el sucesor de Moisés logra que el pueblo de Israel entre en la Tierra Prometida. El nombre hebreo de Josué es «Y'shua», del que deriva el nombre griego de «Jesús». Josué, el sucesor de Moisés, es una imagen o *tipo* del «Y'shua» que está por llegar. Este futuro «Y'shua», igual que Josué antes que él, conseguirá lo que no consiguió Moisés y conducirá al pueblo de Dios hasta un lugar al que Moisés y su alianza no podían guiarlo.

Por el libro de los Jueces sabemos que, una vez desaparecidos Josué y su generación, el pueblo de Israel pasó varios centenares de años sumido en la confusión. Israel entra en un ciclo de *pecado* contra Dios, *sufrimiento* infligido por sus enemigos, *arrepentimiento* de su pecado y *salvación* liderada por alguien enviado por Dios; un ciclo de *pecado-sufrimiento-arrepentimiento-salvación* que se repite sucesivamente. En todas esas ocasiones Dios envía un líder o «juez» que hace regresar al pueblo a la «obediencia» a Dios y le concede la victoria sobre sus enemigos. Desgraciadamente, tras la muerte de cada uno de los jueces el pueblo vuelve a caer en la desobediencia a la alianza de Dios (Jc 2, 11-23).

El primer libro de Samuel se abre con un largo relato del último juez, cierto profeta llamado Samuel responsable de una transición decisiva para el pueblo de Israel: el paso del gobierno de los *jueces* al de los *reyes*. El gobierno de los jueces dura lo que dura su vida; mientras que el liderazgo de un *rey* pasa a su hijo. Así se crean las *dinastías*: una sucesión de gobernantes de la misma familia.

Cuando llegamos a 1 Samuel 8, el pueblo de Israel está cansado de los vaivenes del gobierno de los jueces. Quiere la estabilidad que acompaña a los reyes. El profeta Samuel les advierte de que tener un rey no es jauja: tener un rey significa también

subidas de impuestos y opresión política. Aun así, el pueblo insiste. Samuel se rinde y nombra un rey: un tal Saúl de la tribu de Benjamín.

Aparentemente, Saúl da la talla: les saca una cabeza al resto de los israelitas. En una época en que uno de los deberes del rey consistía en dirigir al ejército en combate, el hecho de tener un físico imponente suponía una gran ventaja. El reinado de Saúl se estrena francamente bien; pero, después de un par de victorias militares, los engranajes de la administración comienzan a fallar. El carácter de Saúl adolece de demasiados defectos. Toma decisiones improvisadas y derivadas del miedo. Se despreocupa del culto a Dios. Es inseguro y envidioso, y considera una amenaza los éxitos de sus inferiores. Samuel no tarda en comprender que el pueblo necesita otra clase de rey. Y, en este punto de la historia bíblica, hace su aparición el hombre más importante del Antiguo Testamento: David.

QUERIDÍSIMO DAVID

En hebreo el nombre «David» quiere decir «el amado»: un significado muy apropiado para el papel de David en la historia de la salvación. David se convirtió en «el amado de Dios», así como en el poeta y el rey más querido de Israel.

No es fácil subestimar la importancia de David en la historia de la salvación. Hay quien piensa que la figura preeminente del Antiguo Testamento es Moisés; y su *extraordinaria* importancia no se puede poner en duda. No obstante, en el Antiguo Testamento católico Moisés aparece mencionado poco más de ochocientas veces, y cerca del 90% de esas menciones están contenidas en los seis primeros libros: desde el Génesis hasta Josué. En los cuarenta libros restantes del Antiguo Testamento solo se hace referencia a él ocasionalmente.

El nombre de David, por su parte, no aparece ni una sola vez en los siete primeros libros de la Biblia (del Génesis a Josué). Lo escuchamos por primera vez al final del libro de Rut, que recoge la historia de amor de Booz y Rut de Belén, los bisabuelos de David. Después del libro de Rut, no volvemos a oír hablar de él hasta 1 Samuel 16. Pero, a partir de ahí, no hay discusión posible: David aparece mencionado *bastante* más de mil veces en el resto del Antiguo Testamento.

A mis alumnos suelo decirles que los libros desde Génesis hasta Josué son el «canal de Moisés», mientras que los comprendidos entre Rut y el final del Antiguo Testamento son el «canal 24 horas de David». Los libros históricos recogen la historia del reinado de David. Los salmos fueron escritos o inspirados por David. El libro de la Sabiduría tiene su origen en Salomón, hijo de David. Los profetas prometen la llegada de otro reino davídico.

¿DÓNDE RESIDE LA GRANDEZA DE DAVID? (*1 Samuel 16-17; 2 Samuel 5-6*)

Cuando David aparece por primera vez en el escenario bíblico, no hay nada que obligue a pensar que esté destinado a algo grande. En 1 Samuel 16, el gobierno de Saúl se ha convertido en un caos, y la cosa no hace sino empeorar. Enviado por Dios, Samuel se

desplaza a la ciudad de Belén (literalmente, «casa del pan») en busca de un nuevo rey. Allí entra en casa de un tal Jesé, un rico ganadero, y va examinando el potencial de cada uno de sus hijos para convertirse en rey. Ninguno resulta lo suficientemente bueno, hasta que Jesé manda llamar a su octavo hijo, David, el benjamín, que se ha ausentado para cuidar del rebaño. David es rubio y de buena presencia. Entonces Dios le dice a Samuel: «Levántate y úngelo. Él es» (1 S 16, 12). Samuel obedece. El ocho se ha interpretado algunas veces como el número bíblico para un nuevo comienzo[1]. Con la unción de David se alza un nuevo amanecer en la historia de la salvación. Me arriesgaré a usar algunas palabras complicadas para resumir la grandeza de David en tres categorías: *política, litúrgica* y *escatológica*. Por decirlo más llanamente, la grandeza de David reside en lo que hizo por Israel como nación histórica (*política*), en lo que hizo por el culto (*liturgia*) y en lo que simbolizó para el futuro del pueblo de Dios (*escatología*).

Políticamente, David fue un hábil guerrero y un general brillante que unificó las doce tribus de Israel y sentó los cimientos no solo de una gran nación, sino de un imperio israelita que se extendía a las naciones gentiles de su entorno en calidad de estados satélite o súbditos (2 S, 9). Dicho imperio alcanzó su cima con el hijo de David, Salomón, quien en realidad no hizo sino imprimir dinamismo a la obra de su padre (1 R 10)

Uno de los primeros movimientos de David —y de los más estratégicos— fue elegir Jerusalén como capital de Israel (2 S 5). Jerusalén era una ciudad que ninguna tribu de Israel había conquistado ni sometido. En tiempos de David, seguía bajo el control de un pueblo conocido como los jebuseos, los nativos del territorio a quienes los israelitas habían sido incapaces de expulsar.

Jerusalén estaba, además, en el límite entre los israelitas del norte y del sur. Al norte de Jerusalén se extendía el territorio de las diez tribus del norte; y al sur el vasto territorio de la tribu de Judá (que hacía mucho tiempo había absorbido a la tribu de Simeón). Esta era la principal división cultural de Israel: la «línea Mason-Dixon» israelita.

Como Jerusalén nunca había pertenecido a Israel, David no le arrebató a ninguna tribu su territorio para instituir su capital. Es más, su ubicación en la frontera entre el norte y el sur no beneficiaba ni a las tribus del norte ni a las del sur. Desde el punto de vista político, la estrategia de David fue brillante y muy parecida a la decisión de elegir por capital Washington DC u Ottawa (en la frontera entre Ontario y Quebec).

Desde entonces hasta hoy, Jerusalén ha sido históricamente la ciudad más importante de Israel. De hecho, cuesta imaginar el judaísmo, el cristianismo o la propia Biblia sin Jerusalén en el centro. No obstante, conviene recordar que Moisés *nunca mencionó Jerusalén*. En realidad, apenas aparece mencionada en la Biblia antes de que David la convirtiera en su capital en 2 Samuel 5. A partir de aquí, sin embargo, se nombra en unas *ochocientas ocasiones*. Cada vez que oímos «Jerusalén», es inevitable pensar en David. Sin David no habría Jerusalén.

Litúrgicamente, David fue un gran reformador que «vivió lo que predicaba» y dio ejemplo ante su pueblo del lugar prioritario que el culto debía ocupar en sus vidas. Su

segunda decisión como rey —después de hacer de Jerusalén su capital— fue trasladar hasta allí el arca de la alianza (2 S 6), una especie de trono portátil que albergaba la presencia de Dios y confeccionado por Moisés para servir como epicentro del culto del pueblo de Dios. El propósito de ese traslado consistía en facilitarle a él —el rey— el culto a Dios y, al mismo tiempo, situar el culto divino en el centro de la vida de la nación.

Pero David hizo algo más por el culto que trasladar el arca a la capital: por primera vez, incorporó al culto los cantos y la música[2]. Sí: todo el culto mosaico se celebraba en silencio. Los cantos y los himnos a Dios fueron una novedad introducida por David. En el antiguo Israel, al canto sagrado se le llamaba *mizmor*, que en griego se tradujo como *psalmos* (de ahí nuestro sustantivo «salmo» y el libro de los Salmos). David fue el primer autor de salmos. Según la tradición bíblica, la mayoría de los salmos que nos han llegado fueron escritos por David o por los designados por él para cantar en el santuario. Por eso se le recuerda como «el dulce cantor de Israel» (2 S 23, 1). Sus salmos hablan de la intensa relación que mantenía con Dios. La prioridad que David concedió al culto es sin duda una de las razones por las que la Biblia dice de él que era un hombre según el corazón de Dios (1 S 13, 14).

Por último, David fue *signo del que habría de venir*. David anunciaba a Jesucristo. La palabra *cristo* es la traducción al griego del término hebreo *messiah*, que significa «ungido» o (en un sentido más literal) «untado con aceite». Igual que Jesús, David es un «ungido» bañado no solo con aceite, sino con el Espíritu de Dios. Esta «unción» del Espíritu de Dios confirió a David el poder de expulsar demonios (1 S 16, 13-23). Por eso, cuando Jesús, pasados muchos años, expulse demonios, la gente dirá: «¿No será este el Hijo de David?» (Mt 12, 23).

David, como Jesús, fue un *rey sufriente* buena parte de su vida. Pese a haber sido ungido, pasó la mayor parte de su temprana carrera huyendo de su suegro, el rey Saúl, quien lo persiguió sin recato (1 S 18-31). Incluso después de ser nombrado rey, su cargo fue usurpado por su hijo Absalón quien, además de destronarlo, planeaba acabar con él (1 S 15-20). David plasmó sus sufrimientos en los salmos, muchos de los cuales se convirtieron en profecías de los sufrimientos que años después padecería Jesús (ver Salmo 22).

LA ALIANZA DAVÍDICA (*2 Samuel 7*)

Desde otra perspectiva, se podría decir que la importancia de David en la Biblia reside en la alianza tan especial que Dios estableció con él[3]. En 2 Samuel 7 vemos cómo Dios terminó otorgándole esa alianza. David, que acababa de convertirse en el rey de las doce tribus y de hacer de Jerusalén su capital, empezó a lamentar estar viviendo en un lujoso palacio mientras el arca de Dios se hallaba en una simple tienda. Entonces se le ocurrió la idea de construir un magnífico templo para el arca y la comentó con su gran amigo el profeta Natán, quien recibió del Señor esta célebre respuesta:

> Pero esa misma noche la palabra del Señor llegó sobre Natán en estos términos: «Vete y dile a mi siervo David: "Así dice el Señor: '¿Eres tú el que va a edificar una casa para que Yo habite en ella?'... Y ahora así dirás a mi siervo David: "Así dice el Señor de los ejércitos: 'Yo te he tomado del aprisco, de detrás del rebaño para que seas príncipe sobre mi pueblo Israel... he hecho tu nombre grande entre los grandes de la tierra... El Señor te anuncia que Él te edificará una casa. Cuando hayas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje [*simiente* en hebreo] salido de tus entrañas y consolidaré tu reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo; si algo hace mal le castigaré con vara de hombres y con golpes humanos. Pero no apartaré de él mi amor como lo aparté de Saúl a quien alejé de tu presencia; tu casa y tu reino permanecerán para siempre en mi presencia y tu trono será firme también para siempre'"» (2 S 7, 5-16).

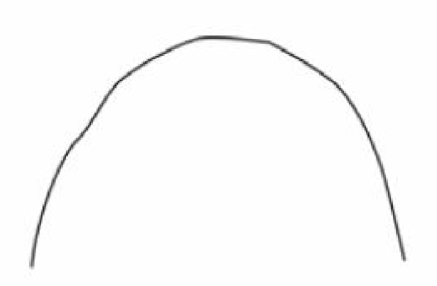
En cierto modo, la respuesta de Dios podría resumirse así: «¿Cómo? ¿Que *tú* me vas a construir *a mí* una casa? ¡No! La casa *te* la construyo *yo* a ti». Aquí se juega con la palabra «casa», que puede significar «templo» (como en la expresión «casa de Dios»), o puede significar también familia real o «dinastía». A la familia real de Inglaterra, por ejemplo, se la conoce como «casa de Windsor», y a la holandesa como «casa de Orange». David quiere construir una «casa» (un templo) para Dios; y Dios, por su parte, promete a David una «casa» (dinastía).

Vamos a fijarnos en las promesas que Dios hace a David en esta alianza. En primer lugar, detengámonos en la promesa de un *gran nombre*: una promesa que no habíamos vuelto a encontrar desde los tiempos de Abrahán, cuando Dios le promete un *gran nombre* en la alianza de la circuncisión (Gn 1). Existe un estrecho vínculo entre la alianza abrahámica y la alianza davídica[4]. La promesa a Abrahán de un *gran nombre* —que apuntaba a la realeza— se cumple ahora en David, su «simiente».

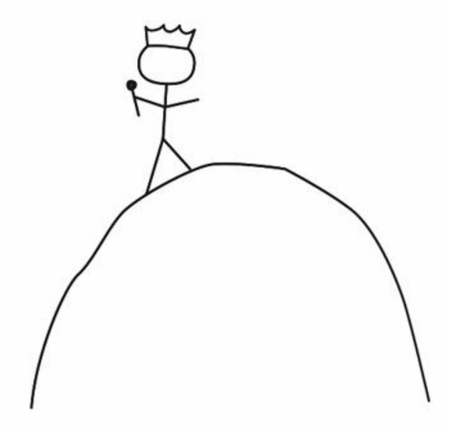
El contenido de la alianza con David concierne en buena medida a la promesa de un hijo y heredero que continuará el reinado de David y construirá un templo para Dios. Ese hijo aparece mencionado como «linaje» de David (literalmente, «simiente»). He aquí otro vínculo con la alianza abrahámica, centrada también en la «simiente» de Abrahán. Ya veremos cómo la «simiente» de Abrahán y la «simiente» de David acabarán siendo una misma Persona (Mt 1, 1).

No menos importante es la promesa de que el hijo de David será hijo de adopción de Dios: «Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 S 7, 14). No hemos vuelto a oír casi nada acerca de la filiación divina desde el libro del Éxodo, cuando Dios se refiere a Israel como «mi primogénito». Pero no da la impresión de que Israel apreciase demasiado esa filiación divina, porque prefirió adorar a un becerro de oro. La filiación que rechazó Israel pasa a David y a sus hijos.

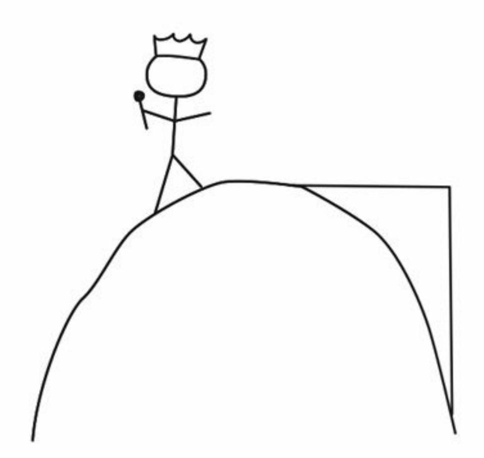
Resumiendo la alianza davídica: Dios le promete a David un hijo que (1) construirá el templo de Dios; (2) será el Hijo de Dios; y (3) reinará sobre Israel para siempre. David recibe esta alianza en el monte Sión, la zona de Jerusalén ocupada por su palacio. Cabe destacar que el monte Sión se parece bastante al Edén, al Moria y al Sinaí:



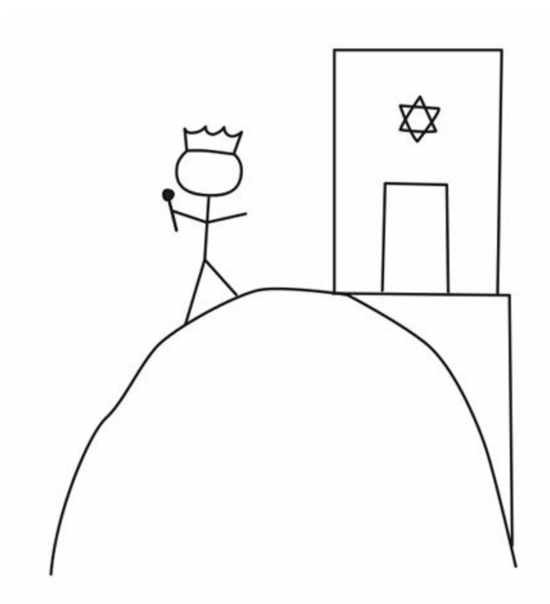
Vamos a dibujar a David en la cima del monte:



Puesto que la alianza davídica está tan vinculada al templo, añadámoslo también. Pero, como es demasiado grande y no cabe en Sión, nos hará falta un terraplén:



El templo no es difícil de dibujar: era un gran edificio rectangular. Y es el templo de David, así que le pondremos encima una estrella (aunque, históricamente, la estrella de David no se utilizó hasta mucho más tarde):



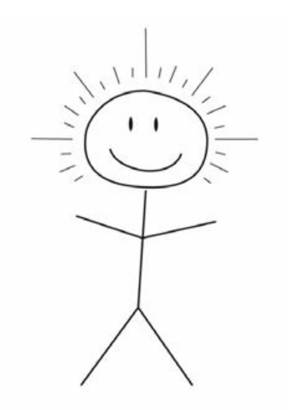
Este será nuestro símbolo gráfico básico de la alianza davídica.

¿QUIÉN ERA EL HEREDERO DE LA ALIANZA DAVÍDICA?

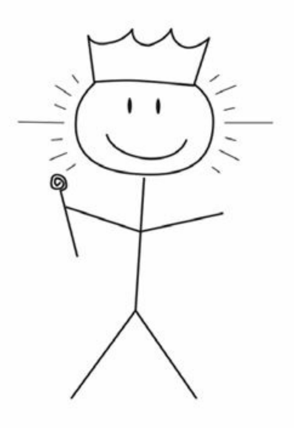
En 2 Samuel 7, Dios le dice a David: «Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres [en otras palabras, cuando mueras], yo estableceré tu *simiente* después de ti, la cual procederá de tus entrañas, y aseguraré su reino». ¿A qué «simiente» o a qué hijo de David se está refiriendo? En un sentido más inmediato, se refiere a Salomón, que sucederá a David y construirá un templo de piedra para Dios en Jerusalén. No obstante, la «simiente» de David se refiere también a cada uno de los «hijos» o descendientes de David que sucederán a Salomón en el trono durante centenares de años. Y, por último, la «simiente» de David apunta también al principal y único Hijo de David que, en sentido literal, no morirá jamás; que reinará desde un trono eterno y construirá para Dios un templo que durará por siempre.

LAS FUNCIONES DE DAVID Y EL ENCAJE DE LA ALIANZA DAVÍDICA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

La alianza davídica prometió que el hijo de David sería el hijo adoptivo de Dios. En el salmo 89 queda patente que la misma promesa se aplica al propio David, a quien Dios considera su hijo: «He hallado a David, mi siervo... Él me invocará: "Tú eres mi Padre, mi Dios, la roca de mi salvación". Yo lo constituiré mi primogénito, el más eximio entre los reyes de la tierra» (Sal 89, 21-28). Estas palabras nos traen a la memoria a Adán y la promesa hecha a Israel. Y con razón. David es como un nuevo Adán y encarna al pueblo de Israel. Vamos a dibujarle el «resplandor filial»:



Naturalmente, David fue nombrado rey de Israel, así que podemos añadir una corona:



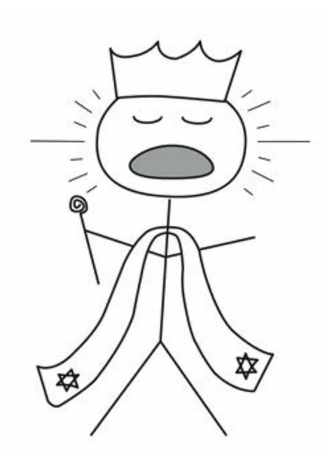
El carácter sacerdotal de David es menos conocido, aunque el salmo 110 se lo atribuye tanto a él como a sus sucesores: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec».

¿Quién era Melquisedec[5]? Una breve investigación revela que se trata de un rey-sacerdote que gobernó Jerusalén en tiempos de Abrahán y que aparece en Génesis 14, 18-20. En esa época Jerusalén se llamaba simplemente «Salem». ¿Cómo se convierte David en sacerdote a semejanza de Melquisedec? Se supone que David pasó a ser heredero y sucesor de Melquisedec al ser investido rey de Jerusalén, la antigua ciudad real de Melquisedec, igual que alguien se convierte en sucesor de Pedro cuando es investido obispo de Roma. Todos los derechos y privilegios de Melquisedec recaen sobre David[6], incluido su papel sacerdotal. Por eso David actúa como sacerdote al vestir el *efod* (la vestidura sacerdotal), ofrecer sacrificios y bendecir al pueblo (2 S 6); y por eso se dice que «los hijos de David eran también sacerdotes» (2 S 8, 18).

David recibió también el don de profecía y era consciente de ello. Él mismo dice: «El espíritu del Señor habla por mí y sus palabras están en mi lengua» (2 S 23, 2). Este don profético formaba parte de la «mochila» que recibió cuando solo era un muchacho junto con el Espíritu Santo. De ahí que muchos salmos de David no sean únicamente cantos de culto, sino profecías[7]. Uno de los más famosos es el salmo 22, que se identifica fácilmente con una profecía de la crucifixión:

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?... Al verme, todos hacen burla de mí, tuercen los labios, mueven la cabeza: «Confió en el Señor: que lo salve Él, que lo libre, si es que lo ama»... Me rodea una jauría de perros, me asedia una banda de malvados. Han taladrado mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos. Ellos miran, me observan, se reparten mis ropas y echan a suertes mi túnica (Sal 22, 1; 7-8; 16-18).

Así que vamos a hacer a David profeta:

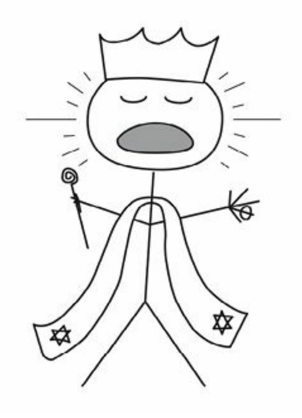


Por último, David era algo así como un esposo para el pueblo de Israel. Un par de pasajes de la Biblia nos proporcionan un indicio de ello. El primero es cuando el pueblo de Israel acude a David para hacerle rey (2 S 5) diciéndole: «*Hueso* tuyo y *carne* tuya somos», lo que nos remite a las palabras de Adán acerca de Eva: «Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Se la llamará mujer» (Gn 2, 23). Luego los ancianos de Israel hacen una *alianza* con David para que sea su rey. Algunos especialistas bíblicos señalan que Génesis 2 (con Adán y Eva) y 2 Samuel 5 (con David e Israel) son las dos únicas ocasiones en toda la Biblia en que las palabras «hueso y carne»[8] se emplean al instituir una alianza. David es como un rey-esposo para su pueblo-esposa Israel.

Esta idea vuelve a aparecer en la vida de David más adelante, cuando su hijo Absalón le arrebata temporalmente el trono y lo expulsa de Jerusalén. Este es el perverso consejo que el malvado general de Absalón dirige al hijo traidor:

Permíteme elegir a doce mil hombres y lanzarnos a perseguir a David esta misma noche... Así heriré solo al rey, y conduciré hacia ti a todo el pueblo, que volverá como retorna una esposa a su marido (2 S 17, 1-3).

Estas palabras demuestran cómo la imagen del esposo y la esposa describía la relación del rey con el pueblo. Así que vamos a colocar la alianza en el dedo de David:

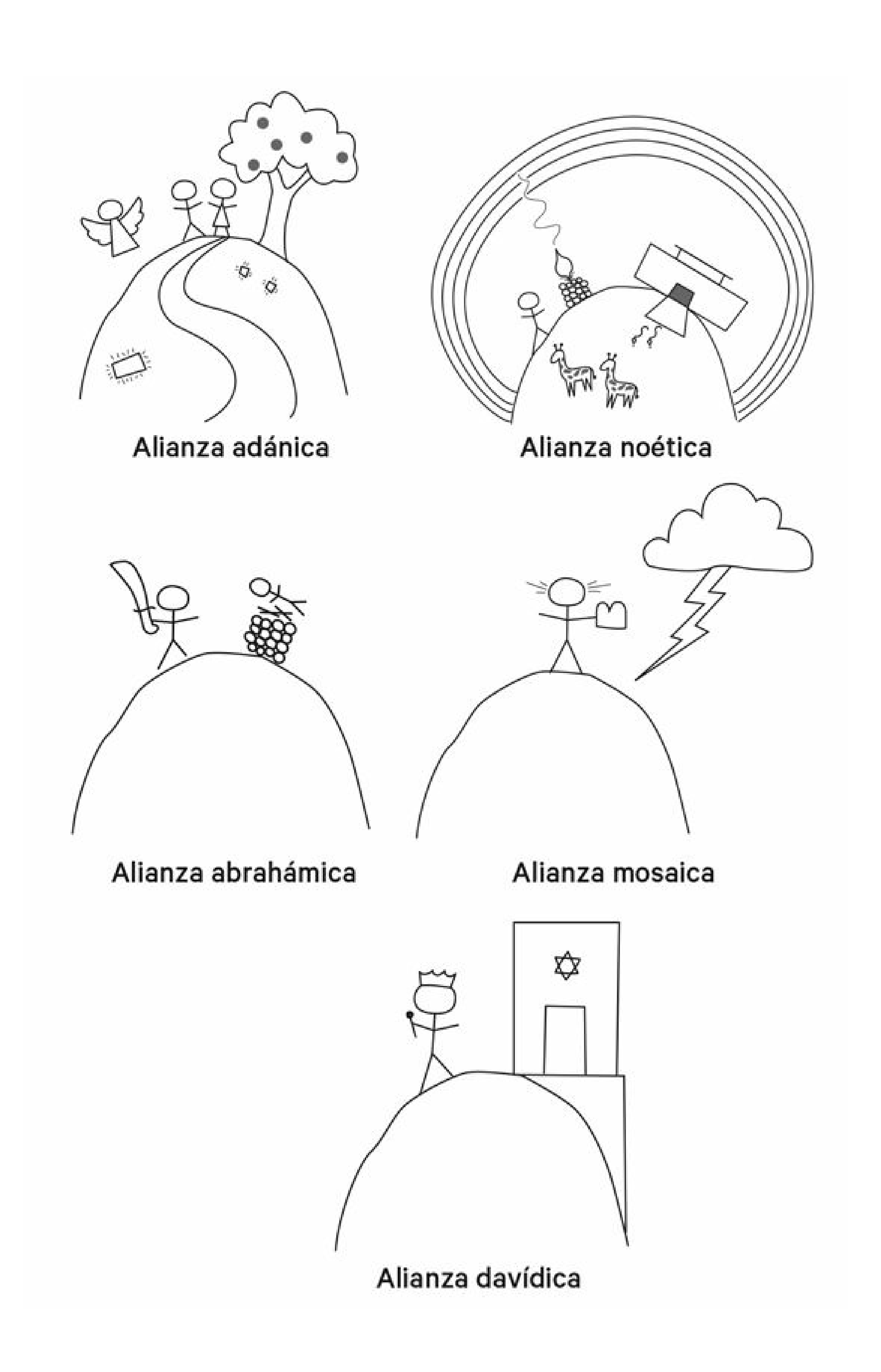


En este momento, David se parece mucho a Adán, lo cual no es mera coincidencia. De hecho, David era como una nueva figura de Adán que marcó un nuevo comienzo para la humanidad. Como Adán, David disfrutaba de la relación filial con Dios y era el rey de buena parte de la creación (cuando no de toda). David es también un tipo o imagen de Jesucristo, a quien san Pablo llama el «último Adán» (1 Co 14, 15).

David se asemeja también a Israel, o a lo que habría sido Israel si hubiera observado cuidadosamente la alianza a través de Moisés. Dios le había dicho al faraón: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Ex 4, 22); y al pueblo de Israel le había prometido: «Vosotros seréis para mí *reino de sacerdotes*» (Ex 19, 6; la cursiva es mía). Pero esos privilegios se rechazaron con el becerro de oro y a lo largo de las nueve rebeliones en el desierto recogidas en el libro de los Números. La forma definitiva de la alianza mosaica —el Deuteronomio— hablaba muy poco de la filiación, el sacerdocio o la realeza de todo Israel. Por eso, lo que la nación en su conjunto no podía reclamar, Dios se lo concede al rey David y a sus sucesores. Aunque el pueblo de Israel no disfrute plenamente de los derechos filiales, el rey sí lo hará; y el resto del pueblo podrá disfrutar al menos del «goteo» de beneficios.

En este sentido, la alianza davídica representa un paso adelante en la historia de la salvación. Adán poseía la filiación divina y la perdió. Se le volvió a ofrecer a Israel e Israel la rechazó. Ahora es el rey de Israel quien la posee. Si el pueblo le obedece, obtendrá al menos las bendiciones indirectas de la filiación. Se trata de un avance positivo hacia el momento en que habrá un Hijo de David perfecto que será también el Hijo de Dios y hará accesible a todos la filiación divina.

Hasta aquí hemos estudiado estas cinco alianzas:


Alianza adánica
Alianza noética
Alianza abrahámica
Alianza mosaica
Alianza davídica

TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. ¿En qué prefigura David a Cristo?
2. ¿Cómo se cumplen parcialmente en la alianza davídica las tres promesas hechas a Abrahán?
3. Explica el salmo 110 —«tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec»— aplicado a David.
4. Además de rey y sacerdote ¿por qué David es también profeta?

Temas de debate

1. A ojos de Jesé, los escasos años de su hijo David y el hecho de que fuera un simple pastor lo descartaba como favorito para ocupar el trono. Sin embargo, David fue elegido por Dios. Piensa si alguna vez, después de juzgar a alguien basándote únicamente en su apariencia, te has llevado la grata sorpresa de descubrir que estabas equivocado.
2. Siempre se lee algún salmo en la liturgia, y algunos de ellos contienen las oraciones más íntimas pronunciadas por el rey David. ¿Tienes algún salmo de alabanza favorito? ¿O de contrición? ¿O de acción de gracias?

[1] El octavo día es también el primero de la nueva semana que empieza, lo que representa el comienzo de un nuevo ciclo. En posteriores tradiciones místicas judías el ocho se consideraba el número de un nuevo comienzo y el de la trascendencia, pero no podemos estar seguros de que poseyera ese significado para todos los autores bíblicos.

[2] Siguiendo al gran pensador israelí Yehezkel Kaufmann, muchos especialistas creen que la liturgia mosaica se celebraba en silencio. Véase Israel Knohl. *The Sanctuary of Silence: The Priestly Torah and the Holiness School* (Minneapolis, MN: Fortress Press, 1994). El libro de Knohl no trata específicamente de la práctica de la liturgia mosaica, pero toma su título de la idea de que el antiguo culto israelita se llevaba a cabo en silencio. La incorporación de la música a la liturgia por parte de David está recogida en 1 Crónicas 15-16.

[3] Para un análisis exhaustivo, véase Hahn. *Kinship by Covenant*, 176-213.

[4] Véase Hahn. *Kinship by Covenant,* 117-23.

[5] Sobre la relación entre Salem y Jerusalén, véase Salmo 76, 2; Josefo. *Antigüedades de los judíos* 1:180; y John D. Levenson. *The Death and Resurrection of the Beloved Son* (New Haven, CT: Yale University Press,

1995), 121. Para un análisis acerca de Melquisedec, véase Hahn. *Kinship by Covenant*, 189-93; 299.

[6] H-J Kraus. *The Theology of the Psalms* (Minneapolis, MN: Augsburg 1986) 115: «El rey davídico asumió las antiguas funciones de la ciudad-estado real de los jebuseos, cuyo fundador fue Melquisedec».

[7] Ver, por ejemplo, Hch 2, 29-31; y el *Rollo de los grandes salmos* de los Rollos del Mar Muerto que concluye con esta afirmación sumaria: «Todos ellos los compuso [David] por el espíritu de profecía que le había sido dado ante el Altísimo» (Col. XXVII, Composiciones de David, 2 S 23, 7. Véase Florentino García Martínez. *Textos de Qumrán*. Madrid, Ed. Trotta, 1992), 347.

[8] Sobre estas palabras, véase Walter Brueggemann. «Of the Same Flesh and Bone». *Catholic Biblical Quarterly* 32 (1970): 532-42. Brueggemann defiende que estas palabras clave de 2 Samuel 5, 1 «son claramente una *fórmula de alianza*, un juramento de lealtad eterna, una fórmula que expresa la solidaridad comunitaria a través de la alianza antes que un parentesco de sangre por nacimiento» (535; la cursiva es mía).

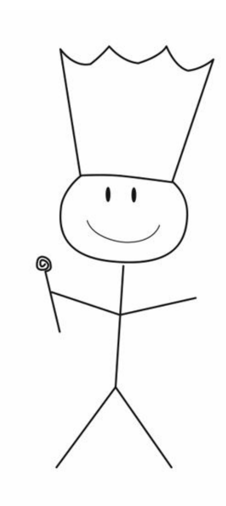
6.
NOCHE DE TORMENTA, MAÑANA SOLEADA: LA NUEVA ALIANZA EN LOS PROFETAS

Lecturas recomendadas: 1 Reyes 3-8

AUGE Y DECADENCIA DE LA ALIANZA DAVÍDICA

El clímax de la alianza y el reino davídicos no coincidió con David, sino con su célebre hijo Salomón.

Este es Salomón:

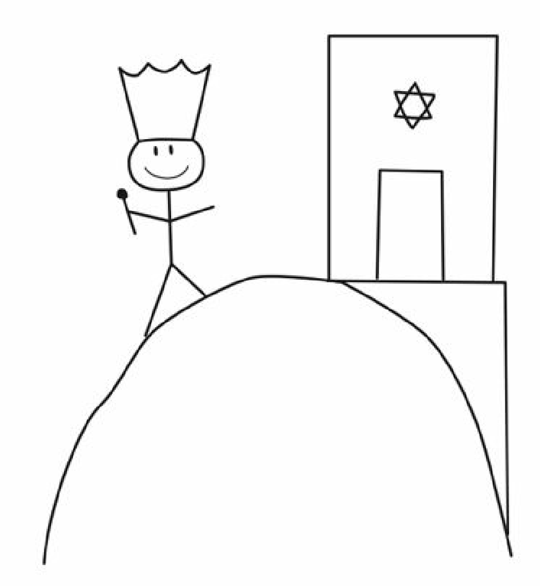


Yo siempre lo dibujo con una corona enorme: no con intención de ridiculizarlo, sino por hacer un chiste. Le pongo a Salomón esa corona tan chistosa porque fue fabulosamente rico y también para distinguirlo de David, ya que su acusado aire de familia nos impediría diferenciarlos.

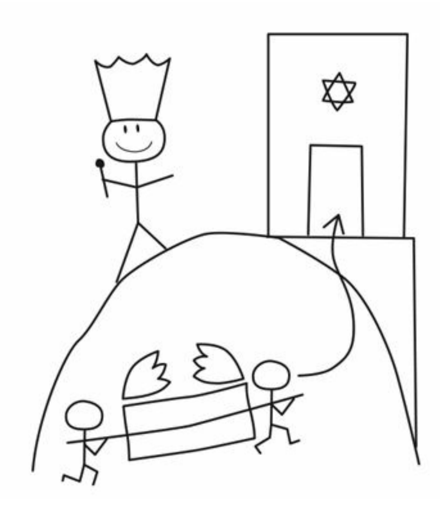
A Salomón se le recuerda como el hombre más sabio que haya existido jamás. Según el conocido relato de 1 Reyes 3, aún era muy joven cuando murió su padre, David, y el reino pasó a él. Entonces Dios se le apareció y se ofreció a concederle todo lo que le pidiera. Salomón no pidió poder, ni dinero, ni años de vida, sino sabiduría para ser un buen gobernante, cosa que agradó tanto a Dios que, además de la sabiduría, le concedió la riqueza y el poder que no había pedido.

Por eso Salomón es fuente e inspiración de los «libros sapienciales» de la Biblia: Proverbios, Eclesiastés, Sabiduría, Cantar de los cantares y Sirácida. No es que los escribiera él, naturalmente, pero sí dio pie a la tradición.

La alianza de Dios con David prometía que su hijo construiría la «casa de Dios» o templo, y Salomón hizo realidad esa promesa divina. De hecho, todo el Antiguo Testamento alcanza su punto culminante en 1 Reyes 8, cuando Salomón concluye y dedica al Señor su espléndido templo:



En el transcurso de la ceremonia de dedicación, los sacerdotes y levitas trasladan al interior del templo el arca de la alianza y todos los vasos y objetos sagrados del Tabernáculo de Moisés. Se trata de un símbolo de la transición: de ahora en adelante, el templo reemplazará al Tabernáculo construido en el desierto.



Vamos a detenernos un momento para hacer algunas reflexiones sobre el templo y mostrar cómo se convirtió en símbolo y resumen de todas las alianzas y de toda la historia de la salvación. El interior se decoró con imágenes y tallas de flores y animales, y con profusión de oro y de joyas tanto en el edificio como en los ornamentos. Las flores, los animales, el oro y las joyas remitían al Edén y a la alianza adánica[1]. De

hecho, la corriente que brotaba de la ladera del monte del templo recibió el nombre de «Guijón» en recuerdo de uno de los ríos que nacía en el Edén (Gn 2, 13; 1 R 1, 33).

El templo era también una especie de «nueva arca». El arca de Noé fue un «Edén flotante» y los especialistas han destacado algunas semejanzas intencionadas en el diseño de construcción del arca y el templo[2]. Si el templo, por poner un ejemplo, constaba de tres pisos, el arca tenía tres cubiertas (Gn 6, 16; 1 R 6, 36).

También es muy significativo el lugar exacto sobre el que se edificó, en la imponente formación rocosa llamada «Moria» o «monte Moria» (2 Cr 3, 1) donde muchos años antes Abrahán se dispuso a ofrecer a Dios a Isaac en sacrificio. De hecho, ya hemos mencionado antes que la tradición judía posterior sostiene[3] que los sacrificios de animales ofrecidos en el templo solo agradaban a Dios porque le recordaban la ofrenda que hizo Isaac de sí mismo en ese lugar mucho tiempo atrás. El templo, por lo tanto, guarda una estrecha relación con la alianza abrahámica.

El templo era además el sustituto del Tabernáculo de la alianza mosaica, algo simbolizado de un modo muy concreto por el traslado del arca al interior del templo. Ese acto simbolizaba también la relación entre las dos alianzas. El arca construida por Moisés se traslada al interior del templo construido por Salomón. En cierto modo, eso significa que la alianza mosaica queda absorbida (o *asimilada*) por la davídica. A partir de ahora, el hijo de David, el heredero de la alianza de David, será el responsable de garantizar que Israel se ciña a la alianza mosaica[4].

Y, por supuesto, el templo forma parte de los términos de la alianza davídica. El hecho de que esté concluido y de que Salomón esté allí para orar y dedicárselo a Dios (1 R 8) es una prueba visible de la fidelidad divina a las promesas que David recibió de Él (2 S 7, 12-13).

Nunca insistiremos bastante en la importancia que tenía el templo para el culto de los israelitas de la Antigüedad. El templo era un recuerdo permanente de las alianzas con Adán, Noé, Abrahán, Moisés y David. Era la suma de toda la historia de la salvación y representaba todos los vínculos de Dios con su pueblo. No había nada por encima del templo excepto Dios mismo. Muchos años después, Jesús se refiere así a su propia presencia: «Aquí está el que es mayor que el Templo» (Mt 12, 6). Cuando entendemos la importancia que tenía el templo, nos damos cuenta de que Jesús está afirmando que Él es Dios.

¿Qué ocurrió después de Salomón?

El capítulo 8 del primer libro de los Reyes, que recoge la conclusión y la dedicación del templo de Salomón, coincide con el apogeo del Antiguo Testamento. A partir de ahí todo va cuesta abajo. Lamentablemente, el declive se inicia ya durante el reinado de Salomón. Hacia el final de su vida, sus esposas extranjeras le convencieron de que construyera santuarios a sus dioses paganos; y Salomón dejó de ser tan devoto del Señor como lo era antes (1 R 11). Al mismo tiempo, empezó a gravar al pueblo con impuestos abusivos (1 R 12, 4).

Una vez concluido el reinado de Salomón, y después de que su hijo Roboam se negara a recortar los impuestos, las diez tribus israelitas del norte se separaron de la casa de David. Eligieron a otro rey que no era de su linaje y retomaron el culto a los becerros de oro[5], como había hecho Israel en el desierto.

Las tribus del sur, las de Judá y Benjamín, siguieron siendo fieles al hijo de David y al templo. A las diez tribus del norte se las conocía como la «casa de Israel» y a las dos tribus del sur como la «casa de Judá» (Jr 31, 31). No obstante, los dos reinos israelitas eran demasiado frágiles para sobrevivir separados cada uno por su lado. Ambos iniciaron un largo periodo de declive. Pasados unos doscientos años, el reino del norte fue completamente arrasado por los asirios, un poderoso imperio extranjero que en esa época controlaba la mayor parte de Oriente Medio (2 R 17). Una mayoría de población israelita (las diez tribus del norte) acabó en el exilio, diseminada por distintos lugares del mundo conocido, y nunca se volvió a oír hablar de ella.

El reino del sur, el de Judá, resistió unos 150 años más antes de que los babilonios lo barriera del mapa en el 587 a. C. y se llevara presos a la mayoría de los judíos a Babilonia (2 R 25).

Profecías y pronósticos

¿Y qué hizo Dios con su pueblo a lo largo de esos centenares de años en los que ambos reinos israelitas fueron perdiendo poder? Les envió profetas.

En la Biblia hay un montón de profetas. Por lo general, solemos fijarnos en los cuatro profetas mayores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel) y en los doce profetas menores (desde Oseas hasta Malaquías). Las profecías de la mayoría de ellos coincidieron con una clara decadencia de los reinos, aunque unos cuantos profetas ejercieron su ministerio en el exilio (Ezequiel y Daniel) y algunos transmitieron la palabra de Dios a los judíos que sobrevivieron al exilio y regresaron a Jerusalén (Ageo, Zacarías y Malaquías).

Nosotros nos vamos a centrar en los grandes profetas de la tradición judía: Isaías, Jeremías y Ezequiel. Los tres, cada uno a su manera, son hombres del tiempo que, a corto plazo, solo prevén tormentas y brumas, pero cuyo «pronóstico a largo plazo» augura días soleados y temperaturas agradables. El «tiempo tormentoso» previsto a corto plazo se deriva de las maldiciones de la alianza mosaica que padece el pueblo por haber quebrantado sus compromisos de alianza (v. Dt. 28, 15-68). Cuando en el futuro lleguen «días soleados» —en los que «brillará» el Sol que nace de lo alto—, Dios les ofrecerá una Nueva Alianza: una alianza exenta de las maldiciones mosaicas; una alianza que presenciará el regreso del Hijo de David para restaurar el reino davídico.

La Nueva Alianza en Isaías (*Isaías 9, 1-7; 11, 1-6)*

El libro profético más extenso y valorado de todos, el de Isaías, suele recibir el nombre de «quinto evangelio» dada la abundancia de profecías relativas al Mesías y la frecuencia con que aparece citado en el Nuevo Testamento.

Las profecías de Isaías, fechadas aproximadamente entre los años 740 y 700 a. C., contienen su buena dosis de críticas contra el reino del sur, el de Judá, por no haber sido fiel a su alianza con Dios. Isaías se lanza a hablar sin tapujos nada más empezar el libro:

> ¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de culpa, raza de malvados, hijos perversos! Han abandonado al Señor, han despreciado al Santo de Israel, le han dado la espalda (Is 1, 4).

El profeta abunda por extenso en este tema. Pero no me quiero centrar en sus palabras negativas, sino en su esperanza de futuro. Todas las esperanzas de Israel giran en torno al regreso de un Hijo de David verdaderamente justo que reinará sobre el pueblo de Dios. Esto dice, por ejemplo, Isaías 9:

> Pero no habrá más tinieblas donde había angustia. Así como en el tiempo primero menospreció la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, en el tiempo postrero honrará el camino del Mar, al otro lado del Jordán, la Galilea de los gentiles. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en tierra de sombras de muerte, les ha brillado una luz... Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Sobre sus hombros está el imperio, y lleva por nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz. El imperio será engrandecido, y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para sostenerlo y consolidarlo con el derecho y la justicia, desde ahora y para siempre (Is 8, 23; 9, 1-2 y 6-7).

Lo que está diciendo Isaías es que el pueblo del norte de Israel —las tribus de Zabulón y Neftalí, las más perjudicadas por las invasiones que acabaron con los dos reinos— será el primero en contemplar el nacimiento de un nuevo gobernante, un Hijo de David virtualmente divino («Dios fuerte, Padre sempiterno»). Pasada la tormenta, llegará el día en que disfrutarán de la «luz» del Hijo, del heredero de David.

Unos cuantos capítulos después, Isaías vuelve a mencionar a ese gran rey que desciende del linaje de David:

> Saldrá un vástago de la cepa de Jesé, y de sus raíces florecerá un retoño. Sobre él reposará el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor. Y lo inspirará con el temor del Señor. No juzgará según las apariencias, ni decidirá según los rumores; sino que juzgará con justicia a los desvalidos, y decidirá con rectitud a favor de los pobres de la tierra. Golpeará al país con la vara de su boca, y matará al impío con el soplo de sus labios. La justicia será el ceñidor de su cintura, y la fe, el cinturón de sus caderas (Is 11, 1-5).

¿Qué significa esto? La «cepa de Jesé» es lo que queda de la familia real, la familia de David. Jesé era el padre de David. El «retoño» que florece de ella es un nuevo Hijo y rey. Está ungido con el Espíritu del Señor, de quien recibe toda clase de sabiduría; cosa que nos remite a David, ungido con el espíritu de Dios; y que nos remite también a Salomón, quien poseía toda clase de sabiduría. Por lo tanto, este nuevo Hijo y rey será igual o mayor que David y Salomón (Mt 12, 42). Su gobierno se ocupará de un modo especial de los pobres y los humildes.

Más adelante, en el libro de Isaías el Señor se dirige a ese rey Hijo de David que está por venir:

> Yo, el Señor, te he llamado en justicia, te he tomado de la mano, te he guardado y te he destinado para alianza del pueblo, para luz de las naciones (Is 42, 6).

Las palabras de Isaías son llamativas, porque una persona no puede ser una alianza: puede *establecer* una alianza con otra, pero no puede *ser* una alianza.

El hecho es que Isaías recoge lo que Dios le dice a su Siervo, que probablemente es el Hijo de David: «Te he destinado *para alianza* del pueblo» (la cursiva es mía). Se puede decir, por lo tanto, que Isaías prevé un futuro en el que existirá una Nueva Alianza; una Nueva Alianza que, de algún modo, será un Siervo de Dios: la misma persona que el Hijo de David mencionado en Isaías 9 y 11[6].

Vamos a detenernos en otro pasaje de Isaías: un pasaje asombroso que describe cómo será esa alianza y quién formará parte de ella:

> ¡Todos los sedientos, venid a las aguas! Y los que no tengáis dinero, ¡venid! Comprad y comed. Comprad, sin dinero y sin nada a cambio, vino y leche. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestros salarios en lo que no sacia? Escuchadme con atención y comeréis cosa buena, y os deleitaréis con manjares sustanciosos. Prestad oído y venid a Mí. Escuchad y vivirá vuestra alma. Sellaré con vosotros una alianza eterna, las misericordias fieles prometidas a David (Is 55, 1-3).

En estos versículos es Dios quien habla. Se dirige a los pobres, a los sedientos y a los hambrientos, a los que no tienen dinero, y los invita a una comida; en realidad, a un banquete en el que comerán «cosa buena» y se deleitarán «con manjares sustanciosos». ¡Aquí no hay Natur House ni recuento de calorías que valga! Si los pobres acuden a él y comen, les promete una alianza: «Sellaré con vosotros una *alianza* eterna, *las misericordias fieles* prometidas a David».

La palabra hebrea que significa «alianza» es *berit*. Y lo que aquí se expresa con dos palabras («misericordias fieles») en hebreo se expresa con una sola: *hesed*. En castellano necesitamos dos palabras para traducir *hesed* porque nuestro idioma no dispone de una palabra equivalente. *Hesed* posee un significado muy concreto: se refiere a la *alianza de amor*[7], la clase de amor que quienes intervienen una alianza deben profesarse mutuamente. Significa *amor, fidelidad, lealtad* y *fiabilidad*: todo junto.

La «*berit* eterna» que Dios ofrece a los pobres equivale a «mi *hesed* a David» o a «mi alianza de amor a David». En otras palabras: la alianza eterna será realmente la *alianza davídica*, pero esta vez abierta a todo el que se reconozca pobre y necesitado de Dios. Cualquier pobre, cualquier hambriento, cualquier sediento que vaya y coma lo que Dios le ofrece, formará parte de la alianza davídica. ¡Vaya, vaya!, creo que ya sé por dónde van los tiros...

La Nueva Alianza en Jeremías (*Jeremías 30-33*)

A Jeremías (c. 645-585 a. C.) lo ha hecho famoso su mal humor casi permanente por culpa de lo mal que va el mundo. Una fama que no es del todo justa: al fin y al cabo, se limita a anunciar y profetizar lo que Dios le dice. El caso es que la mayor parte de su libro se centra en los errores del pueblo de Israel y de Judá, y en las consecuencias de su decisión de apartarse del Señor e idolatrar a los dioses paganos:

¡Asombraos, cielos, de esto, espantaos, estremeceos al máximo! —oráculo del Señor—, que mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se

cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua (Jr 2, 12-13).

> «Lo mismo que traiciona una mujer a su amante, así me habéis traicionado, casa de Israel» —oráculo del Señor — (Jr 3, 20).

«Pues me traicionó por completo la casa de Israel y la casa de Judá» —oráculo del Señor —. Renegaron del Señor diciendo: «Él no existe, no nos vendrá ningún mal, no vamos a ver espada ni hambre» (Jr 5, 11-12).

Por haber obrado así, el Señor dejará de protegerlos de sus enemigos. Quedarán librados a su suerte frente a los babilonios, que invadirán su territorio:

> Haré venir contra vosotros una nación lejana, ¡oh casa de Israel! —oráculo del Señor—... Su aljaba es como una tumba abierta, todos ellos son aguerridos. Se comerá tu cosecha y tu pan... Arrasará con su espada las ciudades fortificadas en que confías (Jr 5, 15-17).

Esta es la tónica de la mayor parte del libro.

No obstante, hay cuatro capítulos (del 30 al 33) en los que Jeremías sí está de buen humor. Los especialistas denominan a estos cuatro capítulos «el libro de la Consolación», porque en ellos el profeta brinda alguna esperanza al pueblo de Judá.

Vamos a fijarnos en algunas de las cosas que se dicen justo en la mitad del libro, donde Jeremías hace la profecía más célebre de toda su carrera:

> Mirad que vienen días —oráculo del Señor— en que pactaré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá. No será como la alianza que pacté con sus padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos rompieron mi alianza, aunque Yo fuera su señor —oráculo del Señor—. Sino que esta será la alianza que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días —oráculo del Señor—: pondré mi Ley en su pecho y la escribiré en su corazón, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que enseñar el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: «Conoced al Señor», pues todos ellos me conocerán, desde el menor al mayor —oráculo del Señor—, porque habré perdonado su culpa y no me acordaré más de su pecado (Jr 31, 31-34).

Esta es la única ocasión en que el Antiguo Testamento emplea literalmente los términos «Nueva Alianza». Cuando Jesús dice: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre» (Lc 22, 20), está estableciendo un vínculo directo con la profecía de Jeremías (Jr 31, 31). Son palabras que se repiten en todas las misas. Y, si cada misa es el cumplimiento de lo que prometió Jeremías, vale la pena pararse un momento para intentar entender qué era lo que estaba prometiendo.

Jeremías distingue esta «Nueva Alianza» de «la alianza que pacté... el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto»: se trata, evidentemente, de la alianza mosaica. La Nueva Alianza no será como la mosaica, porque el pueblo de Israel la quebrantó: no solo con el becerro de oro, sino en otras nueve ocasiones en el desierto. Como hemos visto, la alianza mosaica tuvo que ser restaurada al menos dos veces (el «segundo Sinaí» y el Deuteronomio) y, al final, resultó ser un «remiendo» que incluía unas cuantas leyes imperfectas debidas a la dureza de corazón del pueblo, incapaz de nada mejor.

Jeremías dice que, en el futuro, Dios romperá definitivamente la antigua y remendada alianza mosaica y empezará de cero: la «Nueva Alianza». ¿En qué se diferenciará esta «Nueva Alianza» de la antigua?

La antigua alianza quedó escrita en tablas de piedra: primero por Dios y luego (después del becerro) por Moisés. La Nueva Alianza, sin embargo, «la escribiré en su corazón». Sea lo que sea, la Nueva Alianza afectará internamente, y no en lo externo. Significará un cambio interior para el pueblo que forme parte de ella. Ese cambio interior traerá consigo el conocimiento de Dios —«todos ellos me conocerán»— y el perdón del pecado individual.

En otro pasaje del libro de la Consolación, Jeremías deja claro que algún día la alianza con David quedará restaurada:

> Mirad que vienen días —oráculo del Señor—, en que cumpliré la buena promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo suscitaré a David un brote justo, que ejerza el derecho y la justicia en la tierra (Jr 33, 14-15).

> La palabra del Señor se dirigió a Jeremías diciendo: «Esto dice el Señor: "Si fuerais capaces de romper mi alianza con el día y con la noche, de modo que no hubiera día ni noche a su debido tiempo, entonces podría ser rota mi alianza con David, mi siervo, de que tendrá un hijo que reine en su trono"» (Jr 33, 19-21).

Aquí vemos cuál es la diferencia. La «Nueva Alianza» no será como la mosaica, que quedó quebrantada; la alianza davídica, por el contrario, es tan inquebrantable como los ciclos de la naturaleza. De donde se deduce que, de algún modo, la Nueva Alianza implicará una restauración de la alianza davídica.

LA NUEVA ALIANZA EN EZEQUIEL (*Ezequiel 34, 36, 37*)

Ezequiel, el último de los tres grandes profetas de la tradición judía, me recuerda a veces a uno de esos provocadores locutores de radio cuyos comentarios traspasan los límites de lo que uno se puede permitir en las ondas radiofónicas. Su simbología visual es impactante y excéntrica (Ez 1, 10), y algunos capítulos de su libro no son aptos para menores de dieciocho años (Ez 16, 23). Por estas y otras razones, a los rabinos les costó incluirlo en la Biblia judía[8] y, cuando lo hicieron, impusieron restricciones a según qué lectores.

Las profecías de Ezequiel están fechadas en torno a 590-570 a. C., aproximadamente en la misma época que las de Jeremías, aunque Ezequiel era algo más joven que su colega. Jeremías tiene fama de ser el profeta de las lamentaciones, pero la mayoría del libro de Ezequiel no es mucho más optimista:

> Esto dice el Señor Dios: «Esta es Jerusalén. La he puesto en el centro de las naciones, y la he rodeado de países. Pero se ha rebelado contra mis normas, haciéndose más perversa que las naciones, y contra mis preceptos más que los países que están a su alrededor. Han rechazado mis normas y no han caminado según mis preceptos». Por eso, esto dice el Señor Dios: «... ahora seré Yo quien dicte sentencia en medio de ti, ante los ojos de las naciones... Así se colmará mi ira, saciaré mi furor contra ellos y me habré vengado. Una vez colmado mi furor contra ellos, sabrán que Yo, el Señor, he hablado con celo» (Ez 5, 5-7; 5, 13).

No obstante, también en Ezequiel, al igual que en Jeremías, hay una especie de «libro de la Consolación». Los capítulos 34-37 tratan de lo bueno que está por llegar una vez que Israel y Judá sean juzgados por haber roto la antigua alianza. Es más: el libro de

Ezequiel concluye con nueve capítulos que describen lo que serán el nuevo Templo y la nueva Jerusalén en el futuro, cuando Dios cambie la suerte de su pueblo (Ez 40-48).

Ciñéndonos a nuestro propósito, vamos a detenernos en Ezequiel 34-37 para mostrar cómo las profecías acerca de la «Nueva Alianza» se parecen mucho a las de Jeremías.

En Ezequiel 34 el profeta compara a Israel con un rebaño de ovejas. Dios promete proteger en el futuro a su rebaño de sus enemigos:

> Voy a salvar a mi rebaño y nunca más será objeto de pillaje. Voy a juzgar entre oveja y oveja. Pondré sobre ellas un pastor que las apacentará, mi siervo David. Él las apacentará, será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios y mi siervo David será príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado (Ez 34, 22-24).

Como Jeremías, Ezequiel profetiza que, en el futuro, «David» —entiéndase el rey davídico, un descendiente de David— será restituido como rey de Israel, lo que significa una restauración de la alianza davídica.

Así continúa la profecía de Ezequiel:

> Estableceré con ellos una *alianza de paz* y eliminaré de la tierra las bestias nocivas, para que puedan habitar seguros en el desierto, y dormir en los bosques. Los convertiré en una bendición, a ellos y a los alrededores de mi montaña. Haré que caiga la lluvia en su tiempo, serán lluvias de bendición (Ez 34, 25-26; la cursiva es mía).

A lo que Jeremías llama la «Nueva Alianza» Ezequiel lo denomina «alianza de paz». La expresión «alianza de paz» (*shalom*) nos trae a la memoria la alianza pacífica que existía en el Edén entre Dios, el hombre y la creación. Son versículos en los que descubrimos la simbología del Edén. En esta nueva «alianza de paz» ya no habrá bestias peligrosas y se podrá dormir en los bosques. Caerán mansas lluvias que harán fértil el campo. En resumen: todo será como en el Edén.

En el capítulo 36 Ezequiel sigue describiendo la situación de tiempos venideros:

> Voy a tomaros de entre las naciones, voy a reuniros de entre los pueblos y os haré entrar en vuestra tierra. Rociaré sobre vosotros agua pura y quedaréis purificados de todas vuestras impurezas. Os daré un corazón nuevo y pondré en vuestro interior un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré mi espíritu en vuestro interior y haré que caminéis según mis preceptos, y guardaréis y cumpliréis mis normas (Ez 36, 24-27).

Estas palabras tienen mucho en común con la descripción de Jeremías de la «Nueva Alianza». Jeremías se refiere a la Nueva Alianza que Dios escribe en el corazón; Ezequiel emplea una imagen similar al decir que Dios dará a Israel «un corazón nuevo y un espíritu nuevo» para que sea capaz de cumplir la ley de Dios. El don de un «Espíritu nuevo» seguirá al «agua pura» rociada sobre el pueblo que lo purificará de sus pecados.

Si avanzamos hasta el capítulo siguiente, nos encontramos con que la resurrección también formará parte de la situación de tiempos venideros[9]:

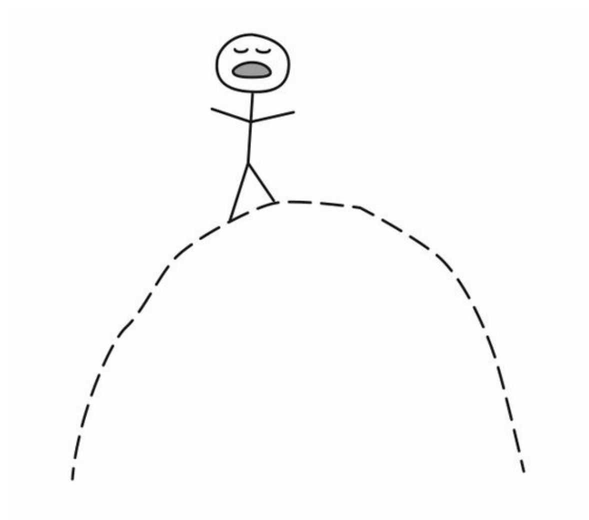
Por eso, profetiza y diles: «Esto dice el Señor Dios: «¡Pueblo mío! Voy a abrir vuestros sepulcros, os haré salir de vuestros sepulcros y os haré entrar en la tierra de Israel. Y sabréis que Yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros y os haga salir de vuestros sepulcros, ¡pueblo mío! Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis»» (Ez 37, 12-14).

He aquí, una vez más, la promesa del Espíritu infundido por Dios a su pueblo. Por último, Ezequiel resume la situación de la «alianza de paz»:

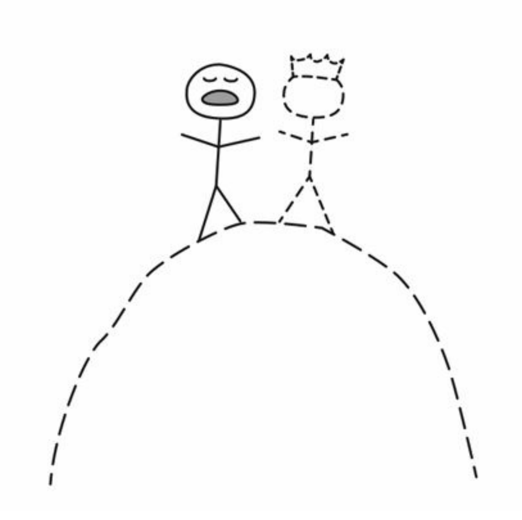
Mi siervo David será rey sobre ellos y todos ellos tendrán un solo pastor. Caminarán según mis normas, guardarán mis preceptos y los cumplirán... Estableceré con ellos una *alianza de paz*, será una *alianza para siempre*. Los estableceré, los multiplicaré y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Habitaré entre ellos para siempre. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Ez 37, 24-27; la cursiva es mía).

De nuevo aparece la promesa del regreso del rey davídico, lo que implica que la alianza de David será restaurada. A continuación, Ezequiel añade a la alianza de paz la expresión de «alianza para siempre». En misa la Iglesia combina las palabras de Jeremías, «Nueva Alianza», con las de Ezequiel cuando dice: «alianza nueva y eterna» (o lo que viene a ser lo mismo: «alianza para siempre»). Además, Ezequiel menciona algo muy significativo respecto a esta alianza nueva y eterna, en la que Dios instalará un santuario en medio de su pueblo —es decir, un nuevo templo que sustituya al templo destruido por los babilonios—. Esta promesa de un templo nuevo está contenida también en Isaías y en Jeremías, aunque no tenemos tiempo de detenernos en estas profecías. Para Ezequiel, que era sacerdote y pasaba mucho tiempo en el antiguo templo, este nuevo templo reviste mucha importancia. De hecho, como ya he mencionado antes, los últimos nueve capítulos de su libro lo describen exhaustivamente.

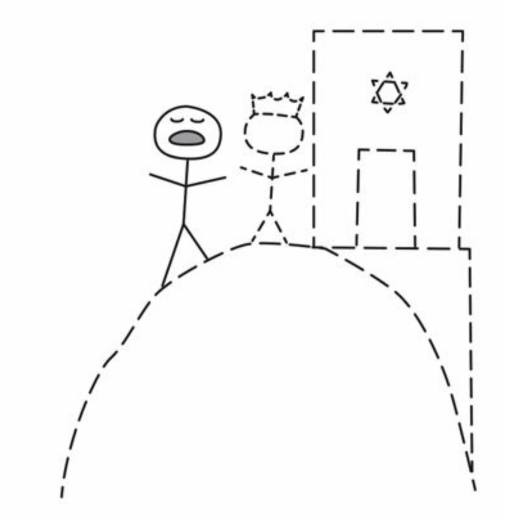
En resumen: los grandes profetas reprocharon al pueblo haber roto la Antigua Alianza, al tiempo que lo confortaron con la promesa de una Nueva. Una Nueva Alianza que se establecería en un nuevo o renovado Monte Sión. Así que vamos a dibujar a nuestro profeta en la cima del nuevo Sión trazado con líneas discontinuas, ya que constituye una realidad futura. El «nuevo Sión» o la «nueva Jerusalén» es algo que se espera, pero que aún no ha llegado:



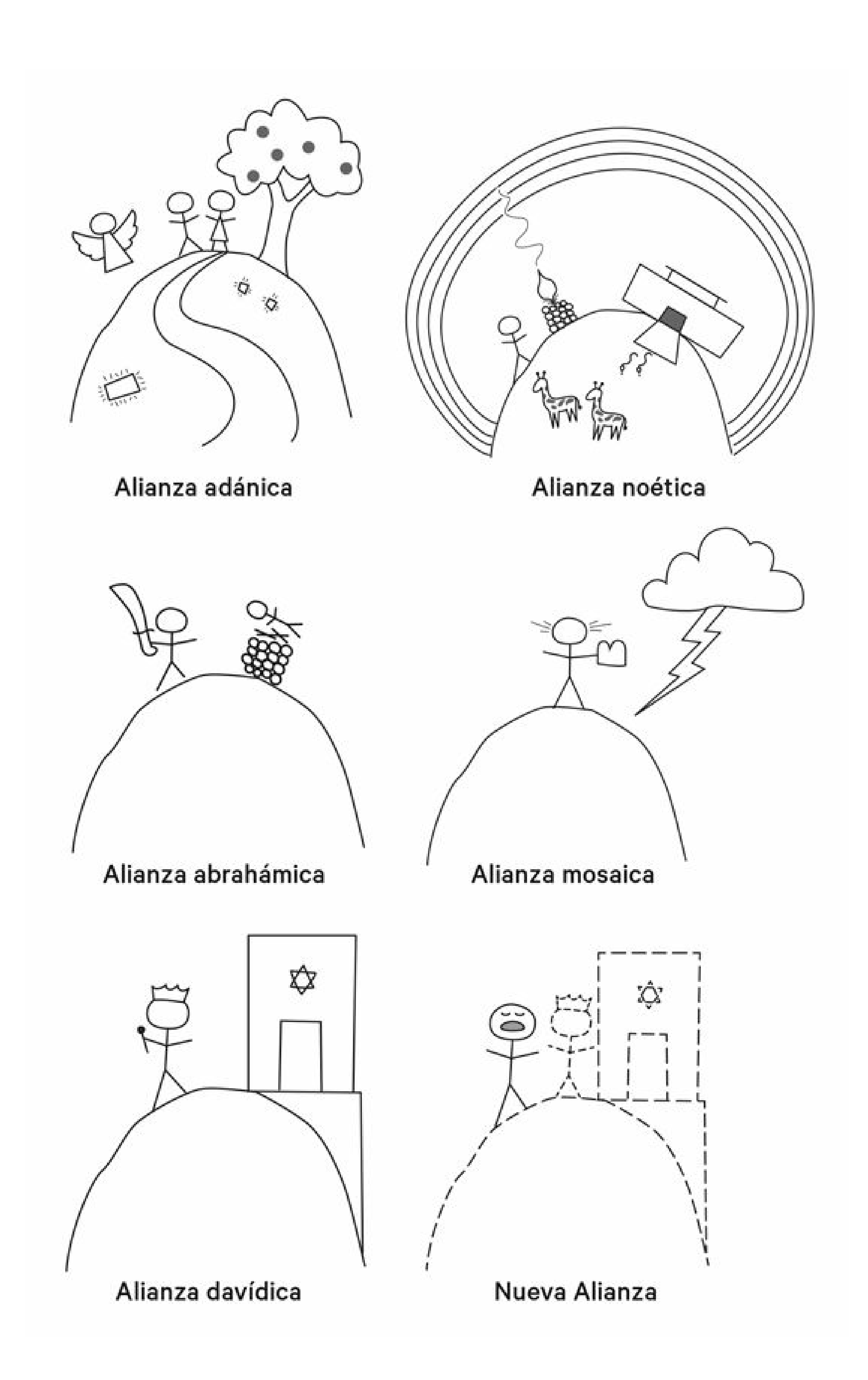
Como hemos visto, la Nueva Alianza de la que hablan los profetas incluye la restauración y la transformación de la alianza davídica. El rey davídico regresará en el futuro, así que lo dibujaremos también con líneas discontinuas:



Y, tal y como Ezequiel pone de relieve, también contaremos con un nuevo templo:



Ya está. Este es nuestro símbolo gráfico para la Nueva Alianza en los profetas. Hasta aquí hemos llegado en la historia de la salvación:


Alianza adánica
Alianza noética
Alianza abrahámica
Alianza mosaica
Alianza davídica
Nueva Alianza

TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. Expón las semejanzas simbólicas entre el Templo y
   a. el jardín del Edén
   b. el arca de Noé
2. ¿Qué impacto tuvo Salomón en la literatura bíblica?
3. ¿Quiénes fueron los tres grandes profetas y qué papel desempeñaron para Israel en el exilio?
4. ¿Por qué es tan importante la profecía de Jeremías en relación con la alianza de Dios con su pueblo?
5. ¿Qué profetiza Ezequiel acerca del reino davídico? ¿Cómo se cumple en Cristo?

Temas de debate

1. Dios respondió a la petición de Salomón concediéndole el don de sabiduría. Si Dios te ofreciera algún don especial ¿cuál pedirías? ¿Por qué?
2. ¿Cuál es tu libro sapiencial favorito? ¿Por qué?
3. Comenta la función profética en el mundo actual. ¿Es importante para la Iglesia? ¿Cuál es el papel de las Escrituras en la acción profetizadora?

[1] Véase Beale. *The Temple and the Church's Mission*, 66-80.

[2] Comparar los tres niveles del arca (Gn 6, 16) con los tres niveles del Templo (1R 6, 6; Ez 41, 6). Véase también Lawrence E. Stager. «Jerusalem and the Garden of Eden». *Eretz Israel* 26 (Festschrift F.M. Cross; Jerusalem: Israel Exploration Society), 183-189. El arca podría considerarse un «jardín zoológico» flotante, un microcosmos del mundo biológico y, por lo tanto, un Edén flotante.

[3] Véase última nota del capítulo 3.

[4] De ahí que, en la historia bíblica posterior, el destino de la nación esté tan estrechamente vinculado a la fidelidad (o infidelidad) del rey a la alianza. Comparar la visión de 2R 17, 21-23.

[5] Comparar Ex 32, 4, 8 y 1R 12, 28.

[6] Hay muchos especialistas bíblicos que no identifican al «siervo» de Isaías con la persona del «Hijo de David» de Isaías 9 y 11. No obstante, los cristianos sabemos que, por la Providencia divina, estas dos figuras

proféticas se consuman en Jesucristo. Además, existen fundadas razones exegéticas para identificar al «siervo» de la segunda mitad del libro de Isaías (Is 40-66) con el rey davídico: véase D.I. Block. «My Servant David: Ancient Israel›s Vision of the Messiah». *Israel's Messiah in the Bible and the Dead Sea Scrolls*, ed. R.S. Hess y M.D. Carroll R., 17-56 (Grand Rapids, MI: Baker, 2003), 49-56; y M.L. Strauss. *The Davidic Messiah in Luke-Acts: The Promise and Its Fulfillment in Lukan Christology* (Sheffield, UK: Sheffield Academic, 1995), 292-98.

[7] Son muchos los estudios sobre el término *hesed.* Uno de los clásicos es el de Nelson Glueck. *Hesed in the Bible*, trans. A. Gottschalk, ed. E. Epstein (Cincinnati, OH: Hebrew Union College Press, 1967), esp. 55: «el *hesed* constituye la esencia de una alianza».

[8] Los problemas que Ezequiel planteaba a los rabinos aparecen mencionados en el Talmud Babilónico, tratado *Sabbath* 13b; y en la Mishná, tratado *Hagigah* 2:1. Véase también Daniel I. Block. *The Book of Ezekiel, Chapters 1-24* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1997), 44.

[9] Los especialistas suelen afirmar que la visión de Ezequiel no tiene nada que ver con la resurrección personal; aun así, véase este tema en Daniel I. Block. *The Book of Ezekiel, Chapters 25-48* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998), 383-92.

7.
EL BROCHE DE ORO: LA ALIANZA EUCARÍSTICA

Lecturas recomendadas: Lucas 22-24; Hechos 1-2

LAS PROFECÍAS DE EZEQUIEL, el último de los tres grandes profetas de la tradición judía, concluyeron en torno al año 570 a. C., es decir, unos 570 años antes de que Jesús irrumpiera en la historia. ¿Qué ocurrió en ese intervalo de tiempo?

El profeta Daniel era solo un poco más joven que Ezequiel y sus profecías son algo posteriores. Transcurridos unos treinta años desde la muerte de Ezequiel, Daniel recibió una revelación de Dios: tendrían que pasar cerca de quinientos años («setenta semanas [de años]») antes de que se cumplieran todas las profecías (Dn 9, 24-27). Y así fue.

Naturalmente, a lo largo de ese periodo ocurrieron muchas cosas. En el año 539 a. C., coincidiendo poco más o menos con la revelación de Daniel, los persas conquistaron a los babilonios y se hicieron con el control de Oriente Medio. Aun así, se mostraron más amables que los babilonios y permitieron que todos los pueblos capturados —incluidos los judíos— regresaran a sus casas: es lo que conocemos como la «vuelta del exilio».

Dirigidos por el príncipe Zorobabel, por el profeta Esdras, el aristócrata Nehemías y muchos otros profetas y nobles, los judíos volvieron de Babilonia en oleadas sucesivas a finales del siglo VI y principios del V. En torno al 515 a. C. ya habían construido otro templo en el emplazamiento del antiguo, aunque —comparado con el espléndido edificio erigido por Salomón— no era más que una triste choza. Pero al menos disponían de un lugar donde adorar a Dios.

A la vuelta del exilio hubo un poco de todo. Mirándolo positivamente, los judíos recuperaron buena parte de su territorio y dispusieron de un templo en el que dar culto a Dios. Por otro lado, no había un rey davídico en el trono, su templo era decepcionante y no existía indicio alguno de la Nueva Alianza y del glorioso Nuevo Templo prometidos por los profetas. De hecho, los judíos ni siquiera eran capaces de gobernarse a sí mismos. Primero estuvieron sometidos a los persas y, después de que Alejandro Magno extendiera su dominio por Oriente Medio en torno al 330, fueron gobernados por él y por sus sucesores de habla griega (1Mc 1, 1-8).

Aun así, hubo dos acontecimientos que suscitaron la falsa esperanza de un inminente cumplimiento de las predicciones de los grandes profetas.

En torno al 160 a. C., el rey Antíoco IV —uno de los sucesores de Alejandro y cuyo reino tenía la capital en Siria— adoptó una postura radical en contra de sus súbditos judíos e intentó obligarlos a abandonar su religión. Liderados por una familia levita conocida como los macabeos (o asmoneos), los judíos se rebelaron y entablaron una

guerra de guerrillas contra los ejércitos de Antíoco hasta conseguir expulsarlos de Israel (1Mc). A lo largo de los cien años siguientes, los macabeos gobernaron como reyes y extendieron el reino de Israel prácticamente hasta los mismos límites que había alcanzado en tiempos de David y Salomón.

En aquel momento las cosas pintaban bien para los judíos. Tenían su propio reino y habían recuperado la mayor parte de su territorio. Habían levantado un templo que cumplía sus funciones. Volvían a ser prósperos. Solo existía un problema: el linaje de sus reyes no cuadraba. Eran levitas, no hijos de David. No estaba previsto que gobernaran. Así no podían cumplirse las profecías. Los macabeos perdieron el poder en el año 63 a. C., cuando los romanos conquistaron Jerusalén y dividieron el territorio de Israel en varias provincias.

Las esperanzas de los judíos volvieron a reavivarse una vez derrotados los macabeos. Cuando la dinastía se hallaba en pleno declive y el control del territorio de Israel se le escapaba de las manos, un tal Herodes, un noble del sur, se trasladó a Roma y logró que los romanos lo nombraran rey de Israel. Con ayuda del ejército romano, fue haciéndose con el control de los judíos sin demasiada dificultad y su próspero reinado se prolongó durante cerca de treinta años (c. 37-4 a. C.). Israel amplió sus fronteras de nuevo hasta alcanzar prácticamente el mismo tamaño que el reino de David y Salomón. Y, además, inició una reconstrucción del templo a gran escala: un templo aún más espectacular que el de Salomón.

Una vez más, las cosas parecían irle muy bien a la nación judía. Había recuperado —más o menos— su reino. Estaba construyendo un templo nuevo. Era una nación próspera. Solo había un problema: tampoco Herodes pertenecía al linaje previsto. No era más hijo de David que los macabeos. Ni siquiera era un auténtico judío[1]. Descendía de Esaú, el velludo hermano gemelo de Jacob (Gn 25, 25). Ni en Herodes ni en sus sucesores podían cumplirse todas las profecías. De hecho, su gobierno llegó a su fin en el año 66 d. C. y en el 92 d. C. murió el último Herodes.

Así pues, en el tiempo que medió entre la última profecía y el nacimiento de Jesús, la historia judía pasó por momentos álgidos en los que los signos se mostraban favorables y todo apuntaba a que las profecías podrían cumplirse pronto. Pero nunca dejó de existir un problema inquietante: la estirpe de la familia reinante no era la adecuada. Para que las profecías se hicieran realidad, hacía falta un descendiente de David capaz de restaurar la alianza davídica. Quizá ahora se entienda mejor por qué el Nuevo Testamento comienza con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, *hijo de David*, hijo de Abrahán». A la mayoría de los norteamericanos de hoy en día las genealogías les aburren. Pero, si fueras un judío de la Antigüedad y llevaras esperando varios centenares de años al hombre del linaje previsto, *esta* genealogía te resultaría todo menos aburrida.

JESÚS Y LAS ALIANZAS

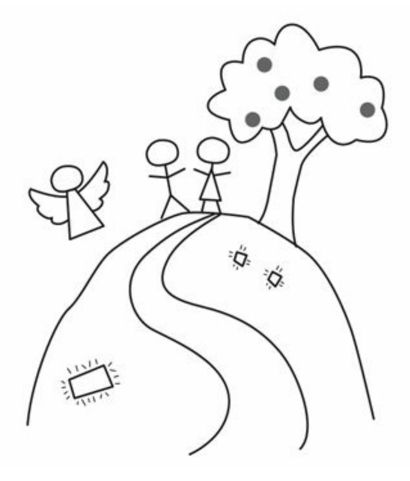
Vamos a analizar más detenidamente el comienzo elegido por san Mateo para introducir la biografía de Jesús que conocemos como el «evangelio según san Mateo»:

Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán (Mt 1, 1).

Fíjate en que san Mateo no se refiere a Jesús como «*un* hijo de David» o «*un* hijo de Abrahán». Hijos de Abrahán había muchos: cualquier judío lo era. Y descendientes de David también los había: los historiadores de la Antigüedad mencionan a varios de ellos.

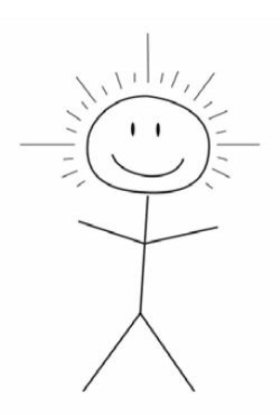
Pero Jesús no era *cualquier* descendiente de David y de Abrahán. Era *el* hijo de David, *el* hijo de Abrahán. En otras palabras, era *el* hijo de David y de Abrahán *prometido*, *el* hijo que cumpliría todas las promesas de esas dos grandes alianzas. Al llamar a Jesús «[el] hijo de David, [el] hijo de Abrahán», Mateo está aludiendo al cumplimiento de la alianza. Aunque en este versículo solo aparecen mencionados David y Abrahán, lo cierto es que en Jesús se cumplen todas las expectativas asociadas a cada una de las grandes alianzas del Antiguo Testamento que hemos analizado hasta aquí. Dediquemos unos instantes a repasarlas juntos para comprobar cómo Jesús cumple todas esas expectativas.

Jesús y la alianza adánica



El papel que desempeñaba Adán, el padre de la raza humana, era quíntuple: hijo de Dios, rey, sacerdote, profeta y esposo. Jesús es el «padre» de una nueva raza de hombres y, si leemos atentamente los evangelios, descubriremos señales repetidas de que asume esos cinco papeles adánicos.

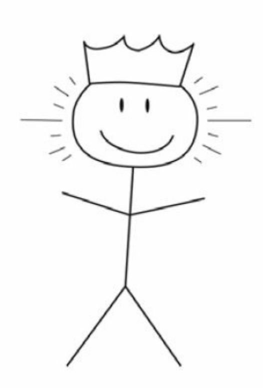
Desde el principio del evangelio de Mateo queda claro que Jesús es el Hijo de Dios. Además de hijo legal de san José (Mt 1, 1-16), Jesús es realmente el Hijo de Dios por el poder del Espíritu Santo. Eso es lo que indica su nacimiento virginal (Mt 1, 18-25). Dios Padre ratifica la filiación de Jesús en el momento de su bautismo, cuando se oye su voz procedente del cielo: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido» (Mt 3, 17).



(Estoy seguro de que el Señor perdonará estos monigotes tan rudimentarios. ¡También los ejemplos que empleaba Él cuando enseñaba eran muy sencillos!).

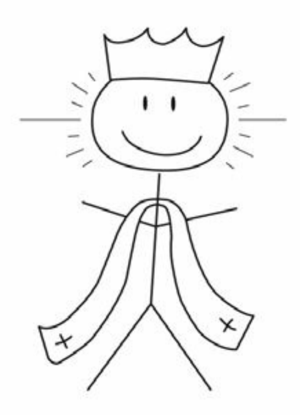
Dios Padre repite prácticamente las mismas palabras durante la Transfiguración de Jesús (Mt 17, 5). En virtud de esa especial filiación, Jesús llama a Dios Padre suyo, particularmente en su oración (Mt 6, 9; 11, 25-27). Llega incluso a llamarle «abbá»[2] (Mc 14, 6), la palabra que los niños judíos empleaban para dirigirse a sus «padres»: un término propio de la intimidad, seguramente similar a nuestro «papá».

Evidentemente, Jesús es el Rey, el Hijo de David. Tanto en Mateo como en Lucas la genealogía de Jesús se remonta a David (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-38). Antes de su nacimiento, el ángel Gabriel dice a la Virgen: «El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob» (Lc 1, 32-33). A lo largo de su vida, muchos reconocen su realeza y lo llaman «hijo de David», especialmente después de llevar a cabo exorcismos milagrosos (Mt 12, 23; 15, 22). Cuando se acerca el momento de su Pasión y muerte, Jesús entra en Jerusalén montado en un borrico, imitando intencionadamente al gran Salomón de la Antigüedad (Mt 21, 2-7; ver 1R 1, 38-40). Paradójicamente, hasta Pilato, el gobernador romano, reconoce oficialmente a Jesús como «Rey de los Judíos» y ordena colocar ese título en la cruz (Jn 19, 19-22).



El papel sacerdotal de Jesús es más difícil de discernir, pero también está ahí. Por ejemplo, cuando los fariseos reprochan a Jesús haber quebrantado las leyes del descanso sabático, Él les responde: «¿No habéis leído en la Ley que, los sábados, los sacerdotes en el Templo quebrantan el descanso y no pecan?» (Mt 12, 5). Lo que está diciendo Jesús es

que a los sacerdotes les está permitido trabajar en días festivos: de hecho, deben hacerlo. De ahí se deduce implícitamente que también Él es sacerdote y posee derechos sacerdotales[3]. Más tarde, en la crucifixión, el apóstol Juan se refiere a la túnica de Jesús, que «no tenía costuras, estaba toda ella tejida de arriba abajo» (Jn 19, 23). ¿A qué viene ese detalle tan insignificante? ¿Por qué molestarse en mencionarlo? Porque en la Antigüedad la vestimenta del sumo sacerdote se tejía sin costuras[4]. La túnica de Jesús era un signo de su papel de sumo sacerdote. Un papel que la carta a los hebreos expone en profundidad: de hecho, se puede afirmar que es su tema principal (v. Hb 4, 14-5, 10; 7, 1-10, 18).



Nadie ponía en duda que Jesús fuese también un profeta. Cuando les pregunta a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?», ellos responden con un elenco de profetas: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas» (Mt 16, 13-15). Jesús se llama a sí mismo profeta. Ante las burlas de sus paisanos dice: «No hay profeta que no sea menospreciado en su tierra y en su casa» (Mt 13, 57). Durante su entrada en Jerusalén el domingo de Ramos, las muchedumbres proclaman: «Este es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea» (Mt 21, 11).



Por último, Jesús fue y es el Esposo. Cuando le interrogan acerca de Jesús, Juan el Bautista explica: «Vosotros mismos me sois testigos de lo que dije: "Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él". Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, el que está presente y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Por eso, mi alegría es completa. Es necesario que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 28-30). El

mismo Jesús sugiere que Él es el «Esposo» cuando utiliza parábolas acerca del reino basadas en imágenes nupciales: «El Reino de los Cielos es como un rey que celebró las bodas de su hijo» (Mt 22, 2); o bien: «El Reino de los Cielos será como diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo» (Mt 25, 1). Jesús es el Nuevo Esposo que se ofrece en matrimonio a toda la humanidad. «Desposar» a Cristo significa pasar a formar parte de la Iglesia, su esposa.

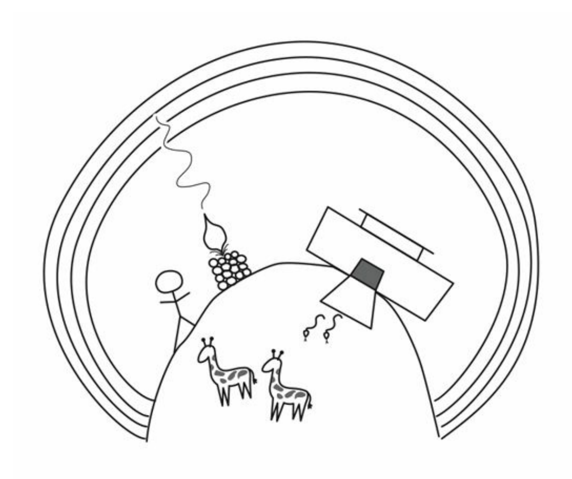


Hijo de Dios, rey, sacerdote, profeta y esposo: Jesús asume todos los papeles de Adán. Con Él se inicia un nuevo capítulo de la historia de la humanidad. De hecho, es más que un nuevo capítulo: se trata de un principio totalmente nuevo, de una nueva creación. Por eso dice san Pablo: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura» (2Co 5, 17). Y por eso las primeras palabras del evangelio de san Juan son: «En el principio existía el Verbo», a semejanza del versículo que da inicio al Génesis: «En el principio creó Dios». Lo que quiere decir san Juan es que Jesús representa tal punto de inflexión en la historia de la humanidad que es como si el mundo entero volviera a empezar de cero. San Mateo hace prácticamente el mismo hincapié en este punto en el primer versículo del Nuevo Testamento, aunque con tanta sutileza que es fácil que pase desapercibido. Así empieza san Mateo: «Libro de la genealogía de Jesucristo». En la Biblia la expresión «libro de» aparece únicamente en otro versículo de la Biblia, el primero de Génesis 5: «Este es el libro de las generaciones de Adán». San Mateo está sugiriendo lo mismo que san Juan: Jesús es como un nuevo Adán, y el Evangelio un nuevo comienzo y un Génesis nuevo.

Una vez sentadas las bases del vínculo de Jesús con la alianza adánica, podemos pasar un poco más deprisa por el resto de las alianzas.

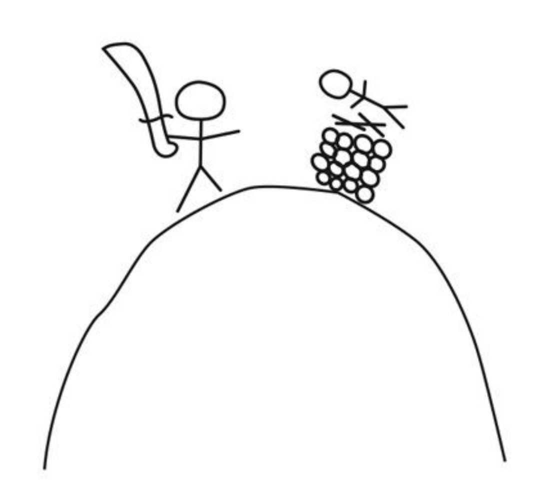
LA ALIANZA NOÉTICA

En este aspecto no hay mucho que decir, ya que los evangelistas no dedican mucho espacio a la conexión entre Jesús y Noé. Pero también Noé fue por encima de todo una nueva figura de Adán, un segundo padre para toda la raza humana. De modo que todas las características adánicas de Jesús sirven para establecer una conexión con Noé, también él un segundo Adán.



LA ALIANZA ABRAHÁMICA

San Mateo comienza su evangelio llamando a Jesús «hijo de David, hijo de Abrahán», destacando con ello la importancia de estas dos alianzas —la davídica y la abrahámica— en su forma de entender a Jesús.



El heredero y único hijo que tuvo Abrahán de Sara, su primera y legítima esposa, fue Isaac. El hecho de llamar a Jesús «[el] hijo de Abrahán» establece una comparación entre Jesús e Isaac, el hijo de Abrahán. La comparación está bien fundada, sobre todo si pensamos en el acontecimiento más importante de la vida de Abrahán e Isaac: el cuasi-sacrificio en el monte Moria, del que ya hemos dicho que fue una «imitación» del Calvario. Un hijo único cargado con la leña para su propio sacrificio sube a la cima del monte y allí se tiende sobre los leños y se ofrece a Dios por amor a su padre. Ya hemos dicho también que Dios ratifica la alianza con Abrahán después del sacrificio de Isaac:

> El ángel del Señor llamó a Abrahán desde el cielo y le dijo: «Yo, el Señor, he jurado por mí mismo que, por esto que has hecho, de no negarme a tu único hijo, ciertamente te bendeciré... *En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra*, por cuanto atendiste a mi voz» (Gn 22, 15-18; la cursiva es mía).

Como he mencionado antes, *simiente* puede ser singular o colectivo. Jesús es *la* «simiente de Abrahán» prometida, a través de la cual la bendición alcanzará a todas las naciones de la tierra. Solo en Él puede quedar enteramente cumplida la promesa de la alianza con Abrahán.

LA ALIANZA MOSAICA

Como hemos visto, la alianza mosaica sufrió numerosos vaivenes durante los años de marcha por el desierto —se produjeron al menos nueve rebeliones—; de modo que, llegados al final del Deuteronomio, la alianza era como un Ford sedán cuyo tubo de escape emite un humo azulado y cuya única rueda cuelga de una sola tuerca.

Y Jesús es el mecánico perfecto.

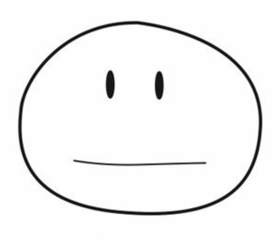
Una de las últimas promesas de Moisés fue la de que algún día llegaría un gran profeta como él: «El Señor, tu Dios, suscitará de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo; a él habéis de escuchar» (Dt 18, 15). En este caso, «como» puede significar «parecido a» o «igual que». En cierto modo, las palabras de Moisés se aplicaban a todos los profetas, porque todos los profetas «se parecían» a Moisés en varios aspectos. No obstante, ninguno de los profetas que sucedieron a Moisés fueron *iguales que* él. Las últimas palabras del Deuteronomio insisten en ello: «No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor trataba cara a cara» (Dt 34, 10).

El evangelio de san Juan, por su parte, afirma que Jesús no solo es *igual* que Moisés, sino *superior* a él. Fíjate en estos versículos iniciales:

> Porque la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Unigénito, Dios, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer (Jn 1, 17-18).

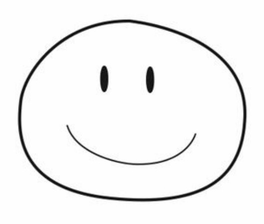
Vamos a analizar Juan 17-18 frase por frase:

«Porque la Ley fue dada por Moisés».



¡Yupi! Dediquémosle una ovación.

«La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo».



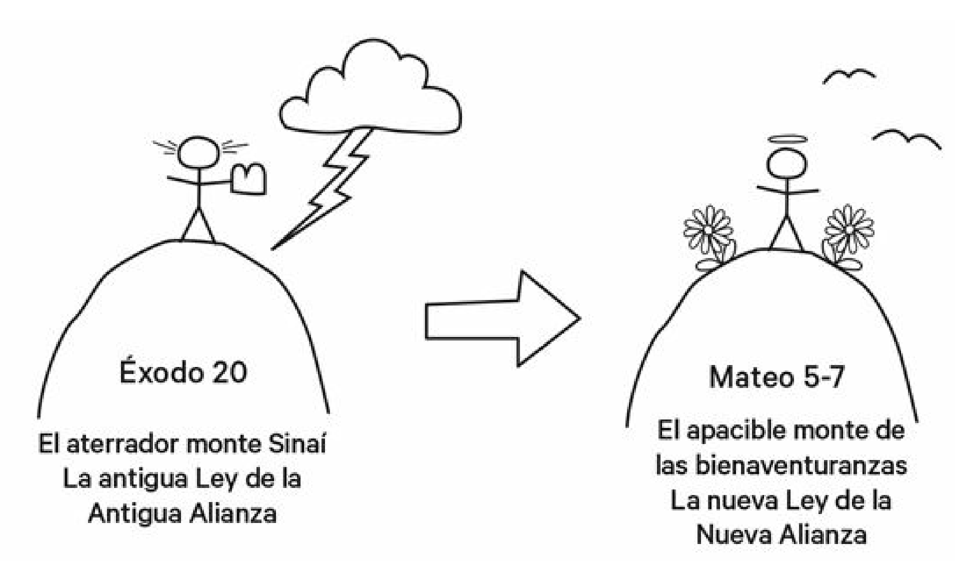
¡Sí! ¡Hip, hip, hurra! ¡Hip, hip, HURRA! ¡HIP, HIP, HURRA!

«A Dios nadie lo ha visto jamás». El comentario acerca de Moisés no es demasiado sutil: nos recuerda que, aunque fue el mayor profeta de todos los tiempos, solo vio la espalda de Dios (Ex 33, 18-23).

«El Unigénito, Dios, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer». Además de haber visto a Dios, Jesús nos lo *muestra*. Cuando miramos a Jesús, contemplamos el rostro de Dios. Esto es lo que le dice Jesús a Felipe en la Última Cena: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9).

Jesús llega como profeta, un profeta *como* Moisés, pero superior a él.

Como Moisés, Jesús sube a lo alto de un monte para enseñar al pueblo la ley de Dios (Mt 5-7), pero da un paso más al corregir los defectos que Moisés había permitido incluir en la Ley. Moisés, por ejemplo, admitió el divorcio debido a la «dureza de corazón» de los varones israelitas (Dt 24, 1; Mt 19, 8); mientras que con Jesús se retoma el plan original de Dios de un matrimonio para siempre (Mt 5, 31-32). Moisés permitió —y, en cierto sentido, incluso ordenó— odiar a los enemigos (Dt 20, 16-18); cosa que Jesús enmienda con el mandato universal del amor (Mt 5, 44-45).



Como Moisés, Jesús alimenta al pueblo con un pan sobrenatural, «pan bajado del cielo» (Ex 16, 1-36; Jn 6, 1-14). Cuando es testigo de la multiplicación de los panes, la gente dice: «Este es verdaderamente *el Profeta* que viene al mundo» (Jn 6, 14; la cursiva es

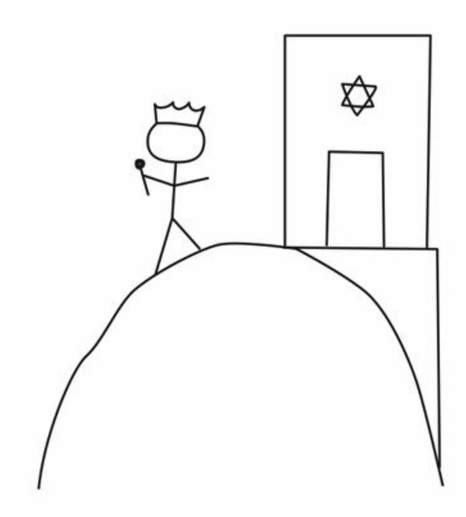
mía). Con las palabras «el profeta» están identificando a Jesús con «el profeta como Moisés» de Deuteronomio 18, 15. Pero, a diferencia del maná del desierto, el pan de Jesús conduce a la vida eterna (Jn 6, 51-58).

Como Moisés, Jesús instituye una Pascua para el pueblo de Dios (Ex 12-13; Lc 22, 7-30). Pero el sacrificio pascual de Moisés no era más que un cordero, y la sangre de los animales no es capaz de quitar el pecado (Sal 50, 13; Hb 10, 4). El sacrificio pascual de Jesús es Él mismo y su sangre nos limpia para siempre del pecado (Jn 1, 29; Hb 9, 12; Ap 7, 14).

Podríamos escribir un libro entero comparando a Moisés con Jesús[5]: de hecho, ya se han escrito varios. Aun así, este sería el resumen: Moisés fue sustituido por *Y'shua* (alias Josué) quien, al entrar con el pueblo en la Tierra Prometida, logró lo que Moisés no había conseguido. Ahora, en el Nuevo Testamento, llega otro *Y'shua* (alias Jesús) que hace lo que Moisés y su alianza no consiguieron: llevar al pueblo de Dios hasta la Tierra Prometida del cielo.

La alianza davídica

Anteriormente, al hablar de la realeza de Jesús como uno de los cinco papeles de Adán asumidos por Él, hemos examinado la variedad de medios de que se valen los evangelios para identificar a Jesús con el Hijo de David en el que se cumple la alianza davídica. La declaración más importante de la alianza de David contenida en el Antiguo Testamento la encontramos en 2 Samuel 7. Acudamos una vez más a lo esencial de esa cita:



> Cuando hayas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje [simiente en hebreo] salido de tus entrañas y consolidaré tu reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo... Tu casa y tu reino permanecerán para siempre en mi presencia y tu trono será firme también para siempre (2S 7, 12-14).

Las promesas básicas de esta alianza pueden resumirse como sigue: (1) David tendrá un hijo y heredero; (2) ese hijo edificará el Templo de Dios; (3) ese hijo será también el

Hijo de Dios; y (4) ese hijo regirá para siempre el reino de David. Naturalmente, esas promesas se cumplieron por primera vez en Salomón, que era hijo y heredero de David; construyó un templo de piedra para Dios; fue adoptado como Hijo de Dios en virtud de la alianza; y reinó durante mucho tiempo: un cumplimiento que se acerca mucho —pero no enteramente— a las promesas de la alianza.

Con la llegada de Jesús recogida en los evangelios, empezamos a comprender que «aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12, 42). Las dos genealogías de Jesús (en Mateo 1 y Lucas 3) insisten en que Jesús es el verdadero hijo de David. Tradicionalmente, la diferencia entre estas dos genealogías se ha entendido así[6]: una demuestra el *linaje legal* de Jesús y la otra su *linaje biológico*. Jesús no solo es un auténtico hijo biológico de David (a través de María), sino aquel que tiene derecho a reclamar el trono: es a la vez *hijo* y *heredero*. Al mismo tiempo, tanto Mateo como Lucas insisten en que la concepción de Cristo fue obra del Espíritu Santo, de modo que Jesús es el verdadero Hijo de Dios, y no solo hijo adoptivo. En palabras de la alianza con David, «yo seré para él un padre y él será para mí un hijo» (2 S 7, 14).

Salomón edificó una casa de piedra para el culto a Dios. Pero ese templo fue destruido y ya no existe. Por otra parte, en realidad Dios no vive en edificios de piedra, por lo que es necesario un templo mejor. Cuando en el evangelio de Juan Jesús expulsa a los cambistas del templo de Herodes, los judíos se sienten ofendidos:

> Entonces los judíos replicaron: «¿Qué signo nos das para hacer esto?». Jesús respondió: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». Los judíos contestaron: «¿En cuarenta y seis años ha sido construido este Templo, y tú lo vas a levantar en tres días?». *Pero él se refería al Templo de su cuerpo* (Jn 2, 18-21; la cursiva es mía).

De Jesús recibimos un templo mejor que el de Salomón: un templo vivo, el templo de su cuerpo. Si Dios habita en un templo, eso significa ante todo que la presencia de Dios habita en el cuerpo de Jesús. Y, si en la Eucaristía Jesús nos entrega su cuerpo como alimento —y, como es de todos conocido, «somos lo que comemos»—, también nosotros nos convertimos en templo de Dios. Por eso la Iglesia es también un templo. Un templo que no puede ser destruido y que nunca desaparecerá. Un templo superior al antiguo templo, del mismo modo que un ser humano es superior a una piedra sin vida.

Aunque intenten destruir el templo —es decir, el cuerpo de Jesús—, Dios no lo permitirá. Él «sacó» a Jesús del sepulcro (lo que los Padres de la Iglesia interpretan como el cumplimiento de la promesa que Dios hizo a David de «sacar» una simiente de sus entrañas —2S 7, 12—). Y, una vez resucitado, Jesús asciende a la derecha del Padre, desde donde gobierna el reino literalmente *para siempre*. Salomón reinó mucho tiempo, pero mucho tiempo no significa para siempre. Solo en Jesús se cumple al pie de la letra lo que se le prometió a David: «Yo mantendré el trono de su realeza *para siempre*». La profecía de Jeremías también se ha cumplido: «No se le privará a David de varón que se siente en el trono de la casa de Israel» (Jr 33, 17).

La Nueva Alianza prometida por los profetas

Como hemos visto, la Nueva Alianza prometida llevaba implícito el cumplimiento de la alianza davídica como parte del acuerdo en su conjunto. Pero la Nueva Alianza implicaba mucho más que eso. Isaías anunció a un siervo de Dios especial que *se convertiría en* alianza. Jeremías mencionó una ley que se escribiría en los corazones del pueblo y Ezequiel predijo un nuevo Espíritu que se derramaría sobre el pueblo de Dios.

Vamos a echar una ojeada al pasaje que mejor nos permite entender cómo inauguró Jesús la Nueva Alianza: un pasaje al que Lucas puso por título «relato de la institución», ya que *relata* la *institución* (o *instauración*) de la Eucaristía:

> Llegó el día de los Ácimos, en el que había que sacrificar el cordero pascual. Envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Id a prepararnos la cena de Pascua»... (Lc 22, 7-8).
>
> Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los apóstoles con él. Y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que no la volveré a comer hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios». Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo: «Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; pues os digo que a partir de ahora no beberé del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios». Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía». Y del mismo modo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: «Este cáliz es *la nueva alianza en mi sangre*, que es derramada por vosotros» (Lc 22, 14-20; la cursiva es mía).

Se trata de uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. Estamos pasando de la Antigua Alianza (mosaica) a la Nueva Alianza. Y nos encontramos con dos vínculos importantísimos con la Antigua Alianza. En primer lugar, es el momento de la Pascua y Jesús la está celebrando con sus discípulos. La Pascua era, en muchos sentidos, la fiesta más importante y el sacrificio por excelencia de la Antigua Alianza. En segundo lugar, Jesús nos remite a los sacrificios del Sinaí con los que Moisés ratificó la Antigua Alianza con el pueblo de Israel. Al pie del Sinaí Moisés roció la sangre de los corderos sobre el altar de Dios y sobre el pueblo mientras decía: «Esta es la sangre de la alianza» (Ex 24, 8). Jesús dice algo parecido: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre». Se trata, una vez más, de la *sangre de la alianza*, salvo que en esta ocasión es «mi» sangre y la alianza es «nueva». Lo que hace Jesús en el monte Sión en presencia de sus doce apóstoles tiene exactamente el mismo significado que lo que hizo Moisés en el monte Sinaí ante las doce tribus. La relación de alianza con Dios queda completamente restaurada.

Cuando dice «este cáliz es la nueva alianza», Jesús traza una línea que se remonta directamente hasta Jeremías 31, 31, la única ocasión en que el Antiguo Testamento habla de una «nueva alianza». Lo que predijo Jeremías —está diciendo Jesús— lo hago yo aquí y ahora.

Pero Jesús continúa así: «la nueva alianza *en mi sangre*», es decir, «consistente en mi sangre». Las palabras de Jesús se aplican también a su cuerpo, que acaba de entregar a los apóstoles unos pocos versículos antes. La Nueva Alianza consiste en su sangre y su cuerpo: en Él mismo. La predicción de Isaías se está haciendo realidad: el siervo de Dios *se convierte en* alianza (Is 42, 6).

Lo que Jesús comienza en la Última Cena debe completarse en la cruz. En la Última Cena entrega su cuerpo y su sangre sacramentalmente; en la cruz entregará su cuerpo y su sangre físicamente. Al inicio de la Última Cena dice Jesús: «No beberé del fruto de la

vid hasta que venga el Reino de Dios» (Lc 22, 18). Muchos judíos mesiánicos —es decir, los judíos que se han convertido al cristianismo y reconocen en Jesús al Mesías— se dan cuenta de que, aparentemente, el relato acerca de la última Pascua de Jesús no llega hasta el final. Lo normal es que en la celebración de la Pascua se beban cuatro copas[7]. En el relato que hace Lucas de la Última Cena, el más completo de los cuatro evangelios, contemplamos a Jesús bebiendo únicamente la segunda y la tercera copa de la ceremonia de la Pascua judía. A continuación —según Mateo y Marcos—, los discípulos cantan un himno, tras el cual deberían haber bebido la cuarta y última copa de vino. Lo que hacen, sin embargo, es salir del cenáculo y dirigirse hacia el monte de los Olivos (Mc 14, 26).

Lo curioso es que en el huerto de Getsemaní (ubicado al pie del monte de los Olivos) Jesús ora con estas palabras: «Si es posible, aparta de mí este cáliz» (Mc 14, 36). Luego aparece Judas con un grupo de soldados, arrestan a Jesús y el resto de la historia ya la conocemos: sus sufrimientos, las torturas y los juicios celebrados ante el sumo sacerdote, Herodes Agripa y Poncio Pilato.

No obstante, la idea del «cáliz» y del «fruto de la vid» reaparece en la cruz, donde los soldados ofrecen a Jesús un vino sin elaborar para aliviar su dolor. La primera vez Jesús lo rechaza (Mt 27, 34), pero la segunda tanto Mateo como Juan especifican que *sí bebe* (Mt 27, 48; Jn 19, 29). El relato de Juan es el más conocido:

> Después de esto, como Jesús sabía que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había por allí un vaso lleno de vinagre. Sujetaron una esponja empapada en el vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús, cuando probó el vinagre, dijo: «Todo está consumado». E inclinando la cabeza, entregó el espíritu (Jn 19, 28-30).

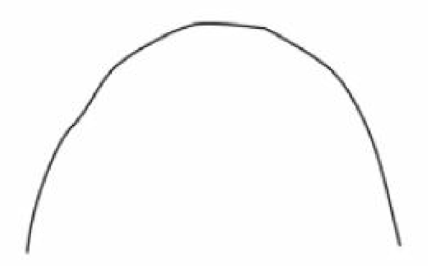
«Espera un momento, Jesús. ¿No habías dicho que no volverías a beber del «fruto de la vid» *hasta que llegue el reino de Dios*? ¿Ya se te ha olvidado? ¿Y qué quiere decir que “todo está consumado”? ¿El qué? ¿Qué está consumado?».

Esta pregunta, en mi opinión, cuenta con más de una respuesta. Algunos especialistas sugieren que se refiere a la ceremonia pascual: la cuarta y última copa que Jesús no bebe durante la Última Cena la bebe ahora, en la cruz. Es probable que esta teoría nunca llegue a demostrarse, pero creo que está en lo cierto. La entrega incruenta que Jesús hace de sí mismo en la Última Cena va unida a la entrega cruenta de sí mismo en la cruz en una única ceremonia de culto, en un único acto litúrgico. La Pascua que Jesús comienza en el cenáculo se consuma en el Calvario. En cierto modo, resulta bastante congruente.

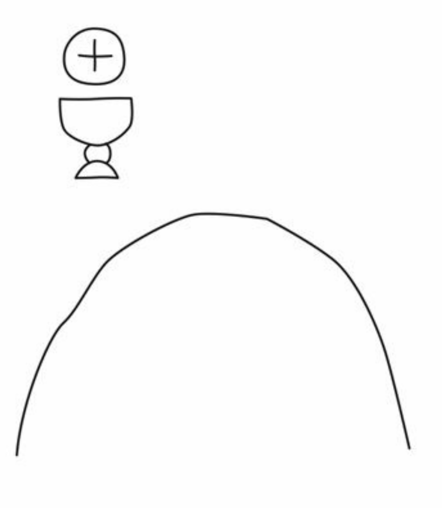
El hecho de que Jesús beba en la cruz indica también que ha llegado el reino de Dios, aunque no sea eso lo que parece. En la oscuridad del Calvario, con Jesús muerto y rodeado de tinieblas y de confusión, no da la impresión de que haya despuntado el reino de Dios. Pero hay que recordar que la creación del mundo empezó en la oscuridad, con una tierra vacía y amorfa. Tuvieron que pasar seis días hasta adquirir su forma definitiva. De modo semejante, el amanecer del reino de Dios, la nueva creación, llega en medio de la oscuridad y el vacío del Calvario.

Si combinamos el Cenáculo y el Calvario, obtenemos el símbolo de la alianza eucarística. Primero dibujaré el Calvario dándole una forma que, a estas alturas, ya nos

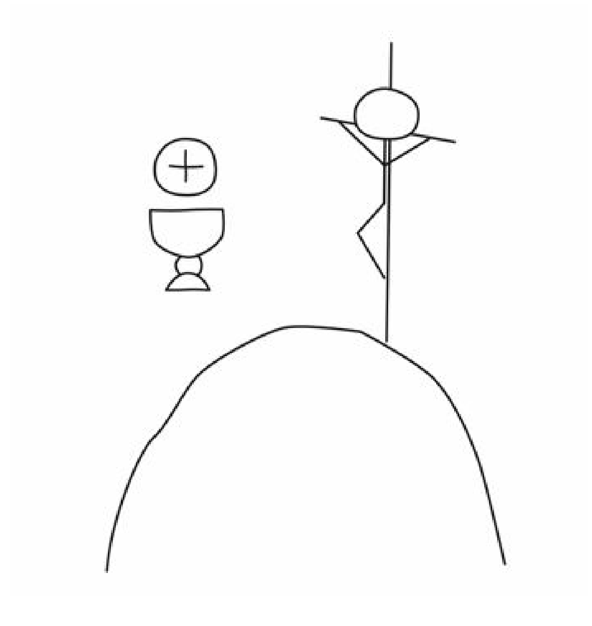
resultará familiar:



A continuación añadimos a un lado el Cuerpo y la Sangre:



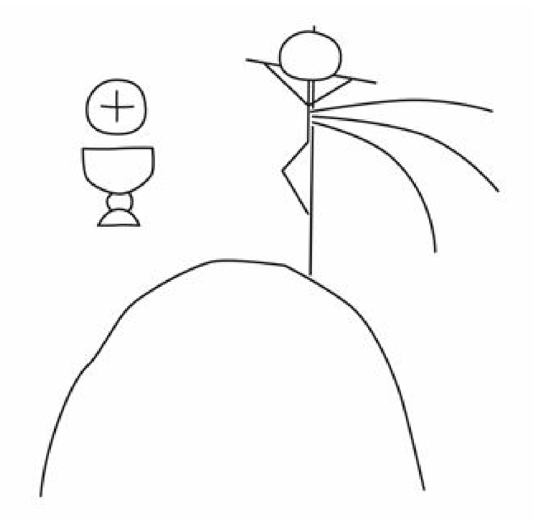
y al otro lado la cruz:



Ya está. Este es el símbolo de la alianza eucarística. En realidad, la alianza eucarística es la misma que la Nueva Alianza. No obstante, con vistas a fomentar un conocimiento más profundo de la historia de la salvación, a mí me gusta llamarla «nueva» cuando es una profecía y «eucarística» una vez se ha cumplido.

Todavía nos queda algo más que añadir a este símbolo. San Juan recoge un suceso algo extraño que él mismo presenció al pie de la cruz:

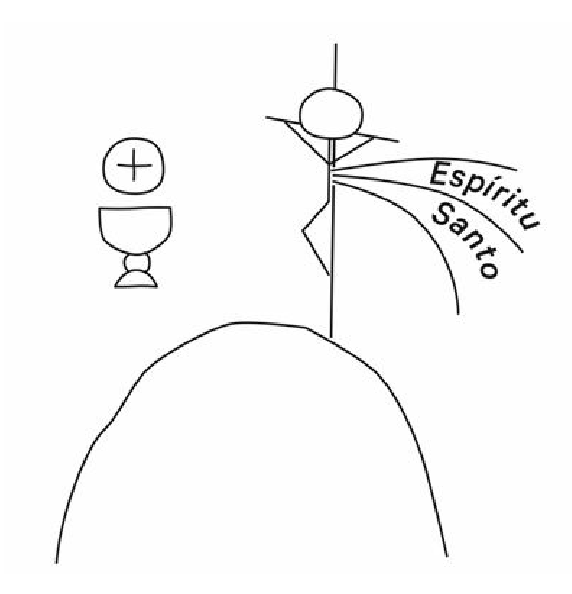
> Uno de los soldados le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua (Jn 19, 34).



A los judíos de tiempos de Jesús un torrente de sangre y agua no les resultaría nada extraño. Durante la Pascua eran sacrificados en el templo decenas de miles de corderos y una ingente cantidad de sangre circulaba por la ladera del monte del Templo[8] hasta alcanzar el arroyo del Cedrón, que recorría el valle situado al pie del monte. Por eso era corriente que los judíos que visitaban Jerusalén durante la Pascua vieran brotar del templo un torrente de sangre y agua.

En Juan 2 Jesús había dicho: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré». Su cuerpo es el templo y de él manan la sangre y el agua de la Pascua. Y eso no es todo: en la célebre visión del nuevo templo de los últimos tiempos que tuvo el profeta Ezequiel brotaba de él un torrente milagroso, el torrente de vida (Ez 47, 1-12).

Ese torrente de vida no es sino el Espíritu Santo que brota del cuerpo de Cristo. La sangre y el agua procedentes del cuerpo de Jesús en la cruz no eran el Espíritu Santo en sí, sino más bien un *signo* o un *símbolo* del torrente de vida del Espíritu derramado sobre nosotros con la muerte de Jesús. Por eso suelo añadir a nuestro símbolo gráfico el torrente del Espíritu:



La sangre y el agua del costado de Cristo representan también los sacramentos: la sangre eucarística y el agua bautismal. Nosotros recibimos el Espíritu Santo a través de los sacramentos. El torrente es tanto el del Espíritu como el de los sacramentos.

Lo que fluyó físicamente del cuerpo crucificado de Jesús era un símbolo. El auténtico derramamiento del Espíritu tiene lugar un poco más tarde, concretamente en el episodio que conocemos como Pentecostés.

Pasados cincuenta días a partir de la Pascua se celebraba una fiesta llamada Pentecostés (del término griego *pentekoste*, que significa quincuagésimo). En tiempos de Jesús, en dicha fiesta se celebraba también la entrega de la Ley (los diez mandamientos) en el Sinaí.

El capítulo 2 de los Hechos narra cómo, llegada la fiesta de Pentecostés, todos los apóstoles se reunieron de nuevo en el cenáculo, el lugar donde se celebró la Última Cena. De pronto, sobrevino del cielo un viento impetuoso que llenó la habitación y unas lenguas de fuego fueron a posarse sobre la cabeza de cada uno de los apóstoles: era el Espíritu Santo en forma visible.

El viento y el fuego nos recuerdan la aparición de Dios en el Sinaí rodeado de viento, fuego y demás fenómenos tormentosos. Si la tormenta de Dios del Sinaí fue aterradora, la «tormenta del Espíritu» de Pentecostés tiene su atractivo. El viento es impetuoso, pero no conlleva peligro; la llama es real, pero no daña ni destruye.

Jeremías prometió que en la Nueva Alianza la ley quedaría escrita en el corazón. Ahora, mientras se celebra la entrega de la Ley en el Sinaí, el Espíritu Santo desciende y habita los corazones de los primeros cristianos. Dice santo Tomás de Aquino que la ley nueva de la Nueva Alianza no es otra cosa que la gracia del Espíritu Santo[9]. El Espíritu Santo vive en nosotros, nos enseña lo que es bueno y lo que es malo, y —lo más importante— nos concede el poder de obrar rectamente.

El Espíritu recibido por los apóstoles en Pentecostés también les concede el poder de hablar otras lenguas, cosa que atrae una atención considerable por parte de los judíos que han peregrinado a Jerusalén para la fiesta:

> Al producirse aquel ruido se reunió la multitud y quedó perpleja, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estaban asombrados y se admiraban diciendo: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo es, pues, que nosotros les oímos cada uno en nuestra propia lengua materna?» (Hch 2, 6-8).

Estos judíos, que procedían de todos los rincones del imperio romano, desde Europa hasta la frontera con la India, se asombraron al descubrir que eran capaces de entender lo que decían los apóstoles (una antítesis del antiguo relato de la torre de Babel de Gn 11 no exento de humor). En Babel los pueblos están desconcertados porque *no pueden entenderse entre ellos*. En Pentecostés la muchedumbre está desconcertada porque *puede* entender lo que dicen los apóstoles. Si Babel hizo pedazos la familia humana, Pentecostés comienza a reunificarla.

Aprovechando la excelente oportunidad que se le brinda para predicar, Pedro habla de Jesús a las multitudes y les ofrece la salvación (Hch 2, 14-36). Si te fijas despacio en lo que dice Pedro, comprobarás que el tema principal de su discurso es el cumplimiento de la alianza davídica: Jesús es quien cumple las promesas de alianza que David recibió de Dios. Pedro puede predicar en estos términos a los judíos porque ellos conocen perfectamente la alianza davídica y esperan que se cumpla. (Más adelante, en la predicación a los no judíos, los apóstoles tendrán que utilizar una estrategia muy distinta —Hch 14, 15-17—). Cuando Pedro concluye su discurso, las multitudes judías quedan conmovidas en lo más hondo:

> Al oír esto se dolieron de corazón y les dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?». Pedro les dijo: «Convertíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2, 37-38).

Fíjate en que Pedro los anima a bautizarse y relaciona el bautismo con el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. El bautismo es el agua pura rociada que Ezequiel predijo al hablar de una futura «alianza de paz»:

> Rociaré sobre vosotros agua pura y quedaréis purificados de todas vuestras impurezas. Os daré un corazón nuevo y pondré en vuestro interior un espíritu nuevo. Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne (Ez 36, 25-26).

El hecho de que los judíos «se duelan de corazón» demuestra que en Pentecostés el pueblo ha recibido «un corazón nuevo... un corazón de carne». Los corazones de piedra no pueden dolerse de nada, mientras que los corazones de carne sí pueden sufrir heridas, sí se pueden conmover.

El «Espíritu nuevo» de Ezequiel es el Espíritu Santo que recibimos junto con las aguas del bautismo que limpian toda *impureza*, es decir, todo *pecado*. Eso es también lo que dijo Jeremías: «Habré perdonado su culpa y no me acordaré más de su pecado» (Jr 31, 34).

Esta es la respuesta de la muchedumbre:

> Ellos aceptaron su palabra y fueron bautizados; y aquel día se les unieron unas tres mil almas. Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (Hch 2, 41-42).

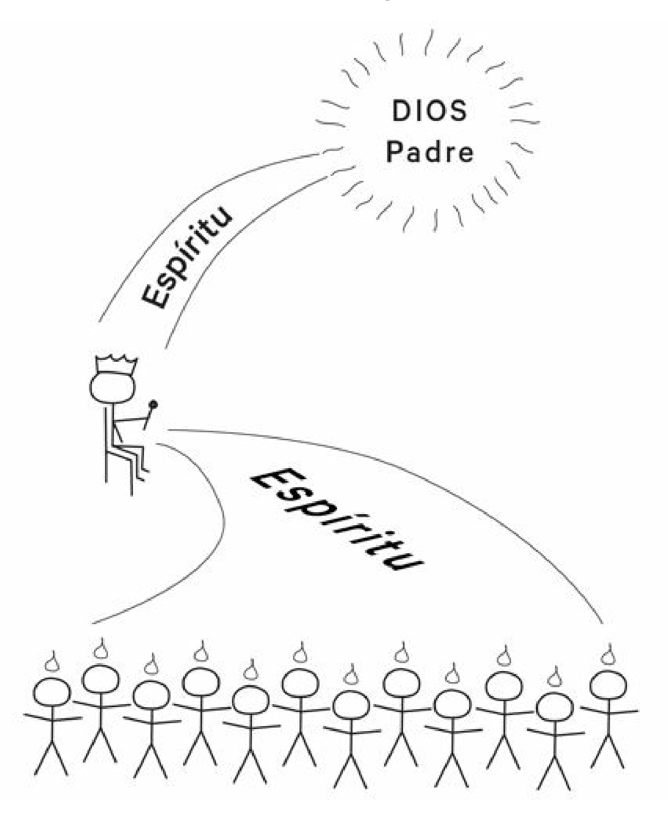
Las multitudes responden recibiendo los sacramentos: el bautismo (v. 41) y la Eucaristía (v. 42). El versículo 42 es, en realidad, una descripción de la misa primitiva. También nosotros, en cada misa, seguimos haciendo las cuatro cosas recogidas en la lista. «Perseverar en la doctrina de los apóstoles» equivale a la liturgia de la Palabra, donde escuchamos las Escrituras a la luz de la enseñanza de los apóstoles. La «comunión» la manifestamos en el intercambio de la paz, así como en la colecta, muestras respectivas de nuestra unidad en el amor y de nuestra unidad de bienes. La «fracción del pan» es la expresión original que Lucas aplica a la liturgia de la Eucaristía. Y «las oraciones» son las oraciones litúrgicas que componen la misa de principio a fin.

Los sacramentos son el medio por el que recibimos el Espíritu Santo. Si volvemos al discurso de san Pedro, le oímos decir cosas como esta:

> A este Jesús le resucitó Dios, y de eso todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís (Hch 2, 32-33).

La muchedumbre no podía ver a Jesús entronizado, pero sí podía observar sus efectos, que incluían el derramamiento del Espíritu, visible en las lenguas de fuego y audible en la ráfaga de viento y en los distintos idiomas empleados por los apóstoles.

La imagen mental que describe san Pedro es algo así:



El Padre entrega el Espíritu al Hijo, Jesucristo, quien lo derrama sobre los apóstoles.

Jesús completa lo que estaba simbolizado en la cruz, donde vimos fluir de su costado un torrente de sangre y agua que, como hemos dicho, era un símbolo del torrente de vida —el Espíritu Santo— que mana de Jesús bajo la forma de los sacramentos: el bautismo (agua) y la Eucaristía (sangre).

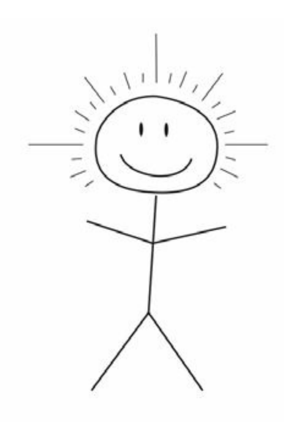
Ahora, en Pentecostés, ese simbolismo pasa a ser una realidad. Jesús derrama el Espíritu Santo sobre los apóstoles que predican a la gente. La muchedumbre, convencida, recibe los sacramentos, por medio de los cuales recibe a su vez el Espíritu Santo. Bebe del torrente de vida que mana del costado de Cristo.

El bautismo es un renacimiento espiritual en el que nos convertimos en hijos de Dios. «A cuantos le recibieron les dio la potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios» (Jn 1, 12-13). A los políticos y a las figuras públicas los oirás decir: «Todos somos hijos de Dios». Aunque suene muy bien, no es del todo cierto. Más bien habría que decir: «Todos *podemos* ser hijos de Dios». Cualquier ser humano cuenta con el potencial de ser hijo de Dios. Pero ese potencial no se hace realidad si no se recibe el bautismo. Esa es la enseñanza de los apóstoles. Si hubiera algún otro modo de convertirse en hijo de Dios, Jesús no habría tenido que venir, sufrir, morir y resucitar de entre los muertos.

Con el don del Espíritu Santo se ha completado el ciclo de la historia de la salvación. La *filiación divina* de la que Adán disfrutaba en el Edén —la relación filial con el Padre — ha sido devuelta a todos los seres humanos. Dice san Pablo:

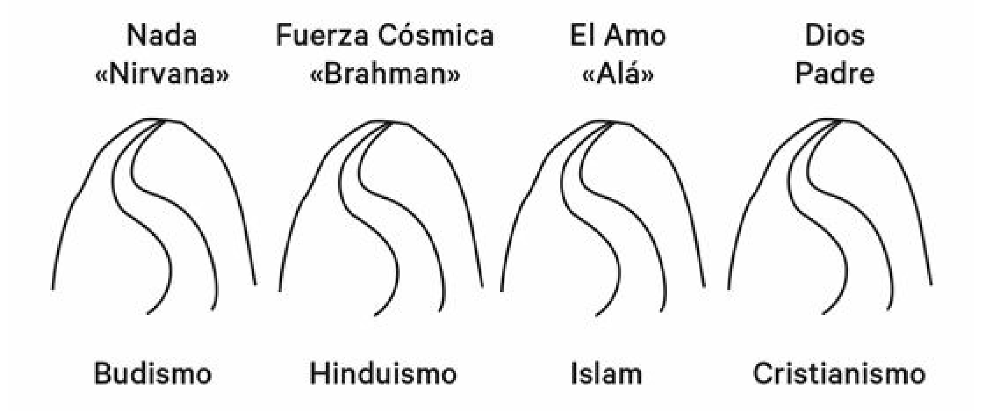
> Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley [es decir, la alianza mosaica], para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abbá, Padre!». De manera que ya no eres siervo, sino hijo; y como eres hijo, también heredero por gracia de Dios (Ga 4, 4-7).

Así es como cada uno de nosotros recupera el «resplandor» adánico:

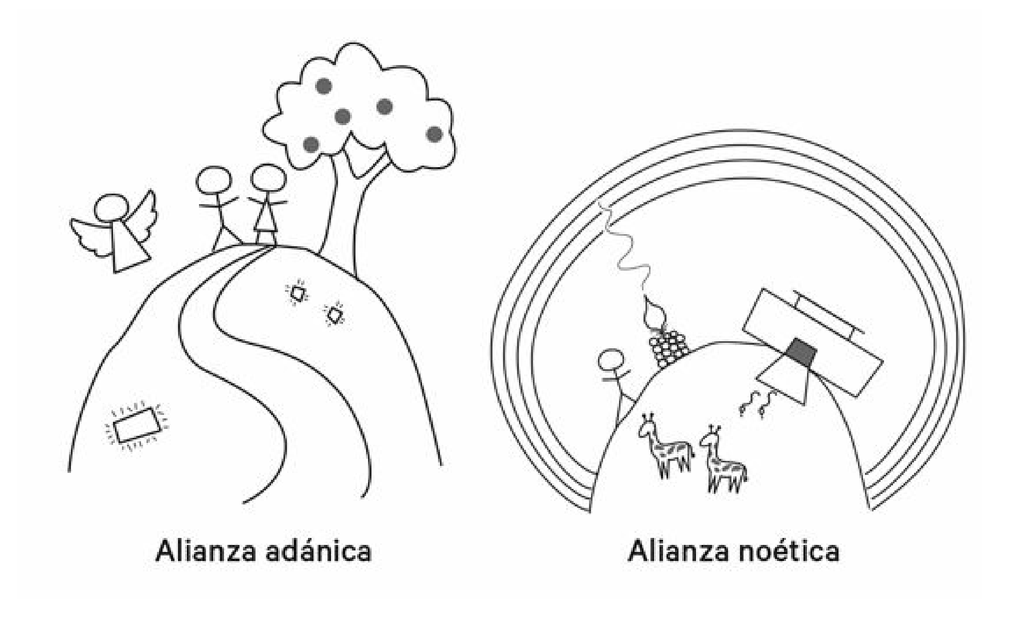


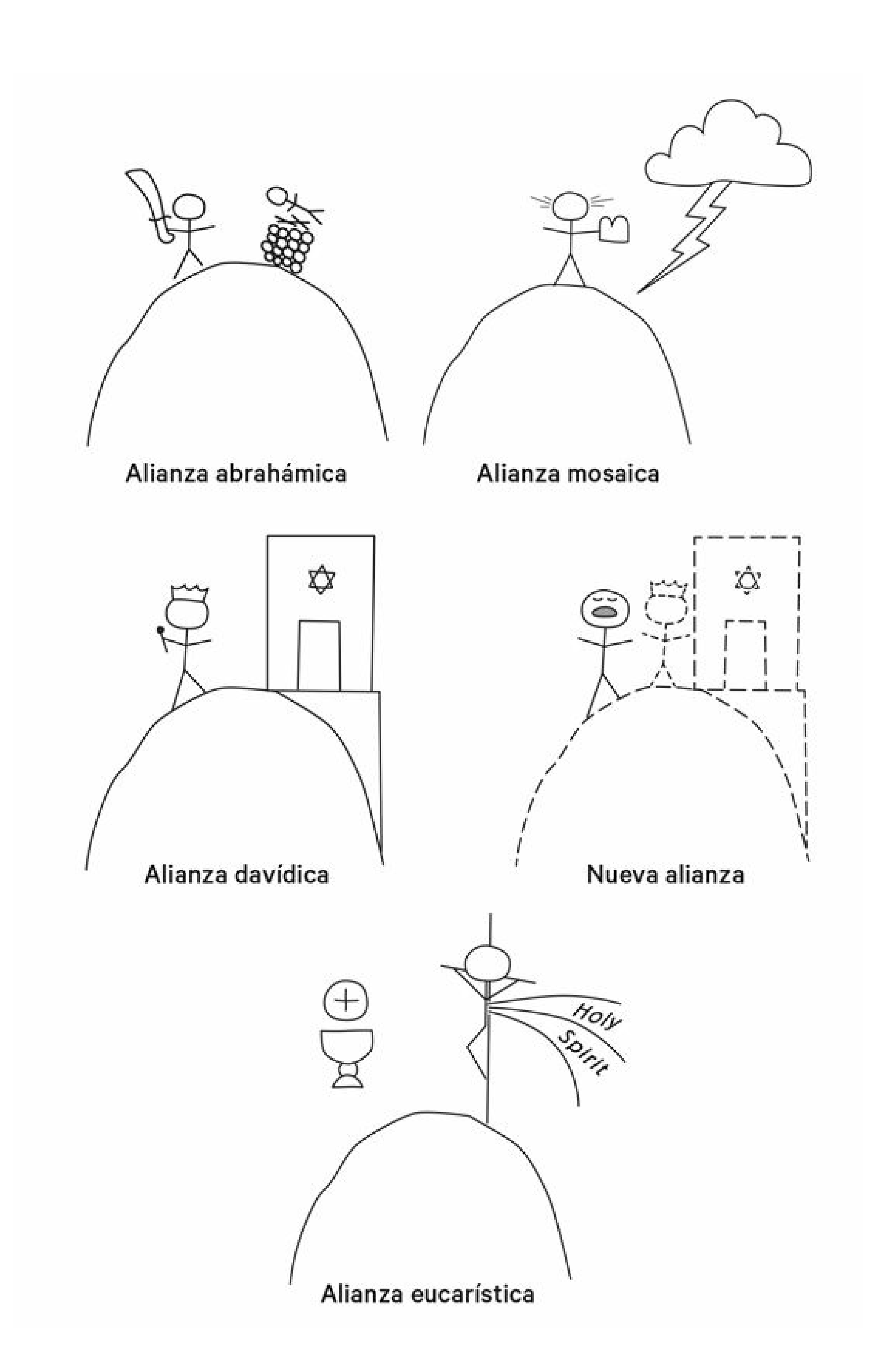
Nuestros rostros brillan porque somos «hijos de Dios». Y eso es algo único del cristianismo. Las demás religiones ni siquiera *pretenden* hacer de ti un hijo de Dios. En el islam Dios no tiene hijos: tiene siervos —o más bien esclavos—. Lo máximo que se puede esperar es ser un buen esclavo. En el budismo puede que Dios exista o puede que no: en realidad, eso no importa, porque el objetivo no consiste en hacerse hijo de Dios, sino en desprenderse de la ilusión de la propia identidad. En el hinduismo Dios no es un Padre amante, sino una Fuerza impersonal que puede adoptar diversas formas. En la mayoría de las manifestaciones del judaísmo, Dios es *como* un Padre, pero solo para los *judíos.* Y en el ateísmo uno no es más que un accidente en un inmenso universo

accidental. Las distintas religiones no son un camino que asciende hasta el mismo monte, sino que escalan montes diferentes:



Y hablando de montes: hemos llegado al final de nuestra gira por los siete montes y los siete mediadores de la historia de la salvación:




Alianza abrahámica
Alianza mosaica
Alianza davídica
Nueva alianza
Holy
Spirit
Alianza eucarística

TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. ¿Qué cambios se operaron en Judea tras el regreso del exilio?
2. Expón qué problemas surgieron con los reyes posteriores al exilio.
3. ¿Por qué es tan importante la genealogía de Jesús recogida por Mateo?
4. Explica brevemente cómo se cumplen en Jesús todas las alianzas del Antiguo Testamento.

Temas de debate

1. ¿Qué le responderías a alguien que defiende que Jesús es solo uno de los medios para llegar a Dios y que existen muchos otros caminos?
2. ¿Has encontrado en este capítulo alguna idea nueva que te permita entender mejor la alianza eucarística? De ser así ¿influirá de algún modo en tu participación en la misa o en tu vida?

[1] Eso es lo que dice el historiador Josefo: véase *Antigüedades de los judíos,* 14:403 (14.15.2.403).

[2] Véase Scott Hahn, ed. *The Catholic Bible Dictionary* (New York: Doubleday, 2009), 5.

[3] Véase Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret. Desde el bautismo hasta la transfiguración* (Madrid: La Esfera de los Libros, 2007).

[4] Véase Josefo. *Antigüedades de los judíos,* I, 7, 4. «El sumo sacerdote se ponía un ropaje de color azul. Es un manto también largo, que llega hasta los pies... Este vestido *no estaba compuesto de dos piezas, ni estaba cosido en los hombros y en los costados; era una sola vestimenta larga, tejida de tal modo que le quedara una abertura en el cuello*» (la cursiva es mía).

[5] Entre los muchos que se han escrito destaca el de Dale Allison. *The New Moises: A Matthean Typology* (Minneapolis, MN: Augsburg, 1993).

[6] Ver mi entrada «genealogía» en *The Westminster Dictionary of New Testament and Early Christian Literature and Rhetoric*, ed. David Aune (Louisville, KY: Westminster John Knox, 2003). Las genealogías de la Antigüedad se elaboraban en función de la legalidad o de la biología, o bien de ambas. En mi opinión, el interés de Mateo en el capítulo 1 de su evangelio estriba en identificar a Jesús como heredero legal al trono, mientras que a Lucas (capítulos 1 y 2) le interesa más la figura de María y de los parientes físicos del Señor. San José podía considerarse el hijo de dos hombres (cf. Mt 1, 16 y Lc 3, 23), porque si —como asegura la tradición— la Virgen era hija única, José se habría convertido en el hijo y heredero legal del padre de María (quizá el «Helí» de Lc 3, 23) tras su matrimonio con ella.

[7] A este respecto, véase Brant Pitre. *Jesus and the Jewish Roots of the Eucharist* (New York: Doubleday, 2011), 147-70.

[8] La presencia de estos torrentes de sangre en el Templo de Herodes aparece recogida en la *Mishná*, Tratado *Middot* 3:2: «En el ángulo sudoccidental había dos orificios, como las dos ventanillas de la nariz, finos, por los que la sangre, que era asperjada en la base occidental y en la base meridional, descendía, yendo a mezclarse (con el agua) del canal, que iba a parar al torrente Cedrón».

[9] Véase, por ejemplo, *Summa Theologiae*, I-II, c. 106, art. 1.

8.
LA CONSUMACIÓN DE LA ALIANZA: LA CENA DE LAS BODAS DEL CORDERO

Lecturas recomendadas: Apocalipsis 1, 17, 21-22

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR HEMOS VISTO cómo estableció Jesús la alianza eucarística con su vida, su muerte y su resurrección. Hemos visto cómo podemos volver a ser hijos de Dios si recibimos el Espíritu Santo en el bautismo y renovamos ese Espíritu en nosotros mediante la Eucaristía y los demás sacramentos. Y eso es lo que la Iglesia cristiana ha venido haciendo durante los dos mil años transcurridos desde que Jesús ascendió al cielo. Pero aún nos queda una pregunta por responder: ¿adónde vamos?

Me imagino que una de las respuestas posibles es «al cielo». Sabemos que el cielo constituye la meta de todos y cada uno de nosotros. Caminando junto a Jesús, fortalecidos por los sacramentos, esperamos contemplar a Dios cara a cara en la vida futura, después de nuestra muerte física.

Pero ¿qué pasa con la historia humana? ¿Sigue actuando Dios en la historia, guiándola hacia algún objetivo? La respuesta es un sí rotundo. Dios no ha soltado el timón. Seguimos viajando hacia una boda familiar. Jesús regresará, la Iglesia será purificada y la historia terminará. Es lo que la Biblia denomina la «cena de las bodas del Cordero».

El libro bíblico que más información aporta sobre el final de la historia es el Apocalipsis o libro de la Revelación (en singular; es «revelación», no «revelaciones»: un error muy frecuente). Se llama libro de la Revelación porque en él alguien llamado Juan deja por escrito la *revelación* o la visión del cielo y del final de los tiempos que ha recibido. La tradición nos dice que ese alguien es el apóstol Juan[1], y son muchas las semejanzas entre el Apocalipsis y el evangelio de Juan.

El Apocalipsis es uno de los libros más controvertidos de la Biblia —quizá *el más* controvertido—. No todos los Padres de la Iglesia lo admitieron. A lo largo de los siglos ha provocado tanto pánico entre algunos cristianos que lo han ignorado. A otros les ha parecido fascinante y se han obsesionado con él. Y hay pasajes que a todos nos cuesta entender.

Hasta el día de hoy, se han suscitado muchos debates acerca del Apocalipsis y algunos cristianos han llegado a asegurar que debemos interpretarlo de determinada manera si queremos salvarnos; cosa que, evidentemente, no es cierta. La salvación se deriva del seguimiento de Cristo, que dijo: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí

mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga» (Lc 9, 23): salvarse no depende de una correcta interpretación del Apocalipsis —afortunadamente—.

En este breve capítulo no vamos a resolver todas las dificultades de interpretación del Apocalipsis. Pero sí vamos a obtener de él una «visión de conjunto» de hacia dónde se dirige la historia humana.

Para empezar, vamos a echar una rápida ojeada al libro. El Apocalipsis empieza con san Juan exiliado en una pequeña y árida isla llamada Patmos, situada frente a la costa de la moderna Turquía y cerca de la ciudad de Éfeso, un importante enclave del cristianismo primitivo. Aunque Juan no nos dice exactamente en qué fecha escribe, debió de ser en la década de los 60 d. C., durante la persecución del tristemente célebre emperador Nerón[2], el mismo que ordenó ejecutar a Pedro y a Pablo en Roma.

Una mañana de domingo, repentinamente, Juan experimenta una visión en la que contempla a Jesús, cuyo cuerpo glorioso revela su divino poder. El Señor dicta a Juan un mensaje para cada una de las siete iglesias locales de las principales ciudades de Asia menor (la Turquía moderna), dirigiéndoles a todas ellas palabras de ánimo junto con una serie de advertencias. Juan lo deja todo por escrito y a continuación es elevado al cielo, donde contempla el culto celestial de los ángeles y los santos. Los actos de culto celestiales de las visiones de Juan se asemejan a los actos de culto terrenales que les resultan familiares tanto a judíos como a cristianos:

- se ofrece incienso en oración
- se hacen ofrendas derramando cuencos de vino (cuencos de la *libación*)
- suenan trompetas que alaban a Dios y convocan al pueblo
- se abren y se leen libros sellados.

Lo curioso es que, mientras Juan contempla todo lo que sucede en el culto celestial, al mismo tiempo es testigo de los extraordinarios acontecimientos que tienen lugar en la tierra; las grandes plagas, catástrofes y juicios previos al fin de la historia y seguidos de una apoteosis en la que una ciudad grande y perversa, descrita como una ramera, acaba arrasada por distintos desastres. A continuación, una ciudad nueva, cuyas características coinciden con las de una novia, desciende del cielo, de parte de Dios, y se une a un personaje cuyo nombre es «el Cordero». El pueblo de Dios entra en la ciudad y Él pone fin a todas sus desgracias, su dolor y sus penas.

Esta es la línea argumental del libro. Ahora bien ¿a qué se está refiriendo? Yo diría que a dos cosas: (1) a la misa; y (2) a la historia humana.

El Apocalipsis nos habla, en primer lugar, de la misa. Todos sabemos —o deberíamos saber— que cada vez que asistimos a misa nos unimos espiritualmente al culto celestial que se celebra ininterrumpidamente, a los ángeles y a los santos que están en presencia de Dios. De ahí que, antes del «Sanctus», el sacerdote pronuncie unas palabras semejantes a estas: «Por eso, con los ángeles y arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria». Y a continuación, igual que los ángeles en Apocalipsis 4, 8, todos juntos cantamos o rezamos: «Santo, santo, santo...».

Cuando era pastor protestante, solía criticar a los católicos por el insólito ceremonial de la misa; por las vestiduras, las velas, los incensarios, etc. Como muchos otros protestantes, me burlaba de tanta campanilla y tanto perfume, que me parecían rotundamente «no bíblicos».

Naturalmente, nunca me pregunté si lo que empleaba yo en mis actos de culto era «bíblico»: ¿en qué lugar de la Biblia aparecen —por poner un ejemplo— trajes y corbatas? Por no hablar de los micrófonos y las guitarras eléctricas...

Lo cierto es que, aunque yo no fuera consciente de ello, la clase de vestiduras y de objetos empleados en las misas católicas *son* muy bíblicos. El caso es que a mí nunca se me ocurrió abrir el libro del Apocalipsis, donde hallamos el modelo celestial de lo que empleamos en misa: candelabros, altares, incienso e incensarios, vestiduras blancas, cuencos, libros sagrados e instrumentos musicales. Durante siglos, el Apocalipsis ha servido de inspiración para nuestro culto. La Iglesia ha dado forma al culto siguiendo el modelo que Dios mostró a Juan.

Y eso es así porque, cuando asistimos a misa, asistimos al mismo culto que se desarrolla en el cielo. El centro lo ocupa la misma persona: el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Ap 5, 12-13; Jn 1, 29). Jesús, el Cordero, está en el cielo y, al mismo tiempo, su cuerpo y su sangre son la Eucaristía que recibimos en la misa. Él nos une a los ángeles y a los santos.

El Apocalipsis nos muestra la realidad que se verifica en cada misa y nos enseña que nuestro culto es un anticipo del cielo, cosa que no satisface a todo el mundo. A muchos la misa les aburre; de modo que, si la misa es un anticipo del cielo, la vida futura no les resulta demasiado atractiva. ¿Por qué nos aburrimos en misa? Nos aburrimos porque nuestro cuerpo no reacciona ante la realidad que se está produciendo. Por lo general, no experimentamos ninguna sensación física cuando recibimos dentro de nosotros el cuerpo y la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo. Tenemos que recurrir a nuestra fe en que lo que está sucediendo realmente es eso. En este mundo hay una desconexión entre la realidad y nuestros cuerpos causada por el pecado.

En el cielo nuestros cuerpos glorificados sí reaccionarán ante la dicha de lo que está ocurriendo. Los esposos conocen la dicha de unirse los dos en un solo cuerpo. Por eso el Apocalipsis describe el cielo como «la boda» del Cordero con su esposa. En el cielo experimentaremos la dicha de unirnos a Jesús, nuestro esposo. Ya no necesitaremos de un acto de fe para creer que eso es lo que está sucediendo. Cuesta imaginar cómo será, pero san Pablo, que sí contempló el cielo, lo describe así: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman» (1Co 2, 9).

El libro del Apocalipsis trata también de la historia humana. Casi al inicio del libro, Juan saluda a sus lectores cristianos con una bendición: «La gracia y la paz estén con vosotros, de parte de aquel que es, que era y que va a venir» (Ap 1, 4). En cierto sentido, es Jesús quien «es, era y va a venir». Jesús está aquí, en el presente («el que es»), en el pasado («el que era») y en el futuro («el que va a venir»). El presente, el pasado y el futuro son también los tres ámbitos de interpretación del libro: el Apocalipsis nos habla

de la acción histórica de Jesús en el pasado («que era»), en el presente («que es») y en el futuro («que va a venir»). El libro contempla estos tres niveles.

«QUE ERA» EN EL PASADO

Empecemos por el pasado. El Apocalipsis nos habla de los acontecimientos que sucedieron hace mucho tiempo, durante la destrucción de la ciudad de Jerusalén en el año 70 d. C.[3]. En la década de los 60, que es cuando escribía Juan, esos acontecimientos pertenecían a un futuro cercano («lo que va a suceder pronto» —1, 1 —), pero nosotros los vemos en retrospectiva. Buena parte del libro del Apocalipsis es el preámbulo de la aniquilación de una «gran ciudad» que se describe como una «ramera» confabulada con una «bestia» o un «dragón» aterrador (Ap 17-18). Son muchos los que ven en esa «gran ciudad», en esa «ramera», a la ciudad de Roma, pero Roma nunca fue destruida de ese modo. No obstante, hay otra «gran ciudad» que sí fue destruida de la manera descrita (17, 16) en torno a la fecha en que se escribió el libro, y esa ciudad es Jerusalén. La relación no se suele apreciar porque se pasan por alto algunos indicios: el Apocalipsis dice que en esa «gran ciudad» es donde el «Señor fue crucificado» (11, 8): Jerusalén, evidentemente. Además, el Antiguo Testamento califica más de una vez a Jerusalén de «ramera» (Is 1, 21; Jr 2, 20 y 3, 1; Ez 16, 23). En tiempos de san Juan Jerusalén era inmensamente rica e influyente: probablemente la ciudad más rica del imperio romano. La riqueza de la ciudad descrita en el capítulo 18 del Apocalipsis no exagera en absoluto lo que era Jerusalén[4].

El capítulo 17 del Apocalipsis dice que la ciudad ramera reposaba sobre una bestia de siete cabezas. Es probable que esa bestia representara a Roma: los líderes de Jerusalén debían su poder a Roma y dependían de ella para mantener su estatus. Pero en torno al año 66 esa relación con Roma se rompió. Jerusalén se rebeló. Entonces la «bestia» romana se volvió en contra de la ciudad y la destruyó. Fue una de las mayores catástrofes humanas de la Antigüedad. El historiador judío Josefo, contemporáneo a la destrucción de Jerusalén, recoge lo que sucedió[5]. Afirma que las víctimas se contaron por millones e informa de los signos milagrosos que aparecieron en el cielo —tal y como se describen en el Apocalipsis— antes de la destrucción de la ciudad. Algunos especialistas han demostrado las llamativas coincidencias que existen entre las plagas y la destrucción que recoge el Apocalipsis y los horribles sucesos que rodearon la conquista de Jerusalén.

El Apocalipsis nos habla del pasado, de algo que «era». Nos describe de un modo simbólico y muy vívidamente las plagas y los desastres que azotaron Jerusalén y que llevaron a la aniquilación de la ciudad a manos de la «bestia» romana (Ap 17-18). Jerusalén, la ciudad del Templo, fue sustituida por una nueva «ciudad del Templo», la Iglesia (Ap 19). La ciudad nupcial que desciende en Apocalipsis 21 reemplaza a la ciudad ramera destruida en Apocalipsis 17. Es la representación de la institución de la Iglesia terrenal como el lugar de culto a Dios, en sustitución del Templo de piedra que se alzó en su día en Jerusalén.

«QUE ES» EN EL PRESENTE

Pero aún hay más. El Apocalipsis describe también el *presente.* A lo largo de todo el libro vemos cómo en cualquier época, incluida la nuestra, se repite el mismo patrón. El Apocalipsis cuenta la historia de la rebelión del hombre contra Dios, cuyas consecuencias son las plagas y el juicio. Unas plagas que no provocan el arrepentimiento, sino un odio aún mayor hacia Dios. El Apocalipsis cuenta también la historia de una ciudad ramera que maneja el poder mundial en beneficio propio y persigue al pueblo de Dios con esa intención. Al final, esa ciudad acaba destrozada por los mismos poderes que utilizó contra el pueblo de Dios. Sí, eso fue lo que ocurrió en la Antigüedad con los dirigentes de Jerusalén, pero hay muchas otras ciudades que han recorrido el mismo camino en distintos momentos del tiempo: París, Roma, Berlín, Moscú, Estambul y otras. Todas ellas han sido en una u otra época centros de poder y persecución en los que se ha dado rienda suelta al odio contra el pueblo de Dios. Aunque temporalmente parecieran fuera de control, al final acabaron hundiéndose. Todas las épocas han contemplado ciudades rameras, imperios bestiales y anticristos.

El mismo san Juan dice en otro de sus libros: «Habéis oído que tiene que venir el Anticristo: pues bien, ya han aparecido muchos anticristos. Por eso sabemos que es la última hora» (1Jn 2, 18). Ha habido muchos anticristos: con frecuencia, líderes políticos que pretenden ser enviados del cielo. Se proclaman nuevos mesías cuando en realidad solo son tiranos diabólicos. A veces la lucha entre el bien y el mal puede llegar a ser verdaderamente «apocalíptica». No podemos culpar a muchos de los que han creído ver el fin del mundo en la guerra de los Treinta Años, en la Revolución francesa, la primera guerra mundial, la revolución rusa, la segunda guerra mundial, o en muchos otros conflictos menos conocidos. Todos ellos han sido señales del gran conflicto final que precederá a la venida de Cristo.

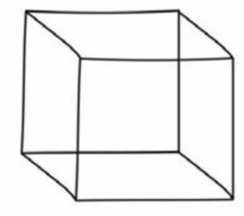
«QUE VA A VENIR» EN EL FUTURO

El Apocalipsis, por último, nos habla también del futuro, de lo que «va a venir». Describe una serie de plagas y desastres mundiales que azotarán la tierra antes del regreso de Cristo y del juicio final. Basándose en el Apocalipsis y en otros pasajes de la Escritura, la Iglesia siempre ha sabido que habrá un tiempo de prueba y de juicio antes de que llegue el final. Esto es lo que dice el *Catecismo*: «Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes» (675); «el triunfo del Reino de Cristo no tendrá lugar sin un último asalto de las fuerzas del mal» (680). En Norteamérica muchos cristianos creen que los seguidores de Jesús serán «raptados» y conducidos al cielo antes de que llegue ese tiempo de prueba y de juicio: una idea muy consoladora cuyo atractivo salta a la vista. Pero no es eso lo que cree la Iglesia ni lo que enseñan las Escrituras. La teoría del rapto fue difundida a principios del siglo XIX por un predicador protestante británico llamado John Nelson Darby[6]. No obstante, la enseñanza de Jesús es que sus discípulos sí pasarán por la tribulación final (Mt 24, 9-14; 20-21).

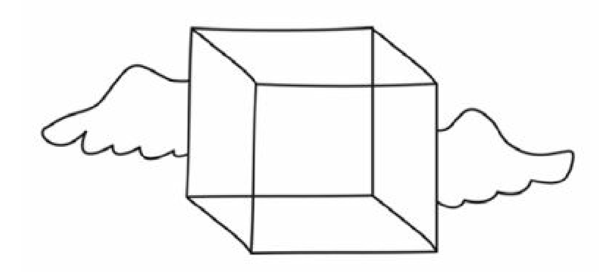
¿Cómo es posible que el Apocalipsis describa al mismo tiempo la destrucción de Jerusalén (algo del pasado) y el fin del mundo (algo del futuro)? Buena pregunta. Para entender cómo y por qué es posible algo así, hemos de saber una cosa acerca de Jerusalén y, sobre todo, del Templo. El Templo de Jerusalén era un símbolo de la totalidad del cosmos[7], el «ombligo del universo». Las vestiduras del sumo sacerdote, los vasos litúrgicos y la arquitectura y la decoración del Templo estaban diseñados de modo que representaran el universo y todo lo que este contiene: el sol, la luna, las estrellas, los cielos y los mares, la tierra, las plantas, los animales, los ángeles y los seres humanos. El sacerdote que entraba en el Templo para dirigir el culto y ofrecer sacrificios era el hombre cósmico que entraba en el Templo del Universo para glorificar a Dios. La santidad del Templo se extendía hasta impregnar toda la ciudad de Jerusalén. No era una ciudad con un templo: era una ciudad-templo. Por eso, la destrucción tanto del Templo como de Jerusalén llevada a cabo por los romanos poseía un significado cósmico. Era la destrucción simbólica del universo. Y la clase de desastres que azotaron Jerusalén antes de su desaparición son signos y profecías de lo que sucederá en el mundo entero antes del final de los tiempos.

Pero no quiero empantanarme ahora en los tiempos difíciles que sobrevendrán antes del final. ¡Dios nos sacará de ellos! ¡No durarán eternamente! Lo que quiero es centrarme en la dicha que vendrá después. La «cena de las bodas del Cordero», como la llama la Biblia, será literalmente la cena definitiva.

San Juan describe la cena de las bodas del Cordero en los dos últimos capítulos de la Biblia. Durante una visión contempla «la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo»: una novia hermosísima adornada con oro y piedras preciosas de toda clase (Ap 21, 15-21), para la que, sin embargo, sería bastante complicado confeccionar un vestido de boda que le sentara bien. Hay quien dice que las medidas ideales son 90-60-90, pero las de esta novia eran 2.222-2.222-2.222... ¡kilómetros, no centímetros! (Ap 21, 16). De hecho, la novia es un cubo perfecto, una inmensa ciudad rectangular que baja del cielo para «desposarse» con el Cordero. La dibujaremos así:



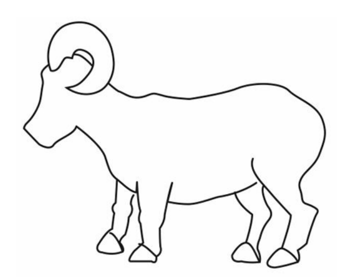
Y le añadiremos unas alas que le permitan descender volando del cielo:



Conviene explicar el significado de la forma cúbica. En la Biblia solo existe una cosa sagrada que sea un cubo perfecto: el Santo de los Santos, la sala interior del Templo donde se guardaba el Arca y donde se percibía la presencia de Dios. La forma cúbica de la nueva Jerusalén significa que, en el futuro, todo el pueblo de Dios será un único y gran Santo de los Santos. Dios estará tan presente en cada una de las partes de su nueva ciudad-templo como lo estaba en el Santo de los Santos.

Esta nueva ciudad-templo es la Iglesia. San Pablo llama a la Iglesia «templo santo en el Señor» (Ef 2, 21) y pregunta a los cristianos: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?» (1Co 6, 19).

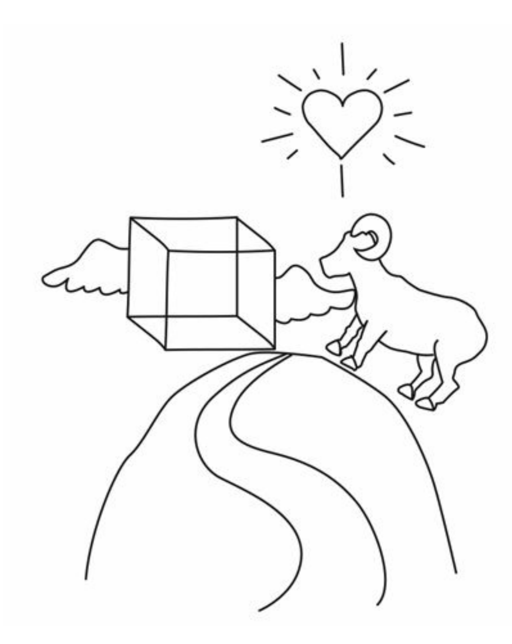
La novia que desciende del cielo es la Iglesia. Y lo sabemos porque en otros pasajes del Nuevo Testamento recibe los nombres de esposa, templo y Jerusalén celestial (Ef 2, 19-22; 5, 25-32; Hb 12, 22-24). Desciende para encontrarse con su esposo, Jesús, que aparece bajo la forma de un cordero:



Nos vienen a la memoria las palabras de Juan el Bautista la primera vez que vio a Jesús: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). El cordero está en un «monte de gran altura», el monte Sión celestial.



Si lo unimos todo, obtenemos nuestro último símbolo gráfico de la historia de la salvación: la consumación de la alianza en la cena de las bodas del Cordero.



La consumación de la alianza significa el cumplimiento o la culminación de todas las alianzas. En la esposa, la Nueva Jerusalén, hallamos imágenes y reminiscencias de todas las alianzas bíblicas.

Del centro de la ciudad brota el torrente de vida en cuyas dos orillas crece el árbol de la vida (Ap 22, 1-2): un río y un árbol que no habíamos vuelto a ver desde el Edén y la alianza adánica. No obstante, recordemos que el torrente de sangre y agua que mana del costado del cuerpo de Cristo constituye una imagen del torrente de vida que es el Espíritu Santo.

La ciudad tiene doce puertas, cada una de las cuales lleva uno de los nombres de las doce tribus de Israel, el nieto de Abrahán y heredero de la alianza abrahámica (Ap 21, 12).

La ciudad posee doce cimientos formados por las doce piedras preciosas que empleó Moisés para confeccionar el pectoral del sumo sacerdote (Ap 21, 19-20; véase Ex 28, 17-

21), lo que nos remite a la alianza mosaica.

La ciudad recibe el nombre de «la ciudad santa, Jerusalén». Jerusalén fue la capital de David elegida por Dios para integrarla en la alianza que hizo con él (Ap 21, 10; véase Sal 132).

Sobre los pilares de la ciudad están escritos los nombres de los doce Apóstoles, los mismos que participaron en la Nueva Alianza en el cenáculo (Ap 21, 14; véase Lc 22, 20 y 28-30).

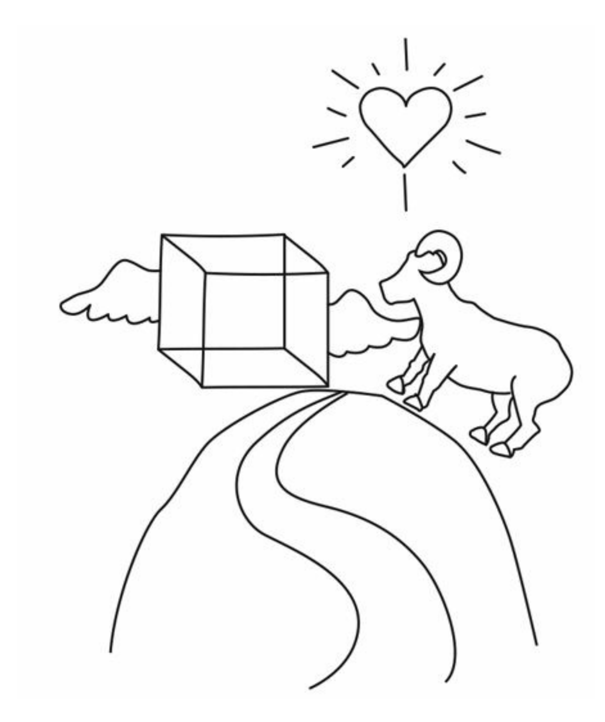
Así pues, la esposa del Cordero, la Nueva Jerusalén, contiene lo mejor de cada una de las alianzas.

Es evidente que el destino de la novia es una boda, y de las bodas surge una alianza matrimonial; de modo que entre el Cordero y la Sión celestial existe una auténtica relación de alianza. No obstante, en estos últimos capítulos de la Biblia no aparece la palabra *alianza*; de ahí que no añadamos este octavo símbolo a nuestro cómputo de las alianzas. ¿Por qué? En primer lugar, porque es la forma final de la alianza eucarística. En segundo lugar, porque las alianzas tienen un objetivo: integrar a alguien en la familia. El objetivo no es la alianza, sino la familia. Por eso en los últimos capítulos de la Biblia, en lugar de oír hablar de alianza, nos encontramos un vocabulario asociado a la familia. «Dios mismo estará entre ellos. Él enjugará toda lágrima de sus ojos» (Ap 21, 3-4), como hace un buen padre con la hija que se ha raspado la rodilla. «Yo seré su Dios y él será mi hijo» (Ap 21, 7), promete Dios a cuantos perseveren en la prueba final. «Ellos verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes» (Ap 22, 4): todos llevarán el apellido familiar y verán a su padre cara a cara.

La imagen final de la historia humana, por lo tanto, está formada por Dios viviendo en el hogar familiar —la Nueva Jerusalén— junto con su pueblo. Se puede decir, por un lado, que la Nueva Jerusalén es el cielo, y en cierto sentido es así. Pero, por otro lado, sabemos que la esposa de Cristo ya existe en la tierra y que la Iglesia es ya la ciudad-templo de Dios. Hace falta fe para verlo así, porque ninguno de los que formamos la Iglesia somos perfectos. Seremos perfectos en el cielo. Por eso a la Iglesia del cielo la llamamos la «Iglesia triunfante». Quienes están en el cielo han triunfado sobre el pecado, la muerte y el demonio. Aquí, en la tierra, nosotros somos la «Iglesia militante», porque todavía continuamos luchando contra ellos. Pero, aun en medio de esa lucha, seguimos siendo la esposa de Cristo y el templo de Dios. Por eso la visión final del libro del Apocalipsis nos muestra a la Iglesia descendiendo a la tierra para ser el verdadero templo de Dios que sustituye al Templo de piedra de Jerusalén destruido por los romanos: algo que ocurrió en el pasado (70 d. C.). Pero es también una visión del futuro en el que el pecado, la muerte y el demonio desaparecerán y todo el pueblo de Dios vivirá con Él como viven los hijos con un padre.

No existe una visión más hermosa. La Biblia no concluye con la paralización del universo (la «muerte térmica»), ni con el fin de los ciclos de la reencarnación, ni siquiera con un amo divino que reparte recompensas entre sus criados. La Biblia concluye con el pueblo de Dios «desposado» con Jesús, el Cordero, habitando en una gran ciudad que es

su hogar familiar, en el que su Padre Dios vive junto a él. ¡Ahí debemos tener puestas nuestras esperanzas!



[1] El estilo griego que caracteriza al libro del Apocalipsis es muy diferente del estilo del evangelio de Juan. De ahí que muchos especialistas crean que no fueron escritos por la misma persona. Por otra parte, el estilo de los escritores cambia con los años y responde a circunstancias vitales distintas. Si Juan escribió el libro del Apocalipsis en un momento determinado de su vida (c. 60 d. C.) y a continuación el evangelio (c. 90 d. C.), puede que en esos treinta años su estilo sufriese muchos cambios. Con respecto a la autoría del Apocalipsis, véase *The Ignatius Catholic Study Bible: New Testament* (San Francisco: Ignatius Press, 2010), 489-91; Juan Chapa. *Why John Is Different: Unique Insights in the Gospel and Writings of St. John* (New Rochelle, NY; Scepter, 2013), 214-216; y Michael Barber. *Coming Soon: Unlocking the Book of Revelation and Applying Its Lessons Today* (Steubenville, OH: Emmaus Road, 2005), 1-7, y en particular 289-292.

[2] Por lo general se cree que el Apocalipsis se escribió bien en los años 90, durante la persecución del emperador Domiciano, bien en los años 60, durante la persecución de Nerón. Últimamente la fecha más temprana cuenta con más defensores, en parte porque no existe otra prueba de que hubiera una persecución en tiempos de Domiciano salvo la del libro del Apocalipsis. Véase Barber. *Coming Soon*, 1-7, 289-292.

[3] Muchos comentaristas han visto en la ciudad ramera de Apocalipsis 17 una imagen de Roma, y algunos protestantes radicales la han identificado con la Iglesia católica romana. Otros, no obstante, esgrimen razones sólidas para identificar la ciudad ramera con Jerusalén. Véase el debate en *The Ignatius Catholic Study Bible*, 514-515.

[4] Según el historiador judío Josefo, los romanos creían que la riqueza de Jerusalén era mayor que la de Roma. Véase Josefo. *Guerra de los judíos*, libro VI, 6.2. Se trata de un hecho confirmado por recientes investigaciones

arqueológicas que han hallado importantes concentraciones de plata en la cerámica de Jerusalén de esta época derivadas de la ingente cantidad de monedas de plata que circulaban en la ciudad. Véase «Silver Anomalies Found in Jerusalem Pottery Hint at Wealth During Second Temple Period», nota de prensa de Berkeley Lab Research News, 27 de septiembre de 2006 (http://www2.lbl.gov/Science-Articles/Archive/EETD-Jerusalem-pottery.html).

[5] Véase la obra de Josefo *Guerra de los judíos*, en particular los libros V y VI. El libro VI, 9:3, nos proporciona el número de bajas. Varios especialistas han puesto de relieve las semejanzas entre los acontecimientos que condujeron a la destrucción de Jerusalén y el relato del libro del Apocalipsis; por ejemplo, Kenneth L. Gentry. *Before Jerusalem Fell: Dating the Book of Revelation* (Atlanta: American Vision, 1998).

[6] Véase Carl Olson. *Will Catholics Be «Left Behind»?* (San Francisco: Ignatius Press, 2003); y David Currie. *Rapture: The End-Times Error that Leaves the Bible behind* (Manchester, MA: Sophia Institute Press, 2004).

[7] Véase Josefo. *Antigüedades judías*, libro III, VII.7: «Si alguien considerase la hechura del tabernáculo, y observase las vestimentas del sumo sacerdote, y de los vasos que empleamos en nuestros servicios sagrados, descubrirá que... todas están hechas imitando el universo». Véase también la *Vida de Moisés* del antiguo filósofo judío Filón (2:143): «Luego [Moisés] les colocó [a los sacerdotes] las sagradas vestiduras; a su hermano la túnica hasta los pies y el efod semejante a una coraza, es decir, la túnica de variada confección, representación del universo».

Compárense también *Vida de Moisés,* 2: 135, y libro de la Sabiduría 18, 24. Véase también G.K. Beale. «Cosmic Symbolism of Temples in the Old Testament». *The Temple and the Church's Mission: A Biblical Theology of the Dwelling Place of God* (Downers Grove, IL: Inter-Varsity Press, 2004), 29-80; y Jon D. Levenson. *Sinai & Zion: An Entry into the Jewish Bible* (Minneapolis: Winston Press, 1985), 138-39: «El Templo es un microcosmos de lo que el propio mundo es el macrocosmos».

ÚLTIMAS PALABRAS

HEMOS COMPLETADO UNA GIRA relámpago por el relato bíblico: espero que te haya resultado útil.

Según el *Catecismo de la Iglesia católica*, el criterio fundamental de la interpretación bíblica consiste en tener siempre presentes su «contenido» y su «unidad» (112).

Al «contenido» de la Biblia ya tienes cierto acceso solo con estar atento en misa y leerla de vez en cuando por tu cuenta. El principal objetivo de este libro ha sido mostrar la «unidad» de la Biblia, es decir, cómo encaja todo dentro de ella. Esta es una de las oraciones que se emplean en la misa: «Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación». El análisis de las alianzas que —desde Adán hasta Jesús— se han ido sucediendo en el transcurso de la historia de la salvación nos ha revelado cuánta verdad contiene esta oración.

Tengo la esperanza de que este libro haya facilitado una «visión de conjunto» que ayude a entender mejor los «retratos» más detallados extraídos de la selección de pasajes bíblicos que escuchamos en misa o de nuestra lectura personal. Si nuestra mente conserva el horizonte «visual» de los montes y los mediadores, resulta más fácil encajar la mayoría de los relatos y de las enseñanzas del Antiguo Testamento en el lugar que les corresponde dentro de la historia. Y es más fácil entender las lecturas del evangelio que escuchamos si descubrimos en las palabras y en las obras de Jesús los recordatorios de Adán, Moisés, David y demás mediadores de alianza. Así empezamos a experimentar esa sensación de *déjà vu* que los autores evangélicos han pretendido transmitirnos cada vez que escuchamos la vida de Jesús.

Este podría ser, a modo de conclusión, el resumen del mensaje de la Biblia: Jesús nos ha devuelto la relación filial con Dios de la que Adán disfrutó en su día. Igual que Dios insufló en la nariz de Adán el «aliento de vida» e hizo de él un ser humano, así a través del bautismo Jesús nos hace partícipes del «Espíritu de Vida», el Espíritu Santo que nos convierte en hijos vivos de Dios.

¿Cuál es la respuesta que merece el mensaje de la Escritura?

En primer lugar, *recibir los sacramentos con un entusiasmo mayor*. Ahora ya nos hemos hecho una idea del «gran relato» de la historia de la salvación. Un buen relato suele dejar en nosotros el deseo de formar parte de él: a mis hijos, por ejemplo, les fascinaba la saga de *Star Wars* y se gastaron buena parte de la paga comprando las figuras de los personajes y los artilugios que les permitieran recrear el relato. Ahora bien,

la Biblia es mucho mejor que la ciencia ficción. Es, como se suele decir, la «mayor historia jamás contada». Es lógico que queramos *formar parte* de ella y Dios nos ha facilitado cómo hacerlo a través de los sacramentos.
Los sacramentos nos permiten tomar parte en los acontecimientos de la Escritura.
Cuando recibimos el bautismo, vivimos:

- la creación que surge de las aguas en el amanecer de los tiempos;
- la supervivencia de la familia de Noé frente a las aguas del diluvio;
- el paso de los israelitas por el Mar Rojo; y
- la inmersión y la salida de Jesús de las aguas del río Jordán en presencia de Juan el Bautista.

Gracias al poder de los sacramentos, compartimos todas estas experiencias y nuestra historia pasa a integrarse en la «mayor historia» de todas.
Del mismo modo, cuando recibimos la Eucaristía participamos de:

- el fruto del árbol de la vida del jardín del Edén;
- el maná caído del cielo cuando Israel erraba en el desierto;
- los grandes banquetes celebrados por David y sus sucesores en Jerusalén; y
- la última cena de Pascua de Jesús y sus apóstoles.

Todos estos acontecimientos se convierten en cosas que hemos hecho también *nosotros,* y la historia de la Escritura se convierte en *nuestra* historia. Este es el misterio sacramental.

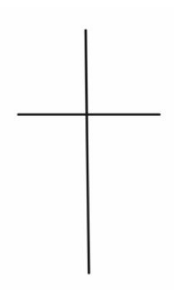
En segundo lugar, *imprimir más vitalidad a nuestra fe católica.* Nuestra fe nos enseña que, como hijos de Dios en Cristo, hemos recuperado todos los derechos y privilegios de Adán. Como Adán, podemos llamar a Dios «Padre» (Lc 3, 38). Como miembros de la realeza, en lugar de dejarnos gobernar *por* nuestras pasiones y nuestras posesiones, gobernamos *sobre* ellas. Como profetas, transmitimos la palabra de Dios a los que tenemos a nuestro alrededor. Como sacerdotes, ofrecemos a diario nuestras vidas a Dios en «sacrificio vivo» por la salvación del mundo entero. Por último, como esposos, nuestro amor y nuestro gozo residen en abrazar a nuestro verdadero Esposo cada vez que acudimos a recibir la comunión. Si queremos asumir todos estos papeles, podemos aprovechar la excelente guía que nos proporciona el *Catecismo* para vivir compartiendo la realeza de Cristo (908), su sacerdocio (901) y su función profética (904-907), y gozar de Él como nuestro Esposo espiritual (796, 1821).

En tercer lugar, *seguir conociendo mejor la Palabra de Dios*. Si nunca has leído la Biblia entera, quizá haya llegado el momento de intentarlo. Existen unas cuantas guías excelentes para leer toda la Biblia en uno, dos o tres años. Yo te sugiero una de ellas en el apartado «otras lecturas recomendadas», pero te puedes descargar muchas más de Internet. A medida que avances en la lectura, es probable que quieras consultar algún libro sobre la Biblia más completo y que profundice con más detalle del que nos han

permitido a nosotros estas pocas páginas. También para ello ofrezco varias posibilidades en «otras lecturas recomendadas».

En cuarto lugar, *compartir lo que conocemos*. Pese a la brevedad de este libro, a su vocabulario básico y a lo rudimentario del material artístico, creo que los conceptos que hemos compartido y los símbolos empleados pueden ser un modo eficaz de recordar y transmitir algunas ideas de mucha hondura sobre el plan de Dios a lo largo de la historia.

No debería avergonzarnos emplear símbolos sencillos para hacernos entender. La cruz es un símbolo sumamente sencillo y, aun así, contiene más carga teológica de la que es posible exponer en veinte libros.



No te hace falta tener un grado en teología para compartir lo que sabes. Puedes emplear los dibujos que te he enseñado para transmitir algunos conceptos bíblicos elementales en tu catequesis o a un grupo de jóvenes, en un curso bíblico, a un amigo o a tu cónyuge. Algunos alumnos míos han ilustrado las siete alianzas sobre carteles de fieltro o en un Power Point, o se han basado en ellas para estructurar un semestre de clases dirigidas a grupos de jóvenes. ¡Venga, anímate a compartir!

TEMA DE ESTUDIO

Preguntas de repaso

1. Describe los objetos utilizados en el culto celestial (y que utilizamos también en la sagrada liturgia aquí en la tierra).
2. ¿Qué ciudad es la «gran ciudad» o la «ciudad ramera»? Explícalo.
3. ¿Cómo es posible que el Apocalipsis explique al mismo tiempo la destrucción de Jerusalén (70 a. C.) y el fin del mundo (en el futuro)?

4. Describe a la «novia» y al «esposo» del Apocalipsis. ¿Por qué es significativa la «forma» de la novia?

Temas de debate

1. Si la misa es un anticipo del cielo ¿por qué no lo «parece»?
2. ¿Qué le dirías a alguien que cree en el «rapto»?
3. Piensa en la última boda a la que asististe y cómo reaccionó el novio al ver avanzar a la novia por el pasillo. Piensa también en la reacción de la novia y comenta por qué la Escritura describe el cielo como una boda.

OTRAS LECTURAS RECOMENDADAS

Gray, Tim; Cavins, Jeff. *Walking with God: A Journey Through the Bible.* West Chester, PA: Ascension Press, 2010.

Una excelente visión de conjunto del contenido y la estructura de la Biblia desde una genuina perspectiva católica de la interpretación.

Hahn, Scott. *Un padre fiel a sus promesas*. Madrid, Palabra, 2018.

Otra visión de conjunto de la historia de la salvación tratada con mayor profundidad.

Hahn, Scott, ed. *Comprender las Escrituras. Curso completo para el estudio de la Biblia*. Madrid, Edibesa, 2012.

Este libro, concebido como texto no universitario, es excelente también para la lectura personal. Siguiendo una estructura basada en la alianza muy similar a la de *Fundamentos básicos para católicos,* ahonda aún más en las Escrituras.

Rojas, Carmen. *How to Read the Bible Every Day: A Guide for Catholics: A One-Year, Two-Year, and Three-Year Plan for Reading Through the Scriptures.* Cincinnati: Servant Books, 1988.

Un folleto que contiene varios gráficos con guías de lectura de la Biblia para facilitar la lectura completa de las Escrituras al ritmo que cada uno elija.

Sri, Edward. *The Bible Compass: A Catholic's Guide to Navigating the Bible.* West Chester, PA: Ascension Press, 2009.

Sri aborda con claridad aspectos teológicos de fondo que ayudan a interpretar la Biblia.

John Bergsma es profesor de Teología de la Franciscan University de Steubenville (EE. UU.) e investigador senior del St. Paul Center de Teología Bíblica. Elegido en dos ocasiones Profesor del Año por los estudiantes graduados de la Franciscan University, su pasión por las Escrituras sirve de inspiración a sus alumnos.

Doctor en Teología y en Teología Pastoral, ejerció sus funciones como pastor protestante durante cuatro años antes de convertirse al catolicismo en 2011, mientras cursaba el doctorado en Teología en la Universidad de Notre Dame. Especialista en Antiguo Testamento y en los Manuscritos del Mar Muerto sus artículos —algunos de ellos escritos en colaboración con Scott Hahn— se han publicado en conocidas revistas académicas. Es un conferenciante habitual en medios de comunicación de su país. Vive con su esposa y sus ocho hijos en Steubenville (Ohio).


EL CEREBRO
ADOLESCENTE
Natalia López Moratalla
RIALP

El cerebro adolescente

López Moratalla, Natalia

9788432151231

224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

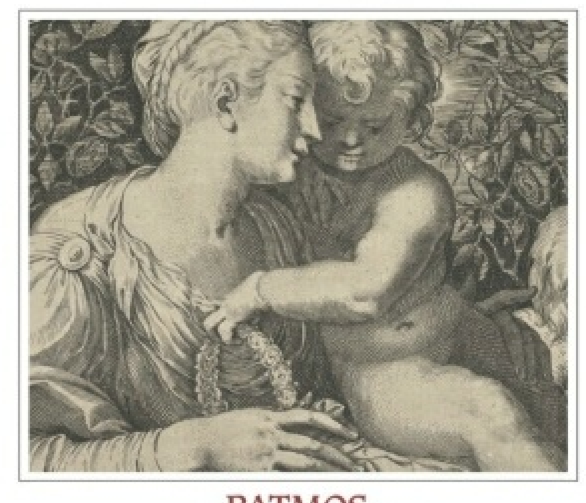
Ciertamente esta etapa de la vida supone un equilibrio inestable entre cabeza, corazón y desarrollo de las capacidades propias. Los procesamientos cognitivos, emocionales y ejecutivos tienen diferente velocidad, y su maduración lleva diferente ritmo. Integrar estos sistemas y regularlos requiere estrategias adecuadas de control. Con un lenguaje sencillo, la autora introduce al lector en el complejo proceso de maduración del cerebro humano. La herencia genética se combina aquí con las vivencias personales, en un esfuerzo para integrar cabeza y corazón. Ese será el reto de todo adolescente: lograr entenderse, conocer sus límites, encontrar respuestas. Por la gran flexibilidad de las conexiones neuronales -causa también de su inestabilidad-, es el tiempo de las metas ambiciosas, del descubrimiento del amor romántico y de la solidaridad.

Cómpralo y empieza a leer

JACQUES PHILIPPE

La felicidad donde no se espera

Meditación sobre las Bienaventuranzas



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

La felicidad donde no se espera

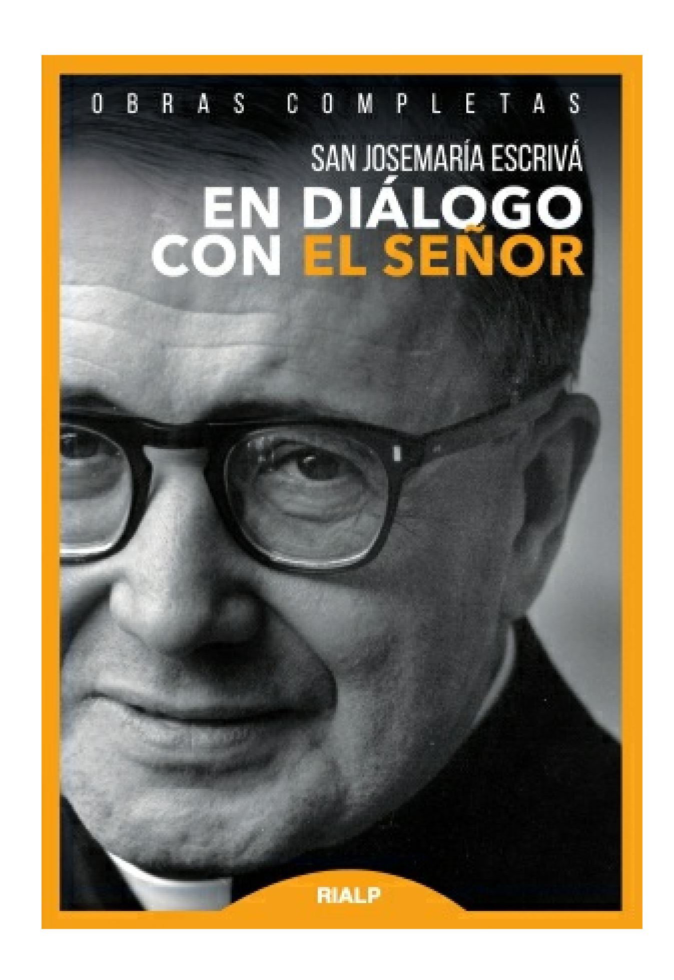
Philippe, Jacques

9788432149412
212 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sugerente reflexión sobre cada una de las Bienaventuranzas, su perenne novedad, su sabiduría y su fuerza para transformar el corazón del hombre y renovar el mundo."El mundo de hoy está enfermo de su orgullo, de su avidez insaciable de riqueza y poder, y no puede curarse sino acogiendo el mensaje de las Bienaventuranzas".La pobreza de espíritu, la primera de ellas, es según el autor la clave de la vida espiritual, de todo camino de santidad y de toda fecundidad. Todas ellas contienen una sabiduría luminosa y libertadora, pero cuesta comprenderlas y practicarlas.En este libro, Jacques Philippe ofrece una sugerente reflexión sobre cada una de ellas, y ayuda a entender cómo contienen toda la novedad del Evangelio, toda su sabiduría y su fuerza para transformar el corazón del hombre y renovar el mundo.

Cómpralo y empieza a leer


OBRAS COMPLETAS
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ
EN DIÁLOGO
CON EL SEÑOR
RIALP

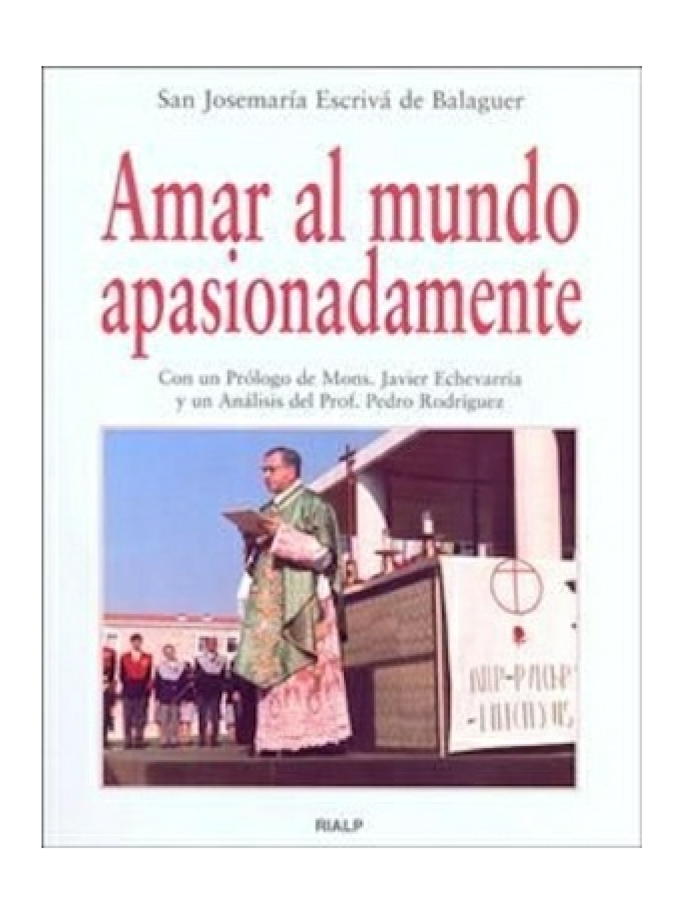
En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría
9788432148620
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

Cómpralo y empieza a leer


San Josemaría Escrivá de Balaguer
Amar al mundo apasionadamente
Con un Prólogo de Mons. Javier Echevarría
y un Análisis del Prof. Pedro Rodríguez
RIALP

Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432141812

80 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. E n esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.

Cómpralo y empieza a leer


Scott y Kimberly Hahn
21.ª edición
ROMA
DULCE HOGAR
Nuestro camino
al Catolicismo
RIALP

Roma, dulce hogar

Hahn, Scot
9788432150098
200 Páginas

Scott y Kimberly Hahn -un matrimonio norteamericano- ofrecen el testimonio cálido, alegre y realista de su conversión al catolicismo. Formados en la Iglesia presbiteriana, inician una peregrinación espiritual que transforma toda su vida; es un camino de búsqueda de la verdad y adhesión a la voluntad divina, que culminó en la inmensa alegría de ser recibidos en la Iglesia católica. Desde entonces, los Hahn ofrecen charlas por todo su país y graban cintas que se difunden por el mundo entero. Miles de personas han podido así conocer tanto su experiencia, como las verdades y la belleza de la fe católica. Éste es el relato de su historia, y atrae al lector desde el comienzo. Es una motivadora invitación a tomarse más en serio la fe, a vivirla de forma más plena, y a compartirla con los demás. La edición original en inglés se ha traducido a otras muchas lenguas, como el francés, el italiano, el alemán o el chino.

Cómpralo y empieza a leer

Índice